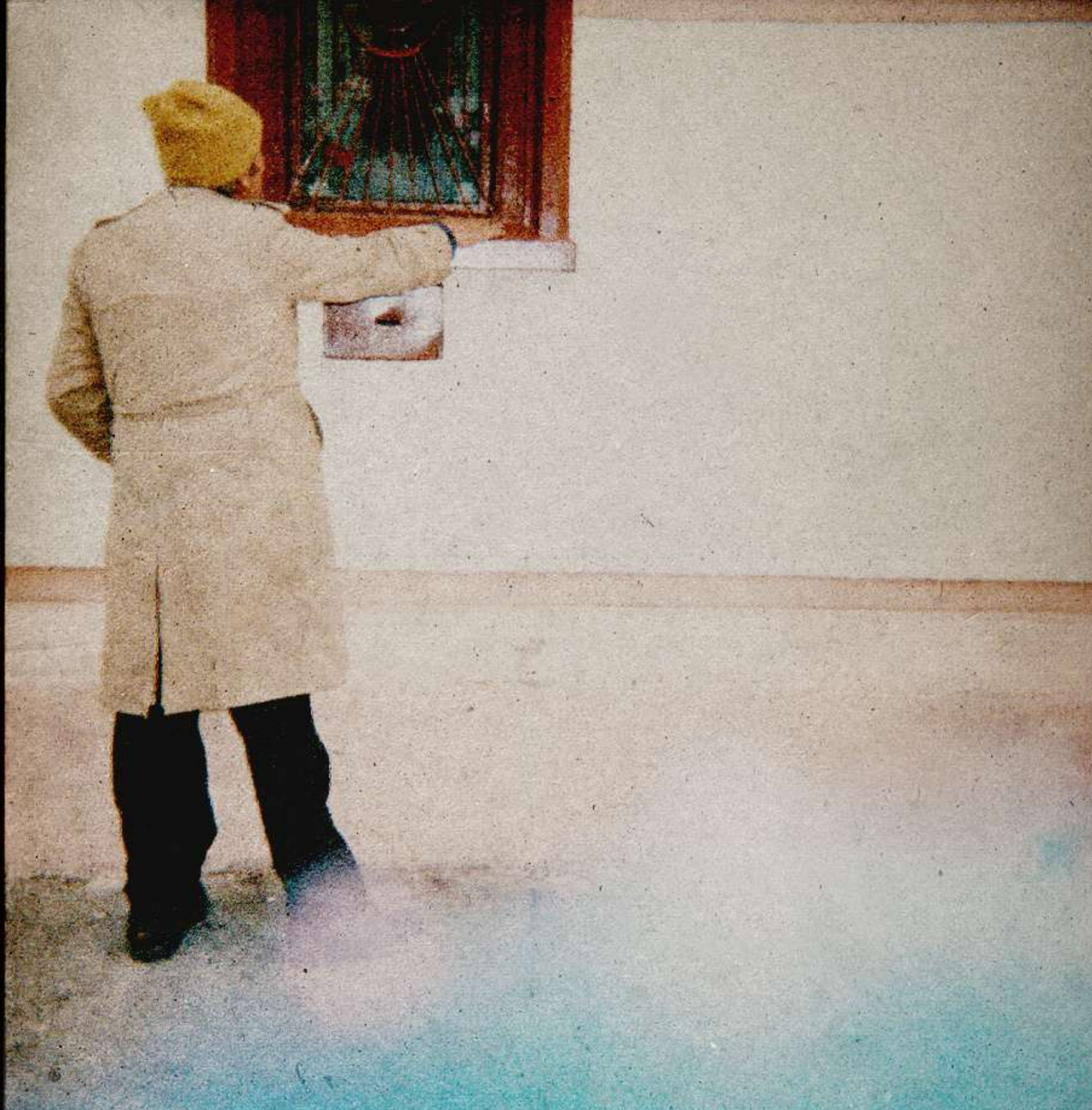




habitando la
calle

Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle

2005

"...los que nada tienen, los que no cuentan con propiedad ni con pensión, ni tienen un seguro ni educación, y muchos, ni siquiera salud. Son esos miles de vagabundos que Santiago ni el país pueden ocultar aunque quieran, porque son demasiado numerosos, esos miles de seres que a primera vista nos inspiran horror por su decadencia física, sus harapos, y por la ruina moral que en ellos se adivina. No son los pobres, sino los vencidos por la miseria".

Padre Alberto Garrido
Mayo de 1935



habitando la
calle
Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle
2005



GOBIERNO DE CHILE
MINISTERIO DE PLANIFICACION

Índice



En esta publicación se ha querido dar a conocer la información del catastro y los testimonios e imágenes de las personas en situación de calle, dando cuenta también de la evolución de la situación socioeconómica del país, visualizando la forma en que los temas relacionados con la pobreza y la población que vive en situación de calle han sido asumidos por la acción pública.

Prólogo Ricardo Lagos, Presidente de la República.	6
Presentación Yasna Provoste, Ministra Mideplan.	8
Introducción	10
I. PRIMERA PARTE	
Personas en situación de calle: una revisión histórica	16
Mendicidad, vagancia y abandono: personas en situación de calle a principios del siglo XX.	17
Las primeras intervenciones sociales desde el Estado.	22
Indigentes: niños y adultos en situación de calle invisibilizados en la pobreza.	25
Incipiente desarrollo de políticas públicas en Chile.	28
Régimen militar: la retirada del Estado en lo social.	29
Los gobiernos de la Concertación: superación de la pobreza y nuevos desafíos.	32

II. SEGUNDA PARTE

Imágenes y testimonios de personas en situación de calle	38
Introducción	39
• Caracterización de los casos.	40
Situación de calle e identidad personal	42
• Calle y trayectoria vital: interpretaciones.	42
• Yo y los otros de la calle.	47
Habitar la calle	51
• La “ruta”: definiendo un circuito espacial.	54
• Identificación con la calle y formas de habitar.	55
• Inseguridad en la calle: “la víctima y el victimario”.	59
• Medidas de contención y desplazamiento: defender “lo de uno” cuando no es legalmente propio.	63
Trabajo y otras fuentes de ingresos	65
• El trabajo.	65
• Otras fuentes de ingreso.	72
Redes de apoyo	73
• Redes con iguales.	73
• Establecimiento de lazos con vecinos.	74
• Los “tíos”.	75
• El apoyo en la fe.	76

Síntesis**77****III. TERCERA PARTE**

Principales resultados del Catastro	84
• Características generales de las personas en situación de calle.	84
• Historia de vida.	92
• Educación y salud.	110
• Estrategias de subsistencia.	119
• Tipología y comentario final.	129
Diseño e implementación del Catastro	135
Agradecimientos	143

Carta del Presidente de la República

6

Hasta ahora, la historia de las personas que viven en la calle, la forma como perciben su situación de vida y su número, no había sido sistematizada en nuestro país. Hoy, con este libro, hacemos visible una realidad que para muchos chilenos y chilenas era desconocida. La de aquellos que cargan, junto con su miseria material, una historia de soledad y olvido, las personas de la calle.

La información recogida en este libro nos permite saber acerca de la historia de las políticas dirigidas a estas personas. Sabremos también de rostros, historias de vida. No son sólo cifras. Es la pobreza de una parte de nuestros compatriotas, cuyo conocimiento sin duda revertirá prejuicios y removerá conciencias. Y sobre todo, será información valiosa para la acción de la política pública, cuya tarea es generar lineamientos de acción y estrategias de intervención que redunden en el mejoramiento de las condiciones de vida los “habitantes de la calle” y que propendan a su inclusión social como ciudadanos de plenos derechos.

El padre Alberto Hurtado, chileno visionario y ejemplar, comprometido con los más humildes de nuestra patria, entre ellos, aquellos que viven en las calles, planteó que afrontar la situación de los más humildes era un tema de justicia, de derechos del ser humano: “Es más fácil ser benévolo que justo; pero la benevolencia sin justicia no salvará las distancias enormes entre la riqueza y la pobreza. Muchas obras de caridad pueden ostentar nuestra sociedad, pero todo ese esfuerzo de generosidad, no logrará reparar los daños de la injusticia...Dejemos que con justicia se ponga orden en la casa, después vendrá la generosidad que deberá suplir lo que la justicia no ha podido entregar”. Sus palabras siguen vigentes y ciertamente su pensamiento y su obra han sido una valiosa inspiración en esta tarea.

Cuando recuperamos nuestra democracia, en 1990, decidimos orientarnos hacia una sociedad más equitativa e integradora, poniendo en ello tanto empeño como el que poníamos en dinamizar la economía.

“En el centro de nuestra idea de desarrollo están las personas, su libertad, y su dignidad. Desde allí entendemos el desarrollo. Desde allí entendemos las políticas de superación de la pobreza e integración social”.

El desarrollo no es sólo crecimiento económico; es antes que nada una sociedad más inclusiva, en que las oportunidades se abren para todos.

Las políticas sociales que hemos implementado han sido un instrumento fundamental para la superación de la pobreza. Entre 1990 y 2003 Chile ha reducido la pobreza a la mitad, pasando de 38,6% a 18,8% y la extrema pobreza de 12,9% a 4,7%. Hemos superado el cumplimiento de las metas planteadas en los Objetivos del Milenio. Pero, pese a estos avances, persisten en nuestro país, grandes desafíos, entre ellos disminuir la desigualdad y llegar al Bicentenario de Chile, el 2010, sin personas que vivan en la extrema pobreza.

La disminución en los índices de pobreza e indigencia, han permitido visualizar y diferenciar las particularidades de los grupos de mayor vulnerabilidad social. Por ello, el 2001 diseñamos e implementamos un sistema de protección social: Chile Solidario, focalizado en las familias que viven en la extrema pobreza. Y el 2005 dimos a conocer la realidad de las 7.250 personas que habitan en las calles. Ciertamente su situación no es masiva, pues representan menos del 1% de la población de las comunas catastradas. Sin embargo, nos ponen el desafío de generar políticas y programas que los incluyan y reconozcan como ciudadanos con derechos e igualdad de oportunidades, pues no queremos que el abandono y la exclusión sean la situación permanente.

En el centro de nuestra idea de desarrollo están las personas, su libertad, y su dignidad. Desde allí entendemos el desarrollo. Desde allí entendemos las políticas de superación de la pobreza e integración social.

Con ese objetivo debemos concentrarnos en fortalecer constantemente la dimensión social de nuestro desarrollo, estimular una reflexión constante sobre la calidad de vida que ofrece nuestra sociedad a todos sus ciudadanos, más allá de las cifras absolutas y de los avances cuantitativos. El llamado del Padre Hurtado a desterrar

la pobreza echó fuertes raíces en nuestra sociedad. Hoy, nuestra comunidad nacional requiere la convicción que debemos mejorar la integración y cohesión social para afrontar el futuro. Donde erradiquemos la sensación de que, a pesar de nuestros éxitos, sólo unos pocos lo tienen todo y muchos casi nada. Una sociedad donde nadie falte, en que todos tengan un lugar, en que la patria sea de todos.

Porque la medida del desarrollo futuro será, cada vez con más fuerza, cómo hacemos para reducir drásticamente los niveles de discriminación que en todo orden de cosas soporta todavía nuestra sociedad.

Entre ellos la exclusión, cuyo origen es la pobreza siempre. Y también aquellas basadas en la desigualdad, las discriminaciones étnicas y de género. Las que impiden la participación y el ejercicio de los derechos de los trabajadores. Las que frenan la integración y la cohesión social.

Esas son algunas tareas del presente y lo seguirán siendo en el futuro.

Por ello estamos impulsando una reforma a nuestra política social, al generar un sistema de protección social que promueve la equidad y garantiza derechos económicos, sociales y culturales y potencie y expanda la ciudadanía, especialmente de los sectores más pobres. Debemos perseverar en nuestros esfuerzos hacia el logro de una sociedad justa y solidaria, que incluya a todos sus ciudadanos sin distinción, bajo la óptica de la dignidad, el respeto y la justicia social.



Ricardo Lagos Escobar

Presidente de la República de Chile

Presentación

8

En agosto del año 2003, el Gobierno de Chile comprometió en el Santuario del Padre Alberto Hurtado sus esfuerzos para la incorporación de las personas en situación de calle a los beneficios sociales del Estado. Lo anterior, en el marco del desarrollo e implementación de políticas sociales inclusivas que permitan reducir las inequidades existentes en nuestro país.

En marzo de 2005, y dando cumplimiento al compromiso adquirido, el Presidente de la República, Ricardo Lagos, instruyó al Ministerio de Planificación para que realizara el Primer Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle, cuyo diseño y desarrollo fue ejecutado por la División Social de este Ministerio.

El objetivo del catastro apuntaba a dimensionar y caracterizar a las personas en situación de calle, con el fin de facilitar su inclusión social y mejorar sus condiciones de vida, aportando importante información para la elaboración e implementación de programas y políticas dirigidos a estas personas.

El catastro ha iniciado un proceso trascendental, al abordar por primera vez desde una perspectiva de derechos esta realidad. En este contexto, el Gobierno de Chile se planteó el desafío de encuestar a las personas en situación de calle en las 80 comunas con más de 40 mil habitantes, que representan mayoritariamente a la población en situación de calle del país.

La trascendencia y magnitud de la tarea encomendada hicieron necesario el trabajo coordinado de diversas instituciones del ámbito público y de la sociedad civil. Para estos efectos se constituyó una orgánica de funcionamiento que consideró una Mesa Nacional y un Comité Técnico Nacional, cuyas principales tareas fueron el diseño del cuestionario y la organización de las actividades para el levantamiento de información.

El catastro comenzó en la noche del 28 y finalizó en la mañana del 29 de julio. Esa noche se movilizaron más de 5.000 voluntarios en todo el país, entre encuestadores, miembros de

“Este esfuerzo conjunto del Estado y la sociedad civil por enfrentar la situación de quienes viven en la calle debe ser el impulso que nos permita a todos nosotros seguir trabajando por los más pobres entre los pobres, con más fuerza en la construcción de un país más justo, equitativo y solidario”.

instituciones que trabajan con personas en situación de calle, funcionarios públicos, integrantes de organizaciones de voluntariado, Carabineros y personas naturales interesadas en participar.

Cabe un especial reconocimiento a las instituciones de la sociedad civil que contribuyeron significativamente a la realización de las distintas etapas del Catastro, en especial a las personas que trabajan en el Hogar de Cristo y la Corporación Nuestra Casa. Sin su participación y compromiso no habría sido posible realizar esta tarea.

El diseño y ejecución de esta actividad tuvo todo el espíritu que el Padre Alberto Hurtado hubiera querido en una tarea como ésta. Fue una misión de país coordinada por el Estado, ejecutada por la sociedad civil, y contó con el espíritu de servicio de los funcionarios públicos y voluntarios que esa noche recorrieron calles, cale-
tas, puentes, hospederías y cuanto hubo que caminar para llegar a donde están los más necesitados de nuestro país.

El presente libro, si bien da cuenta de los resultados y procesos del Catastro, sitúa la temática a través de dos investigaciones complementarias que apuntan a enriquecer los resultados del mismo, con el objetivo de apoyar con insumos técnicos a todos quienes de alguna manera se vinculan con las personas que habitan en la calle, tanto instituciones públicas como de la sociedad civil. El texto considera tres partes.

La primera corresponde a un proceso de investigación en archivos históricos del siglo XX cuyo propósito es conocer y sistematizar las distintas modalidades a través de las cuales la sociedad en general, y las políticas sociales en particular, han abordado la precariedad de las condiciones de vida de esta población. En este sentido, cabe destacar la labor desarrollada por el Hogar de Cristo, obra emprendida

por el Padre Alberto Hurtado, quien a partir de 1944 concentró parte importante de sus esfuerzos en atender a las personas que viven en la calle.

La segunda parte profundiza en historias de vida de personas en situación de calle desde la perspectiva de los propios entrevistados, en temáticas asociadas a procesos de inserción en la calle, la identidad personal, las formas de habitar el espacio público y las estrategias para salir de esta situación. Esta sección cumple el objetivo de desarrollar con mayor extensión algunos de los aspectos más relevantes de la situación de calle, desde una mirada cualitativa que complementa los datos agregados que entrega el Catastro.

En la tercera parte se presentan los principales resultados de la encuesta aplicada en cada una de las regiones del país a un total nacional de 7.254 personas en situación de calle, dimensionando aspectos tales como identificación, historias de vida, estrategias de subsistencia, educación y salud, lo que finalmente nos permite caracterizar esta población y establecer una línea de base para la formulación de una política pública en este ámbito.

Este esfuerzo conjunto del Estado y la sociedad civil por enfrentar la situación de quienes viven en la calle debe ser el impulso que nos permita a todos nosotros seguir trabajando por los más pobres entre los pobres, con más fuerza en la construcción de un país más justo, equitativo y solidario.



Yasna Provoste Campillay
Ministra de MIDEPLAN

Introducción

10

Sobre la población en situación de calle existen escasos antecedentes a nivel mundial. Se estima que existirían alrededor de cien millones de personas en esta situación. Hasta la fecha, la preocupación de los Estados por estas personas ha sido insuficiente o inexistente, y por tanto todos los esfuerzos que se realicen por analizar su composición demográfica, las causas que los han llevado a una exclusión tan radical y sus mecanismos de supervivencia, entre otros aspectos, resultan de la máxima prioridad.

En Chile se encuentran antecedentes previos de intervención con estos grupos de personas, fundamentalmente en acciones provenientes de instituciones de la sociedad civil y, en el caso de organismos del Estado. En algunos estudios específicos con parte de este grupo, como son la población infantil y adolescente, y personas con adicciones. Sin embargo, hasta la fecha no se había realizado un levantamiento de información a nivel nacional sobre esta población, consignando datos que permiten aproximarse a su magnitud y características.

Es una realidad difícil de ser cuantificada dado que se trata de una población flotante e inestable. Es asimismo difícil de caracterizar debido a su extrema heterogeneidad. Su conceptualización está hoy día en construcción y se encuentra documentada en experiencias de levantamiento de información similares que han tenido lugar en otras ciudades latinoamericanas y europeas. Así, en Buenos Aires se la identificó como “personas sin techo” y se la definió como “toda persona que se halle pernoctando en lugares públicos o privados sin contar con infraestructura tal que pueda ser caracterizada como vivienda, aunque la misma sea precaria...”¹

En este mismo orden de cosas, el Observatorio Europeo de los Sin Techo define como personas sin hogar a “todas aquellas que no pueden conservar o acceder a un alojamiento adecuado, permanente y que proporcione un marco estable de convivencia”².

1. Centro de Documentación en Políticas Sociales, “Los que duermen en la calle. Un abordaje de la indigencia extrema en la ciudad de Buenos Aires”. Documento 19. Buenos Aires, s/f

2. Revista Mensual “Fusión” en: <http://www.revistafusion.com/asturias/2001/enero/report88-2.htm>

Para efectos del Catastro Nacional del cual damos cuenta en esta publicación, se ha trabajado una definición operativa que define como persona en situación de calle a quien se halle pernoctando en lugares públicos o privados, sin contar con una infraestructura tal que pueda ser caracterizada como vivienda aunque la misma sea precaria, y a aquellos que, por carecer de alojamiento fijo, regular y adecuado para pasar la noche, encuentran residencia nocturna, pagando o no por este servicio, en alojamientos dirigidos por entidades públicas, privadas o particulares y que brindan albergue temporal. Asimismo, a aquellas personas que por encontrarse sin hogar o residencia, y sin apoyo de familiares u otros significativos, dependen de programas sociales que ofrecen residencia permanente o por periodos importantes, con apoyo bio-psico-social.

El Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle, cuyos principales resultados se presentan en este informe, es inédito en la región latinoamericana, puesto que, si bien en otros países se han realizado “barridos” en las grandes urbes, no hay registros de un esfuerzo al nivel del que ha realizado nuestro país: un Catastro en las 80 comunas más pobladas de Chile.

En esta publicación se ha querido enmarcar la información del catastro en un contexto histórico, dando cuenta de la evolución de la situación socioeconómica del país y de la política social desde fines del siglo XIX, visualizando la forma en que los temas de pobreza y aquellos relacionados con la población que vive en situación de calle han sido asumidos por la acción pública. La metodología utilizada consistió fundamentalmente en el análisis de fuentes de información tales como memorias universitarias, periódicos de la época, documentos oficiales (Ministerios de Justicia, Interior y Salud), documentación parlamentaria, revistas, prensa, material del Archivo Padre Hurtado de la Pontificia Universidad Católica de Chile, del Hogar de Cristo, y otras fuentes referidas a la situación de esta población en el Chile de diversas épocas.

Lo anterior, desde la perspectiva de las políticas públicas implementadas a lo largo del periodo, da información sobre experiencias concretas relativas al abandono, vagancia y mendicidad, términos utilizados en ese entonces para referirse a esta población. Todo el material fue analizado desde un enfoque que buscó relevar así las características experienciales de la población en situación de calle, las condiciones generales de pobreza y desigualdad social prevalecientes en la época; las políticas públicas discutidas y establecidas sobre el particular (salud, educación, vivienda y seguridad social), y las iniciativas emanadas desde los mismos grupos de población pobre, destinadas a la autosubsistencia y superación de los momentos más graves de cada crisis.

Una segunda mirada que complementa este marco incluye la perspectiva desde los propios protagonistas, quienes en entrevistas en profundidad relatan sus historias de vida y experiencia de calle, sus formas de habitar el espacio público y las estrategias para salir de esta situación de exclusión social. Estos relatos se complementan con fotografías tomadas por ellos mismos, en las cuales retratan su vida diaria.

Se espera que este esfuerzo de voluntades por retratar la difícil realidad que afecta a un grupo de hombres y mujeres de nuestra patria, permita comprender las causas de su situación, desterrar valoraciones negativas y orientar el camino hacia el logro de su plena integración a los beneficios del progreso, al cual todos los ciudadanos han de tener acceso en igualdad de condiciones.





El Catastro de Personas en Situación de Calle es inédito en la región latinoamericana, puesto que, si bien en otros países se han realizado “barridos” en las grandes urbes, no hay registros de un esfuerzo al nivel del que ha realizado nuestro país: un Catastro en las 80 comunas más pobladas de Chile.





Personas en situación de calle: una revisión histórica

La historia de las personas en situación de calle durante el siglo XX se encuentra estrechamente vinculada a la acción privada de diferentes instituciones y personalidades del país. Figura destacable en la labor de acogida y atención de los niños, niñas y adultos que habitaban en las calles de las principales ciudades del país fue la del sacerdote jesuita Alberto Hurtado. En las páginas siguientes entregamos una aproximación a las condiciones en que se encontraba esta población, y a las principales intervenciones de que fueron objeto en el contexto histórico de la vida del Padre Hurtado.

16



Fuente: Centro de Estudios y Documentación Padre Hurtado, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Un niño me observa
Parece de piedra
Un niño sin sonrisa
Y la lluvia no lava la cara

Tengo hambre señor
Quiere ayudarme a vivir
Un niño blanco y solo
Y la lluvia no lava las manos

Quien grita: ¡Monedas! ¡Socorro!
Quien grita: ¡Monedas ¡Socorro!'

Mendicidad, vagancia y abandono: personas en situación de calle a principios del siglo XX

17

A fines del siglo XIX las condiciones de vida de vastos sectores de la sociedad chilena permanecían ancladas en situaciones de pobreza que se perpetuaban a través de distintas generaciones. La precaria situación de la vivienda, la dureza de las condiciones de trabajo, la frecuencia de las pestes y enfermedades que mantuvieron altas las tasas de mortalidad, especialmente en la población infantil, constituyeron una realidad de exclusión social.

Fueron las instituciones de beneficencia privada, de manera previa a la construcción de un Estado con atribuciones en materia social, quienes hicieron una primera intervención en la población más desamparada. Organismos de caridad vinculados a la Iglesia Católica y a organizaciones de carácter filantrópico desarrollaron atención directa en ciudades. Hospicios, escuelas, lazaretos, hogares de niños, asociaciones de mutualidad y socorro social, eran administrados por innumerables instituciones filantrópicas, y por hombres y mujeres que, reuniéndose solidariamente de acuerdo a sus oficios o lugares de habitación, buscaban subsidiar a sus semejantes cuando éstos caían en situaciones de enfermedad o desempleo.² Si bien algunas de estas organizaciones obtuvieron apoyo económico de parte del Estado, a través de aportes monetarios periódicos y directos, las acciones privadas no constituyeron una política social pública.

1. Grupo Congreso, "Niño", Letra: Francisco Sazo, Música: Sergio González, Álbum: *Estoy que me muero*, 1986, sello Alerce.

2. María Angélica Illanes, "La revolución solidaria. Las sociedades de socorros mutuos de artesanos y obreros: un proyecto popular democrático. 1840-1910", *En Chile Des-centrado. Formación sociocultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*, Santiago de Chile, LOM ediciones, 2003, pp. 263-362.

La intervención del Estado en materias sociales sólo se inició a partir de las primeras décadas del siglo XX, con germinales avances legislativos. Entre ellos; la Ley de Habitaciones Obreras, la creación de la Oficina del Trabajo, la Ley de Descanso Dominical, la denominada Ley de la Silla, y la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria. Iniciativas, todas ellas, que prefiguraron la institucionalidad pública en materia social forjada a partir de los años 30.

La implementación de soluciones a los problemas económicos y sociales de la población tuvo un lento desarrollo. Esto explica que en las elecciones presidenciales de 1919 la candidatura de Arturo Alessandri Palma contara con un vasto apoyo popular, debido a un programa de acción que buscó remediar de forma institucional los conflictos sociales que se desataron en las oficinas salitreras y en las principales ciudades del país.

La precariedad de las condiciones de vida de la mayoría de la población tuvo sus mayores manifestaciones en la tenacidad de fenómenos como la vagancia y la mendicidad de la población infantil y adulta. Diversos observadores contemporáneos constataron que eran miles los individuos que vivían en precarias condiciones, bajo los puentes, en las puertas de las iglesias, en improvisadas guaridas para protegerse del frío y de las inclemencias del clima. Los testimonios para la ciudad de Santiago son abundantes.



Fuente: *La vagancia, la mendicidad y demás estados de desvalimiento. La acción del Patronato Nacional de Desvalidos en el estudio de este problema*, Santiago, 1942, Imprenta y Litografía Leblanc.

*“Al iniciarse la actual Administración, la Prefectura fundó un ‘Asilo Policial’ para los niños desvalidos y procedió a recoger de las calles de los suburbios del desamparo urbano, a estos niños vestidos de andrajos a quienes sólo la piedad del sol da abrigo, y cuando en los inviernos la fortuna comienza a envolverse en pieles, para defenderse de los navajazos del viento helado se arrastran tiritando hasta las estaciones de la Tracción Eléctrica, para dormirse debajo de los tranvías motores, recogiendo como una limosna del destino el calor que el hierro conserva después de un día de trabajo. Por lo demás, es harto conocido el caso de muchos individuos que, por indigencia, alojan debajo de los puentes que atraviesan el río Mapocho”.*³

3- Claudina Acuña Montenegro, “El problema de la mendicidad en Chile”. Memoria de prueba para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas de la Universidad de Chile. Imprenta de la Editorial Nascimiento, 1923, pp. 42-43.

4- A partir de 1891 estuvieron bajo la supervisión de las municipalidades. Claudina Acuña, op. cit, pp. 52-53.

5. Citado en: *La vagancia, la mendicidad y demás estados de desvalimiento. La acción del Patronato Nacional de Desvalidos en el estudio de este problema*, Santiago, 1942, Imprenta y Litografía Leblanc, p. 12.

Las personas que habitaban en las calles o en espacios públicos no sólo se dedicaban a ejercer la mendicidad o la vagancia. Numerosos fueron los niños que pernoctaban en la vía pública y que durante el día se desempeñaban como suplementeros o lustrabotas. Éstos eran permanentemente confundidos y asociados con mendigos y pequeños delincuentes, por lo que desde diferentes sectores, tanto públicos como privados, se abogó por una dignificación de su oficio y la constitución de servicios de apoyo social a ellos y sus familias durante las primeras décadas del siglo XX.

Con el objetivo de mantener el control de las personas que subsistían en la calle, se les exigió la posesión de una licencia que las autorizaba a mendigar, la cual era entregada fundamentalmente a las personas físicamente inválidas o a los denominados “pobres vergonzantes”, en especial a aquellas mujeres que no contaban con otro medio de subsistencia que la limosna privada⁴. La vulnerabilidad que afectaba gravemente a la población femenina y discapacitada se refleja en la siguiente descripción de la época:

*“En las aceras y en las puertas de las iglesias, de los teatros y de los restaurantes, se ven mujeres con sus caras sucias y el pelo desgredado, vestidas con andrajos, que muestran niños, siempre de pocos meses, que les sirven de motivo para pedir una limosna. Además, existen, por todos lados, ancianos, inválidos, ciegos que tocan instrumentos, lisiados que muestran los muñones de sus miembros mutilados”.*⁵

Es difícil calcular la cantidad de personas que se encontraban en situación de calle a principios del siglo XX debido a su invisibilidad en las incipientes políticas sociales y a la falta de una definición precisa para este grupo, lo que los hacía parte de la población conceptualizada como “indigente, vaga, abandonada y delincuente”. Según datos del gobierno de la época, a principios de los años 30 se calculaba que el número de los niños y niñas en las calles de Santiago era



Fuente: *La vagancia, la mendicidad y demás estados de desvalimiento*, op. cit.

espacios públicos, por la acción de mendigar, o por la perpetración de delitos y faltas. Estas medidas provocaron rechazo de forma sistemática a lo largo de toda la primera mitad del siglo XX. Diferentes personalidades denunciaron que los niños y niñas permanecían en los presidios, sometidos a un régimen que impedían su inclusión social.

El confinamiento de niños y adultos era producto de la penalización de la vagancia y la mendicidad. La situación de calle, de acuerdo a lo señalado por el Código Penal, fue entendida como un delito: aquellos individuos que *—sin importar su edad, su género o sus condiciones físicas— no desempeñaran oficios lícitos y viviesen de la caridad pública sin un hogar fijo, podían ser detenidos en tanto “vagos”*.

cerca de siete mil, pudiendo llegar hasta los cuarenta mil en todo el país, y aún más⁶. Asimismo, para el año 1933, la Dirección General de Protección de Menores calculaba que *“...el número de los menores que se encuentran en estado de total abandono puede estimarse en la suma de 5.000 en el departamento de Santiago y de 12.500 en el resto de los departamentos de la República; lo que hace un total de 17.500”*⁷.

El Estado y las instituciones de beneficencia privada —laicas y religiosas— realizaron diversas acciones destinadas a solucionar la problemática que significaba la presencia de innumerables personas habitando en las calles. Las respuestas incluyeron la reclusión forzada de quienes se encontraban en estas condiciones y la creación de asilos para los más vulnerables, entre otras modalidades. Algunas de estas intervenciones recibieron múltiples críticas en la época, dado su marcado acento disciplinador.

La reclusión de la población tanto adulta como infantil fue una de las principales acciones que emprendió el aparato público frente a la vagancia y la mendicidad. Frecuente fue la presencia de niños, niñas y adolescentes en las cárceles y en dependencias policiales, ya fuera por habitar en

En 1908, el intendente de Valparaíso estimaba que era *“...un hecho innegable que las tres cuartas partes de las poblaciones carcelarias de las grandes ciudades es formada por ese elemento de muchachos abandonados y vagos que pululan en los centros más frecuentados y que poco a poco y merced a la misma libertad de que gozan, van a paso ligero al camino de la perdición”*⁸.



Fuente: *La vagancia, la mendicidad y demás estados de desvalimiento*, op. cit.

6. Información del Departamento de Previsión Social del Ministerio de Salubridad, citado en: *La vagancia, la mendicidad y demás estados de desvalimiento*, op. cit., p. 13. Por su parte, la Dirección General de Protección de Menores, en 1934, estimaba un número de *“...43.000 niños en estado de total abandono y entregados a la vagancia. Todos ellos, por la situación absolutamente irregular en que se encuentran, y por la carencia de medios familiares a los cuales reintegrarlos, deberán ser protegidos en internados...”*, Ministerio de Justicia, oficios, vol. 6, anexo a oficio 660, 8 de mayo de 1934.

7. Comunicación de la Dirección general de Protección de Menores al Ministerio de Justicia, 12 de septiembre de 1933, Ministerio de Justicia, Providencias, vol. 3, doc. 2253.

8. Oficio de la Intendencia de Valparaíso al ministro de Justicia, Ministerio de Justicia, vol. 1959, of. 860, 26 de octubre de 1908.

9. Informe acerca de las actividades de la Casa Nacional del Niño y Talleres, Santiago, Imprenta Talleres de la Casa Nacional del Niño, 1936, pp. 12-13.

Para aquellos niños y niñas que no eran privados de libertad, funcionaron establecimientos públicos y privados, destinados a acoger a la denominada “*infancia desvalida*”, que englobaba a aquellos calificados como abandonados, vagos, mendigos o delincuentes. Estas instituciones funcionaban bajo diferentes modalidades de internación, de acuerdo a los fines y estrategias de quienes estuviesen a cargo; algunos se situaban más cercanos a la caridad cristiana tradicional, y otros, a las nuevas tendencias de la emergente asistencia social de fines del siglo XIX. En menor medida, estas instituciones fueron también una respuesta para la población adulta, en tanto existieron establecimientos para internación de indigentes que habitaban en las calles, enfermos, discapacitados y personas con trastornos mentales. Destacaron aquellos que bajo órdenes religiosas, buscaban dar respuesta a las necesidades básicas de los internos a través de asilos y hospicios.

Con el paso de los años, algunas instituciones asistenciales complementaron su labor con acciones educativas y de rehabilitación. Ya en las primeras décadas del siglo XX, se fundaron escuelas para hombres y mujeres, talleres de apresto laboral, centros comunitarios de esparcimiento, junto a la construcción de habitaciones para obreros

y viudas pobres. Las organizaciones de beneficencia de carácter laico y no confesional –como el Rotary Club, la Sociedad Protectora del Hogar y la Cruz Roja, entre otras– asumieron estrategias de instrucción de los sectores socioeconómicos más vulnerables, en pos de la formación de capacidades para la incorporación de los internos al mundo laboral.

Dentro de este esquema destacaron las denominadas colonias agrícolas y de trabajo, a las que debían destinarse quienes presentaran algún compromiso delictual o situación de abandono y mendicidad. Distantes de las ciudades y organizadas de acuerdo a modelos importados de Europa y Estados Unidos, su metodología de trabajo se centró en el supuesto de la potencialidad regeneradora del trabajo agrícola, forestal o marítimo. Con ello se buscaba formar hábitos y disciplina para el trabajo de los internos, que a través de la participación laboral lograrían superar su situación de pobreza y precariedad. Algunas colonias estuvieron destinadas a niños, niñas y adolescentes, como la Colonia Agrícola Lo “Valledor”, bajo la responsabilidad de la Casa Nacional del Niño⁹, y la colonia “Mapocho”, destinada a recoger a 500 niños “vagos” que habitaban en el río Mapocho y el Cerro Blanco¹⁰. También las hubo para la reeducación de la



población adulta, para “*todos los individuos que la lei o la autoridad presume de peligrosos: tahúres, vagos, rateros, estafadores i en general a todos los ociosos que cometen ordinariamente pequeños i frecuentes delitos contra la propiedad*”.¹¹

Con el propósito de rehabilitación de niños, niñas y adolescentes, el Estado estableció reformatorios, cuyo principal objetivo fue entregar educación y destrezas laborales en un ambiente disciplinador a quienes, fuera por situaciones de abandono, vagancia o delincuencia, a solicitud de los Tribunales de Justicia o de sus propias familias, eran incorporados a estas instituciones. A medida que avanzaba el siglo XX, se reconoció que este tipo de instituciones debían distanciarse del régimen de castigo que las caracterizaba. Esta tendencia intentó aplicarse también a las instituciones de adultos a través de reformulaciones a las metodologías e infraestructura de los asilos, los depósitos y otras instituciones destinadas a la asistencialidad, puesto que la transformación operaba en el sentido de que éstas “*no deben tomar el aspecto de cárceles, que las cárceles nunca mejoran al individuo sino que ahondan más su perversión*”.¹²

Las nuevas concepciones que fomentaban los proyectos de atención regeneradores introdujeron cambios y transformaciones que se manifestaron principalmente en la instalación, en el ámbito público, de estrategias antes limitadas al ámbito de la beneficencia privada –sin excluir por ello la convivencia de ambos esquemas de asistencia social–, que buscaban optimizar el auxilio, ya no desde la sola perspectiva de la respuesta a las necesidades básicas y el internamiento de aquellas personas consideradas peligrosas para la sociedad, sino, más allá de ello, buscando integrar a la sociedad, de forma efectiva, a la población indigente que habitaba las calles.

Ilustrativo del debate, en aquellas primeras décadas del siglo XX, sobre la atención que requerían las personas en situación de calle, es la crítica que los defensores de los pro-



Fuente: *Ciudad del Niño Presidente Ríos*, op. cit.

gramas rehabilitadores y educativos hacían a las hospederías que albergaban a las personas que no tenían hogar fijo. Se reprochaba que estas instituciones fomentaban la mendicidad al proporcionar gratuitamente, o por una cantidad exigua, alojamiento y alimentos a personas inválidas e indigentes. Dado que “*las camas son escasas, los interesados contratan el alojamiento anticipadamente, por días o por semanas, por lo que pasan a ser huéspedes habituales. En el día operan en las calles en sus diferentes actividades de mendigos o semivagos. La hospedería facilita, por lo tanto, la vida parasitaria de estos individuos. Hay hospederías particulares que pertenecen a negociantes que no tienen el menor escrúpulo moral y que explotan la miseria ajena. Son verdaderos empresarios de mendigos, de vagos y aun de individuos de mala vida*”¹³.

En los períodos de crisis, derivados de pestes, terremotos o inestabilidad económica, cobraba mayor visibilidad la situación de la gente que carecía de un hogar. Los efectos de la Primera Guerra Mundial impactaron principalmente a los obreros industriales de la minería del salitre, quienes perdieron sus puestos de trabajo y acudieron a las ciudades, a lo largo del país, para sobrevivir gracias a la caridad pública y privada.

10. Ministerio de Salubridad, “Oficios y antecedentes”, anexo oficio 1212, 13 de octubre de 1943.

11. Félix Escudero Julio, “Vagancia i mendicidad (Estudio Jurídico sociológico)”. Memoria de prueba para optar a la Licenciatura en Leyes y Ciencias Políticas de la Universidad de Chile. Santiago, Imprenta Cervantes, 1899, p. 126.

12. Claudina Acuña op. cit., pp. 45-46.

13. *La vagancia, la mendicidad y demás estados de desvalimiento*, op. cit., pp. 31-32.

14. Claudina Acuña Montenegro, El problema de la mendicidad en Chile., op. cit, pp. 23-24

15. Miranda Becerra Diego: “La Policía de Santiago y los albergados”, en *Revista de Carabineros*, N° 476, Santiago, 1994.

16. Dirección General de Auxilio Social (1942) Decreto 12/5245 21 septiembre de 1942, citado en Héctor Pereira Díaz, “Vagancia y mendicidad”. Memoria de prueba para optar al grado de licenciado de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile. Santiago, 1944, Imprenta AHUES, p. 65.

La situación fue descrita crudamente por los cronistas de la época como “...un bochornoso aspecto de abandono, de mugre y de abyección, aliadas insoportables de la miseria, y los campos vibraban bajo la impresión de la inquietud, de terror, mientras muchedumbres famélicas de obreros sin trabajo se dedicaban, impulsadas por la fiebre del hambre, al resbaladizo oficio de la mendicidad”.¹⁴

El Gobierno dispuso locales de hospedaje y alimentación para los cesantes venidos del norte, los que fueron proporcionados en las ciudades por particulares que recibieron fondos estatales a través del Ministerio del Interior. En la ciudad de Santiago se dispuso que fuera la Prefectura de Policía la que se hiciera cargo de los albergues, los que llegaron a un número de 22 con un total de 22.562 albergados. Dadas las deficientes condiciones sanitarias de la población albergada, se instaló en la calle Chacabuco un Hospital Policial para la atención de los cesantes¹⁵.

Sin embargo, la situación más crítica se vivió a inicios de la década de 1930, cuando la crisis económica internacional puso a prueba los recién establecidos mecanismos de asistencia social. Producto de la Gran Depresión, las exportaciones nacionales de salitre cayeron de forma abrumadora, por lo que la situación general de pobreza y falta de ocupación provocó una masiva llegada de trabajadores cesantes a las ciudades, en las cuales se habilitaron albergues de emergencia y sistemas de provisión de elementos básicos, aunándose para ello los esfuerzos de la beneficencia privada y las instituciones del Estado. Los establecimientos que los cobijaron fueron escenario de peligrosas epidemias y de un estado general de miseria y precariedad.

Las primeras intervenciones sociales desde el Estado

A partir de la década del 20 se implementaron los principales programas sociales estatales y se inició la construcción de una institucionalidad que los sustentara. Las incipientes políticas sociales pretendían dar respuesta a los efectos que la pobreza tenía en la población. La atribución de responsabilidades concretas al Estado en este tipo de materias fue resultado de la convicción de que las condiciones de vida de los sectores pobres no podían depender de la caridad privada o de las intervenciones de emergencia que las organizaciones y presupuestos fiscales habían mantenido hasta las primeras décadas del siglo XX. Se les entregó a las instituciones estatales la responsabilidad del diseño y la coordinación de las políticas vinculadas a la salubridad, el seguro social, la protección a los “desvalidos”, y en general, de la situación de los habitantes caracterizados por su precariedad económica y social. Las intervenciones sociales tomaban un giro estatista y se redefinía la asistencia social como “...toda iniciativa y acción organizada, dirigida y controlada por el Estado para captar, clasificar, atender y reintegrar al medio social a las personas o grupos de ellas que por insuficiencia física, mental o económica, o por malos hábitos, necesitan ayuda de la colectividad”.¹⁶

La situación hacía evidente la necesidad de actuar en diferentes frentes. En el país existían 400.000 niños y niñas que no asistían regularmente a la escuela –a pesar de la obligatoriedad de ello–, y había cerca de 600.000 jóvenes analfabetos. Asimismo, de cada cien fallecimientos, casi la mitad afectaba a menores de 10 años. Junto a ello se evidenciaba una trágica relación entre menores salarios y morbilidad, así como el negativo impacto que el hacinamiento habitacional tenía en la salud de las personas, indicándose que en los



Fuente: www.memoriachilena.cl

más de cuatro mil conventillos de Santiago, el promedio de moradores por habitación llegaba a 3,3, y que entre 2,5 y 5 personas debían ocupar una misma cama en las viviendas populares que congregaban a más de un quinto de la población de la capital. Del mismo modo, más del 50% de las personas carecían de agua potable y alcantarillado, y la tuberculosis y el tifus exantemático acababan con la vida de miles de personas cada año.¹⁷

En el ámbito de la educación, la promulgación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria (1920), que buscaba asegurar el acceso a la educación al conjunto de la población, y la creación del Ministerio de Educación para la formulación de las políticas referidas a ese sector, mantenían propósitos inclusivos que consideraban a la escuela como la herramienta que alejaría a los niños y niñas de la calle. Se relacionó tempranamente la permanencia de los alumnos en las escuelas con sus necesidades de alimentación, y con este propósito de asistencialidad a los alumnos fueron creadas las Juntas Comunales de Auxilio Escolar.¹⁸

Las principales acciones durante las décadas siguientes giraron en torno a la doble tarea de ampliar la cobertura de la enseñanza primaria al conjunto de la población en edad escolar, y de atacar el enorme porcentaje de analfabetismo real que afectaba a la población chilena, el cual en 1946 alcanzaba a un 37% de la población, cifra que a inicios de la década siguiente descendió a un 27%.¹⁹

En 1965 se calculaba que más de 150.000 niños se encontraban marginados de la educación formal, y que de los que lograban ingresar a ésta, cerca de un 50% desertaban en primer o segundo año, llegando el promedio nacional de escolaridad a tan sólo 4,2 años, cifra que en el ámbito rural descendía hasta los 2,4 años. Con el fin de revertir esta situación, se emprendió una Reforma Educacional que modificó la estructura de la enseñanza, definiendo una Educación Básica obligatoria de ocho años

de duración y una secundaria opcional de cuatro años.

En lo que al sistema de salud se refiere, la meta central de cada uno de los gobiernos constituidos desde 1940 hasta 1973, fue asegurar tanto el acceso a éste de la mayor parte de la población, como disminuir los índices de mortalidad infantil. En este sentido, ya en 1971 se obtenían las tasas más bajas de la historia en mortalidad general, materno-infantil e infantil, llegando esta última a 70 por mil nacidos vivos. Asimismo, creado el Servicio Nacional de Salud, en 1952, y el Servicio Nacional Médico para Empleados (SERMENA) cubrían, en la década de 1960, el 80% de las atenciones ambulatorias y el 90% de las hospitalizaciones.²⁰

En lo referido a la vivienda, la situación a lo largo de todo el periodo fue de un déficit acuciante. El religioso jesuita Alberto Hurtado denunciaba en la década del 40 esta situación con las siguientes palabras: *“¡Qué horriblemente mal vive nuestro pueblo! Unos cuantos ladrillos mal unidos, un techo de trozos de lata, por piso el suelo, que en el invierno es barro. Eso es lo que muchos llaman casa. Así hay innumerables poblaciones en todos los alrededores de Santiago”*.²¹ Unos años más tarde, definía la situación como un problema *“...que no podemos seguir tolerando... que dos millones de chilenos vivan como animales, a veces peor que animales: en chozas indignas de seres humanos, empapados en el invierno, hasta siete en una cama, sin espacio vital, sin aire, sin alegría...”*.²²

La magnitud del problema de los sin casa no hizo sino multiplicar la aparición de formas de vivienda precarias e insalubres, en la representación de “poblaciones callampas”, tomas de terrenos y habitaciones irregulares que cubrían las riberas de los ríos, los basurales y los sitios eriazos, en los márgenes de las grandes ciudades, y que venían a convivir con las precarias habitaciones preexistentes de los sectores populares.

17. Salvador Allende G., *La realidad médico-social chilena*, Editorial Cuarto Propio, 1999 (1939).

18. María Angélica Illanes, *Ausente, señorita. El niño chileno, la escuela para pobres y el auxilio*, Santiago de Chile, Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas, 1991.

19. Julio Enrique Guíñez C., “Interpretación de la evolución social y política de Chile desde 1932 a 1952”. Memoria de prueba para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Concepción, 1963, p. 131.

20. Iván Lavados, “Evolución de las políticas sociales en Chile. 1964-1980”, Estudios ILPES UNICEF, Santiago de Chile, 1983, pp. 49-51.

21. Alberto Hurtado C., “Una obra al servicio de los más pobres”, 1948. En un escrito de prensa anterior, el mismo sacerdote se refería a “...esos miles de ranchos de paredes de cartón, a veces hasta de papel, que hemos visto con nuestros ojos...” *El Mercurio*, 22 de octubre de 1944.

22. Hogar de Cristo, *Revista Mensual*, n° 7, agosto de 1948.

23. Iván Lavados, op. cit., p. 25.

24. Germán Barros V., “Problemáticas y políticas sociales”, Escuela de Trabajo Social, Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1976, p. 161.

Desde fines de la década de 1940, se desarrollaron políticas fiscales y acciones privadas de apoyo a la adquisición de vivienda por parte de los sectores populares, como aquellas establecidas por el Hogar de Cristo, el Instituto de Viviendas Populares (INVICA) promovido por el Cardenal Raúl Silva Henríquez, o la “Operación Sitio” en manos del Gobierno, que buscaba entregar a la población desprovista de habitación un terreno en el cual iniciar las tareas de la autoconstrucción. De esa forma, entre 1959 y 1964 se inició la construcción promedio anual de más de 30 mil viviendas, cifra que entre 1965 y 1970 subió a más de 40.000 y que en los años comprendidos entre 1970 y 1973 superó las 54.000.²³ A pesar de estos importantes avances en la política de vivienda, en 1970 aún se constataba la existencia de más de 38 mil conventillos, 60.000 ranchos precarios y casi 130.000 “mejoras” en todo el país.²⁴

Las políticas sociales estuvieron marcadas, hasta la década del 70, por un sostenido crecimiento de sus áreas de influencia que se expresó en el aumento sistemático del Gasto Social. Este fortalecimiento tuvo un importante impacto en las diferentes áreas de intervención, pues junto a la ampliación de la cobertura educacional disminuyeron las tasas de mortalidad, especialmente la infantil, aumentó la construcción de viviendas sociales y disminuyó el analfabetismo, entre otros efectos.

Cuadro 1
Gasto Fiscal Social Chileno. 1920- 1970.

Año	% del PGB	% del Gasto Fiscal
1925	2,1	12,1*
1935	2,8	23,5
1945	4,4	28,1
1955	6,0	31,7
1965	10,0	45,2
1970	10,5	42,5

Fuente: José Pablo Arellano, *Políticas sociales y desarrollo, Chile 1924-1984*, Ed. CIDE, 1988, p. 30.



Indigentes: niños y adultos en situación de calle invisibilizados en la pobreza

Las nuevas estrategias de desarrollo social, centradas en la educación y el mejoramiento de la calidad de vida de la población, definieron la evolución desde un Estado Asistencial a un Estado de Bienestar. Dotada la institucionalidad chilena de los instrumentos básicos de la seguridad social, se consiguió mejorar las condiciones de salud y previsión, una mayor cobertura educacional, aumento en la adquisición y construcción de viviendas, menor analfabetismo y descenso de la mortalidad infantil.

Sin embargo, el esfuerzo del aparato público no redundó en la implementación de una intervención específica para aquellas personas que se encontraban en situación de calle, quedando éstas invisibilizadas como parte de los amplios sectores de la población que se encontraban en situación de pobreza. Las intervenciones sociales se concretaban en determinados grupos –los trabajadores afiliados al Seguro Social, las poblaciones urbanas, las capas medias conformadas por empleados y pequeños comerciantes–, pero no en otros, que se mantenían en niveles de pobreza y exclusión social, en la persistencia de una problemática social que no solucionaba las condiciones de vida de quienes pasaban sus días mendigando en las calles y sus noches bajo los puentes del Mapocho, o en las hospederías que les daba un precario alojamiento.

Para 1958 se calculaba que más de la mitad de las familias chilenas subsistían con ingresos inferiores a los necesarios para asegurar una dieta básica, aun cuando gastasen en ello alrededor del 75% de sus jornales, situación que se hacía aún más grave en el caso de los trabajadores rurales, que recibían como pago de sus labores en promedio un tercio de lo adjudicado a sus pares urbanos.²⁵ Diecisiete años después, el primer “Mapa de la Extrema Pobreza” señalaba que casi dos millones de personas se encontraban en esa situación, de las cuales un tercio vivía en localidades rurales y los dos tercios restantes en las ciudades. De esta cantidad –estimada en un quinto de la población total– el 50% era menor de 16 años.²⁶

El modelo social implementado se desarrollaba bajo el supuesto de que a través de la profundización de las políticas sociales se solucionaría el problema de las personas en situación de calle. La relación entre situaciones de extrema pobreza y sectores de la población habitando en las calles, era evidente. A mediados de la década del 40, Alberto Hurtado manifestaba: “¿Cómo va a ser posible que por no poder pagar el obrero su modesta pieza, después de agotar su salario por enfermedad o aun por una imprevisión, no culpable, pues no ha recibido educación, sea arrojado con su mujer y sus hijos a dormir sobre el pavimento y a comer en los tarros de basura?”²⁷

Dado que no se emprendió una acción pública específica hacia esta población, no es factible realizar una estimación de la cantidad de personas que sobrevivían en la calle, y menos aún tener un diagnóstico de sus condiciones de vida. Los cálculos fueron siempre generales y basados en las estadísticas de los registros policiales o de los servicios de salud y asistencia social que les entregaban prestaciones.

En el año 1944 la cifra de personas en situación de calle estimada sólo para Santiago alcanzaba a 5.000 personas.²⁸ Esta población, según describían los diarios de la época, vivía en basurales, casuchas de cartón, a la orilla de los desagües de la ciudad o bajo los puentes del río Mapocho. En palabras del sacerdote Alberto Hurtado Cruchaga, éstos eran:



Fuente: *La vagancia, la mendicidad y demás estados de desvalimiento*, op. cit.

25. Ahumada C., *En vez de la miseria*, Ediciones BAT, Santiago de Chile, 1990 (1958), p. p. 72, 74, 81 y 84.

26. ODEPLAN, op. cit., pp. 8-10. Las provincias que concentraban mayores porcentajes de población en extrema pobreza, en relación a su propia población, eran Coquimbo, Aysén y Arauco, con cerca del 30%; y las que menos, Magallanes, Valparaíso y Chiloé, entre 9,4% y 17,9%. Santiago mantenía un 18,8% de población en esta condición, representando esta cifra un 33,8% del total de población en extrema pobreza del país. p. 18.

27. Felizmente, hoy”, en *El Diario Ilustrado*, 16 de noviembre de 1946.

28. “Un hogar para los que no tienen techo”, en *El Diario Ilustrado*, 17 de diciembre de 1944.



Fuente: Archivo Fotográfico del Hogar de Cristo.

“...los que nada tienen, los que no cuentan con propiedad ni con pensión, ni tienen un seguro ni educación, y muchos, ni siquiera salud. Son esos miles de vagabundos que ni Santiago ni el país pueden ocultar aunque quieran, porque son demasiado numerosos, esos miles de seres que a primera vista nos inspiran horror por su decadencia física, sus harapos, y por la ruina moral que en ellos se adivina. No son los pobres, sino los vencidos por la miseria.”²⁹

Los niños y niñas de la calle erraban por la ciudad, concentrándose bajo los puentes, en los espacios públicos de la Quinta Normal, en los parques del centro o en las cuevas del Cerro Blanco. Realizando trabajos de lustrabotas o suplementeros, de “canillitas”, y en el caso de las niñas, algunas ejercían la prostitución de forma habitual u ocasional. La mayoría había empezado su vagar antes de los siete años, y tendían a agruparse en pandillas de “palomillas” que inquietaban siempre a los comercios establecidos.

Las intervenciones públicas se centraron principalmente en los niños que se encontraban en las calles. La Ley de Menores del año 1928 y la institucionalidad que ésta generó a través de la Dirección General de Protección de Menores, los Tribunales de Menores y establecimientos de atención, definieron los lineamientos de la política hacia la infancia para el resto del siglo XX. Dicha institucionalidad se centró en aquellos niños y niñas denominados “*en situación irregular*” englobando a aquellos en situación de abandono y vagancia, y a aquellos que hubiesen cometido delitos.

En el año 1942, las autoridades coordinaron al conjunto de instituciones encargadas de la protección de la infancia bajo la Dirección General de Protección a la Infancia y la Adolescencia, dependiente del Ministerio de Salubridad. La finalidad era abordar integralmente el “problema de la protección a los menores”, bajo un programa común y una directiva unitaria, considerando tanto aspectos médicos y educativos como económicos, sociales y jurídicos. Y para atender

específicamente a la población infantil que poblaba las calles de las principales ciudades del país, se conformó el *Comité de Recuperación del Niño Vago*, a instancias de la Primera Dama, en el año 1953.

Producto de la preocupación de las autoridades respecto a la marcha de las instituciones existentes se conformó, a principios de los años 60, una Comisión Interministerial de Protección de Menores. Ésta manifestó la necesidad de programas de desarrollo social, servicios de auxilio al hogar en crisis, centros de recreación y orientación, y la mantención de los niños en lo posible dentro del seno de la familia. Las iniciativas de reforma emanadas desde esta Comisión desembocarían en la creación del Consejo Nacional de Menores, que se constituyó como la institución coordinadora del sistema de atención a la infancia. Sin embargo, de forma general, las instituciones continuaron internando a los niños y niñas que se encontraban en las calles o que llegaban a sus establecimientos por orden de la justicia, mezclando a aquellos en condición de abandono y vagancia, con otros que cometían faltas o delitos.

En cuanto al desarrollo de los establecimientos, en 1943 se iniciaba el proyecto de una granja de rehabilitación de niños vagos en Apoquindo, en terrenos de propiedad de Carabineros de Chile.³⁰ A fines de ese mismo año, abría sus puertas la “Ciudad del Niño Presidente Ríos”, destinada a alojar a los huérfanos y vagabundos en un recinto amplio y nuevo que contaba con parques y habitaciones confortables, donde los y las profesionales responsables asumían un compromiso que, según sus palabras, era “*arrancar a la muerte y a la indigencia a los niños desvalidos, que son nuestros hermanos, que son nuestros iguales y a quienes debemos proteger con nuestros fraternales sentimientos.*”³¹ Venía esta importante obra a sumarse a muchas otras que se destinaban al asilo y atención de la infancia en situación irregular: el Politécnico Elemental “Alcibíades Vicencio”, el Hogar “Camilo Henríquez”, la Escuela-Hogar “Gabriela

29. “Dolor y miseria”, en *El Diario Ilustrado*, 5 de mayo de 1951.

30. Ministerio de Salubridad, Oficios, anexo al oficio 797, 12 de julio de 1943. Esta escuela agrícola debía sumarse a la ya existente Colonia “Mapocho”, que bajo la dirección de Polidoro Yáñez llegó a albergar a más de 140 jóvenes vagos que antes vivían en el río Mapocho.

31. *Ciudad del Niño Presidente Ríos*, Editorial Zig-Zag, 1944.

Mistral” de Limache, la Colonia-Hogar “Carlos van Büren” en Villa Alemana y las Casas de Menores de Santiago y Valparaíso, todas ellas ejemplo del sistema de atención a la infancia que se consolidaba.

En este marco se inscribe la acción de Carabineros de Chile, que inicia labores de acogida a los niños de la calle al constatar que aquellos que “retenían” eran generalmente devueltos a las calles luego de ser llevados a los tribunales. En el año 1959 se creó, al alero de la institución, el primer Club de Menores que entregaba alimentación y ropa a los niños en el día. Esta iniciativa dio lugar al primero de una red de hogares que Carabineros instaló para “atacar de forma sistemática la problemática de los niños de y en la calle”.³² En el año 1963 se creó la Fundación Niño y Patria, “como una instancia de apoyo a las funciones propias de la Institución en el ámbito de los menores y para desarrollar programas de previsión y asistencia”, la que se hizo cargo de los hogares que funcionaban en Valparaíso, Santiago, Antofagasta y Concepción. A partir del año 1967 la fundación ligó su accionar al Consejo Nacional de Menores como institución colaboradora en la atención de los niños.

El Estado mantuvo una serie de instituciones de asilo y protección destinadas a la población adulta en situación de calle. De acuerdo a los criterios de la época, eran “los que ejercen la mendicidad sin permiso y que, en razón de ser lisiados o valetudinarios, no tienen aptitudes para el trabajo, se han tomado las medidas compatibles con su condición. Existe ya el Taller de lisiados y los hospicios, establecimientos que permiten adaptar, en lo posible, y atender, en todo caso, a estas personas, en forma de asegurarles la ayuda del Estado y evitar las exhibiciones públicas de su desmedrada condición personal.”³³ Popularmente conocido fue el hospicio que funcionó durante la primera mitad del siglo XX en la calle Portugal, en lo que es hoy el recinto de la Posta Pública.

En este contexto de ampliación y reforma de las instituciones existentes, así como de la creación de otras, especial mención merece la fundación, a fines de 1944, del Hogar de Cristo, obra emprendida por el sacerdote jesuita Alberto Hurtado Cruchaga y que desde sus inicios se concentró en la atención de la población que habitaba en espacio público. Especialmente reconocida fue la labor que desarrolló el sacerdote en beneficio de los niños que habitaban en las orillas del río Mapocho.



Fuente: Archivo Fotográfico del Hogar de Cristo.

32. Carabineros de Chile, Comisaría de la Familia, Dcto: Historia de la Institución.

33. Proyecto de Ley sobre represión de la vagancia y la mendicidad. Mensaje del Presidente Pedro Aguirre Cerda ante el Parlamento, 12/09/1941.



Fuente: Centro de Estudios y Documentación Padre Hurtado, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Incipiente desarrollo de políticas públicas en Chile

A poco de establecerse, el Hogar de Cristo contaba con una Escuela-Granja, cerca de Colina, que atendía a cerca de 130 niños y niñas en situación de abandono, muchos de ellos recogidos en las riberas del Mapocho; un asilo para mujeres y sus niños pequeños, y un Hogar para adultos de ambos sexos que cada noche daba alojamiento a cerca de 200 personas. Años más tarde se sumaban la Posada del Niño Vago, la Escuela Taller en Renca, el Taller de Mueblería para adolescentes en situación irregular, Policlínicos, Hospederías para hombres y mujeres, y una sociedad encargada de la construcción de viviendas obreras.¹

En 1950, cada mes, el Hogar de Cristo entregaba un promedio de 14.000 alojamientos con sus respectivas comidas y desayunos.³⁵ Y un año más tarde, contando los seis años de funcionamiento efectivo de la institución, se consideraban cerca de 600.000 atenciones y más de un millón de raciones alimenticias.³⁶ Durante los años 50 y 60 la institución se extiende a diferentes ciudades del país a través de filiales en Antofagasta, Los Ángeles, Talca, Chillán, Arica, Concepción y Copiapó. A fines de la década de 1960 se establecía la primera hospedería para pacientes desahuciados de los hospitales.³⁷

34. Alberto Hurtado C., "Cuenta de actividades de ASICH y del Hogar de Cristo", 1951.

35. Hogar de Cristo, *Revista Mensual*, N° 11, marzo de 1950.

36. "Dolor y miseria", en *El Diario Ilustrado*, 5 de mayo de 1951.

37. *Revista Mensaje*, N° 443, octubre de 1995, pp. 8-9.

A pesar del aumento de las instituciones de carácter privado y la expansión de éstas a lo largo del país, el conjunto de los establecimientos antes citados, así como muchos otros de menor envergadura, parecían no dar abasto a la totalidad de la población en situación de calle. Ante esta situación, se repetía periódicamente la "barrida" policial, el traslado a las comisarías y centros de detención, y el persistente llamado de los mismos funcionarios policiales sobre la necesidad de construir nuevos centros de reclusión y atención, dotados de mejores condiciones de seguridad y mayor capacidad. Para el año 1966, la cantidad total de establecimientos, privados y públicos, llegaba a 875, dependientes de 147 instituciones.³⁸

Es decir, y a pesar de la notable expansión en cobertura y recursos puestos a disposición de las instancias sociales públicas y privadas, así como del mejoramiento de la prestación de servicios educativos, sanitarios y de pensión, las condiciones de vida de una parte de la población seguían marcadas por la precariedad y, muchas veces, la exclusión. Las políticas del Estado centradas en el bienestar de sus habitantes tocaban así, de alguna forma, un límite que sólo la ampliación y especialización de las acciones y el desarrollo de estrategias de fomento de la igualdad de oportunidades podían revertir. Sin embargo, esta orientación estatal experimentaría un brusco giro a partir de mediados de la década de 1970, dando inicio a una etapa de reflujo y restricción de lo hasta ese momento alcanzado.

Régimen militar: disminución de la función estatal de protección social

Con la llegada del Régimen Militar, se asumió como eje de la política social estatal el principio de la subsidiariedad, estableciéndose mecanismos de focalización de las prestaciones estatales, especialmente de los subsidios monetarios. Esto significó una brusca disminución de la función estatal de protección social, lo que se reflejó en una persistente caída del gasto social a partir del año 1974, especialmente en las áreas de educación, salud y vivienda, observándose al final del período que sólo el gasto asistencial y el previsional registraban niveles superiores a los del año 1970.

Las medidas de ajuste aplicadas tuvieron frecuentemente efectos regresivos, a través de la contracción de gasto, lo que incrementó el desempleo y redujo los salarios reales. La disminución del Estado social, junto a los periodos de recesión económica que se presentaron –1975-1976; 1982-1984–, provocaron la extensión de condiciones de extrema pobreza en sectores que, a lo largo de las décadas anteriores, habían conseguido paulatinamente –y con el apoyo del Estado– grados de inclusión social y bienestar económico considerables. La respuesta estatal a esta situación fue la creación de empleos precarios bajo las modalidades del Programa de Empleo Mínimo (PEM) y el Programa de Ocupación para Jefes de Hogar (POJH).

La sociedad civil enfrentó las crisis a través de la constitución de redes sociales y diversas manifestaciones de solidaridad y apoyo comunitario destinadas a paliar los efectos más urgentes en los sectores populares. Junto a las ollas comunes, los comedores infantiles, las Bolsas de Trabajo de los cesantes, los policlínicos mantenidos por organizaciones eclesíásticas y laicas, se multiplicaron las organizaciones “Comprando Juntos” y los huertos familiares. Al final del Régimen Militar, las organizaciones de solidaridad popular alcanzaban en la Región Metropolitana un total 2.260.³⁹

En lo referente a las políticas de salud y educación, desde finales de los 70 se inició una profunda reforma de estos sectores bajo los principios neoliberales de la economía y del rol subsidiario del Estado. El eje fue la descentralización del sistema y el incentivo a la gestión privada, lo que se impulsó en el ámbito de la educación con el traspaso a los municipios de la gestión administrativa y financiera de las escuelas públicas y la asignación de fondos fiscales que, por la vía de subsidios, se entregaban a las escuelas particulares que en forma gratuita se sumaban a la función educativa del Estado. En el sector salud se descentralizó el Servicio Nacional de Salud en 26 servicios de Salud autónomos y la municipalización del nivel primario de salud. Asimismo, se promovió

5. Ximena Montero M., *La menor vaga (estudio sobre la vagancia infantil en Chile)*, Universidad Católica de Chile, Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales, Editorial Jurídica de Chile, 1966, pp. 20-22.

6. Roberto Urmeneta, “Los pobres que no esperaron”, en Revista *Mensaje*, vol. XXXVIII, N° 383, octubre de 1989, pp. 442-443.



Fuente: gentileza del diario *La Nación*.

la formación de Instituciones de Salud Provisional (ISAPRES), de capitalización individual, las que entregaban servicios médicos cuya mayor cantidad y calidad estaba estrictamente relacionada con la capacidad de aporte económico de cada cotizante.

La situación de vivienda de los sectores más empobrecidos estuvo marcada por el hacinamiento, la precariedad y la inseguridad, siendo vivienda el ítem del gasto social que disminuyó de forma más ostensible en el período. La población designada como los “sin casa” aumentó considerablemente. En 1985 se calculaba en un 36% el total de familias que carecían de una vivienda adecuada, con un déficit de un millón de habitaciones.⁴⁰ Tomado como totalidad, en el período comprendido entre 1973 y 1989 se calcula que un 43,9% de las familias constituidas no accedieron a una vivienda propia.⁴¹

Esta situación suscitó el fenómeno de los “allegados”, que alude a individuos y familias que fueron acogidos en las viviendas de otras familias. Junto a ello, a inicios de la década de 1980 se reactiva un proceso de “tomas” de terreno, en que conjuntos de familias se apropiaron de terrenos baldíos en diferentes ciudades del país, y otros grupos vinieron a aumentar la población

que habitaba en las calles. Para muchas de estas familias, este tipo de solución era preferible al traslado a que eran sometidas las familias erradicadas de los campamentos de las principales ciudades chilenas.

Una vez más, el diseño de instrumentos para focalizar las prestaciones estatales no consideró a las personas en situación de calle. De acuerdo al testimonio de las instituciones encargadas de la acogida de estas personas, la población en situación de calle aumentó, tanto por efecto de las crisis económicas de mediados de la década de 1970 e inicios de la siguiente, como por la focalización de las políticas sociales.

En efecto, a mediados de la década de 1970 la población en situación de calle atendida por las hospederías del Hogar de Cristo alcanzaba un promedio de 1.400 hombres, 550 mujeres y 315 niños⁴².

Pocos años más tarde, y evidenciando la gran profundización de la miseria que experimentaban los sectores más desvalidos de la sociedad, se recibía mensualmente, en las hospederías del Hogar de Cristo a cerca de 5.000 personas⁴³. En el año 1981 se estimaba que uno de cada cinco chilenos vivía en la miseria, por lo que no es extra-

40. Pilar Vergara, *Políticas hacia la extrema pobreza en Chile. 1973/1988*. FLACSO, Santiago de Chile, 1990, p. 226.

41. Patricio Meller (comp.) *Resultados económicos de cuatro gobiernos chilenos, 1958-1989*. Apuntes CIE-PLAN 89, Santiago de Chile, 1990.

42. Revista *Noticias del Hogar de Cristo*, octubre de 1975.

43. Revista *Noticias del Hogar de Cristo*, marzo de 1980.



Fuente: gentileza del diario *La Nación*.

no encontrar declaraciones que indican que tras la crisis económica de 1982 la cantidad de gente que demandaba atención había crecido, pasando –sólo en hospederías– de 4.729 mensuales en 1979 a más de ocho mil en 1983⁴⁴. Ya en 1982, desde el Hogar de Cristo se indicaba que “la demanda de asistencia se ha hecho cada vez más aguda; nuestras hospederías y policlínicos han aumentado notablemente sus niveles de atención: en junio de 1981, las hospederías dieron 6.500 alojamientos; en junio pasado esta cifra subió a 8.400 y en julio, a 10.300”⁴⁵. Un estudio de la época reflejaba esta dramática realidad de la siguiente forma:

“Una y otra vez encontramos a niños o niñas en las calles pidiendo una limosna, o a la salida de los salones de té, de las tiendas, de las carnicerías, de las panaderías, de los supermercados; o a las mujeres con sus hijos, en el Centro de Santiago o en cualquier calle aledaña. O a niñas que miran entre provocativas y angustiadas hacia el interior del auto; o a niños, jóvenes o adultos abordando los buses para pedir una moneda “solidaria”, o cantando al rasgueo de una peineta, o repartiendo tarjetas... o revolviendo la basura que ha quedado en tachos o en asépticas bolsas plásticas. Y a tantos otros que insisten

*con el timbre de nuestras casas para “una ayudita, por favor”. Miles de compatriotas que marchan cada día en un éxodo sin otro destino que su mera sobrevivencia; que van, vienen y vuelven con algunas monedas que les permitirán repetir al día siguiente el mismo rito deshumanizante del día anterior.”*⁴⁶

Los niños y niñas fueron actores importantes de este proceso. En Santiago, cerca de la Estación Mapocho, la Vega Central y el centro, se agrupaban niños, niñas y adolescentes de diversas edades para defenderse y subsistir en la calle.

A la experiencia de vivir en la calle se sumaron otras problemáticas, como la explotación sexual y el consumo de estupefacientes, principalmente el neoprén⁴⁷, que provocaba en sus consumidores pérdida de sensación de hambre, alucinaciones y daño neuronal irreversible.

44. Revista *Noticias del Hogar de Cristo*, agosto de 1983.

45. Revista *Noticias del Hogar de Cristo*, octubre de 1982.

46. Ernesto Espíndola, “¡Una moneda por favor!”, en Revista *Mensaje*, vol. XXXVI, N° 363, octubre de 1987, p. 453.

47. Pegamento industrial con altos niveles de benceno.



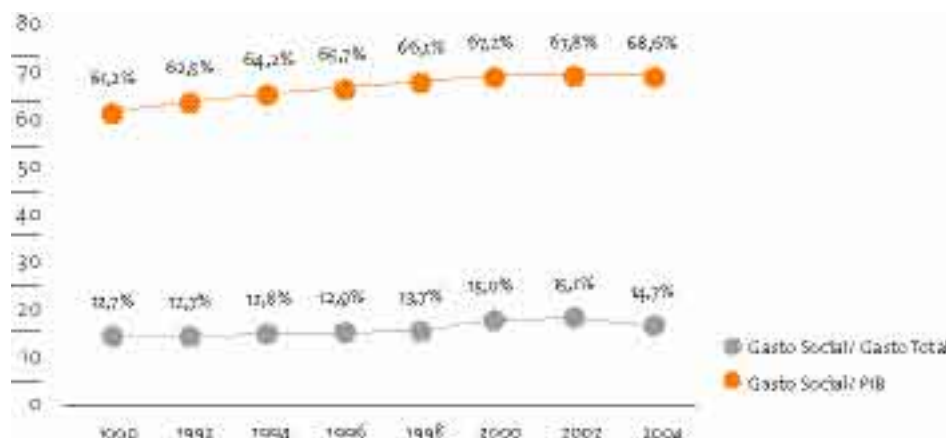
Fuente: gentileza del diario *La Nación*

Los sistemas de protección para el conjunto de las niñas y niños en situación irregular fueron reestructurados, guiados por los principios de subsidiariedad y privatización de las atenciones a través de la entrega de subvención a instituciones externas. Se fomentó así la creación de instituciones no gubernamentales, que se constituyeron en la red de atención del Servicio Nacional de Menores (SENAME). El pago de la subvención según asistencia de los niños fomentó la internación de éstos por largos periodos. Ejemplo de lo anterior, la Fundación Niño y Patria contaba en el año 1980 con 43 centros de atención y una capacidad de atención para 3.035 niños a nivel nacional.

Los gobiernos de la Concertación: superación de la pobreza y nuevos desafíos

A partir de la década del 90, ante el déficit social heredado, los gobiernos de la Concertación iniciaron un proceso de valoración y reforzamiento de las políticas sociales que implicó un significativo crecimiento del gasto social per cápita en todos los sectores sociales, especialmente en educación, salud, vivienda y previsión.

Gasto Social 1990-2004



Fuente: Dirección de Presupuestos del Ministerio de Hacienda: Informe de las Finanzas Públicas 2005.

El aumento del gasto social y la puesta en marcha de un conjunto de nuevas intervenciones programáticas para favorecer a los sectores con menores oportunidades del país, tuvieron como resultado un importante descenso en los indicadores de pobreza, de 38,6% en el año 1990 a 18,8% en el 2003, y de la indigencia, que disminuyó desde un 12,9% a 4,7% durante el mismo periodo.

Evolución de la Pobreza Total 1990-2003

(Porcentaje de la población)



Fuente: División Social, MIDEPLAN, a partir de Encuesta CASEN en años respectivos.

La disminución en los índices de la pobreza y la indigencia ha permitido visualizar y diferenciar las particularidades de los grupos de mayor vulnerabilidad social. Esto ha derivado en el diseño e implementación de políticas específicas para dar respuesta a sus necesidades; tal es el caso del Sistema Chilesolidario destinado a las familias en situación de indigencia.

Asimismo, las personas en situación de calle, en especial la población infantil y adolescente, han comenzado a ser sujeto de diversas intervenciones públicas. Las primeras experiencias de trabajo con niños de la calle estuvieron a cargo del Servicio Nacional de Menores, que inició en la década de 1990 acciones en conjunto con el Hogar de Cristo. En la actualidad el SENAME administra 10 proyectos específicos en esta temática, que atienden a alrededor de 800 niños, niñas y adolescentes.

Éstos se ejecutan a través de diferentes modalidades, ya sea como estrategias de prevención, para que aquellos niños y niñas “en” la calle no devengan niños de “la calle”, con el énfasis en la reconstrucción de los lazos familiares a través de intervenciones psicosociales hacia las familias y el fomento de la reinserción escolar.

Para aquellos niños, niñas y adolescentes (de la calle) que pasan gran parte de su vida en lugares públicos, se implementan estrategias de reparación, dada su situación de vulnerabilidad que, en muchos casos, se relaciona con un alto riesgo de ser víctimas de experiencias de explotación sexual, consumo de drogas e infracción a la ley. Se observa en ellos una pérdida de los vínculos familiares y se encuentran fuera del sistema escolar, generando sus propias estrategias de supervivencia, que acentúan niveles de autonomía personal y grupal muy alta, en las denominadas “caletas”. Según datos del 2003, se calcula en poco más de 1.000 personas esta población a lo largo de todo el país.

Por su parte, Carabineros de Chile continúa ejerciendo una importante labor hacia la población infantil en situación de calle a través de la Comisaría de la Familia y la Fundación Niño y Patria, adecuando su oferta institucional a las nuevas líneas en materia de políticas de infancia. Formando parte de la red de atención del Servicio Nacional de Menores,

cuenta con 11 centros residenciales, con un total de 708 plazas subvencionadas y un instituto de capacitación, creado en 1992, que se financia con aportes de la empresa privada y del SENCE.

Por su parte, el Consejo Nacional para el Control de Estupefacientes CONACE, a través de su programa de marginalidad, interviene ambulatoriamente en la población de niños y niñas “de la calle”, población que en su mayoría son consumidores problemáticos de drogas (pasta base y solventes). También realiza acciones hacia aquellos que continúan viviendo en familia, no obstante que muchos de ellos se encuentran fuera del sistema escolar, conforman grupos de esquina, realizan trabajo informales y, en un alto porcentaje, consumen alcohol y drogas.⁴⁸

El objetivo del programa de marginalidad es implementar una intervención psicosocial que incluya trabajo en la calle, prevención del consumo de drogas, fortalecimiento de lazos familiares, promoción de la inserción social y articulación con las redes locales. Y en caso de ser necesario, facilita el acceso a tratamiento de drogas y otras problemáticas de los niños, niñas y adolescentes en situación de vulnerabilidad y exclusión social.

Los proyectos financiados por CONACE son ejecutados por los equipos profesionales y técnicos de Organismos No Gubernamentales especializados en proyectos de inclusión social, los que recorren los sectores donde se concentra la población infantoadolescente, con el objetivo de iniciar contacto y vinculación para comenzar la intervención psicosocial. Actualmente se ejecutan 18 proyectos en 10 regiones del país, teniendo una cobertura de 793 niños.

Eje fundamental de la estrategia de la intervención pública hacia los niños es el proyecto de reintegración educacional, que se realiza a través de un trabajo intersectorial encabezado por el Ministerio de Educación, con la participación de CONACE, la División de Seguridad Ciudadana y SENAME, el cual

cuenta con un Fondo de Reescolarización que apoya el trabajo de los equipos psicosociales que intervienen en la población de niños, niñas y adolescentes desertores del sistema escolar.

Al igual que en décadas pasadas, las actividades de protección a la población adulta sin hogar continúan fundamentalmente ligadas al compromiso de las instituciones privadas, las que entregan alojamiento, alimentación, y en muchos casos, intervenciones de carácter psicosocial a las personas en esta situación.

Existen numerosos grupos humanitarios y caritativos que se han organizado para ayudar a las personas que habitan en las calles a través de la entrega de alimentos, ropa y servicios. Se trata de grupos de parroquias, miembros de instituciones educacionales, o personas que se reúnen según diferentes afinidades implementan comedores solidarios y recorridos por las calles en las noches para entregar su apoyo. El Ejército de Salvación, históricamente, ha emprendido acciones de asistencialidad a la población en situación de calle en diferentes ciudades del país.

El Área de Hospederías del Hogar de Cristo, eje histórico de la acción social de la institución, se aboca a las personas de extrema indigencia y exclusión, jóvenes, adultos y adultos mayores de ambos sexos en situación de calle o en riesgo de estarlo. A través de los diferentes programas esta área atiende en Santiago a un grupo aproximado de 1.000 personas diarias. Durante el año 2004, el total de personas atendidas alcanzó a 9.000.

Las personas son acogidas principalmente a través de establecimientos denominados hospederías, que funcionan las 24 horas de todos los días del año. Allí, junto al alojamiento se les entregan atenciones en salud física y mental, apoyo social, y se realiza la coordinación con servicios públicos y privados que puedan asistirlos según la situación particular de cada uno de ellos.



48. CONACE: Cartilla, Programa de Marginalidad, prevención de drogas en niños y niñas y adolescentes en vulnerabilidad social.

Formando parte del Programa de Hospederías, el Programa Acogida es una línea de trabajo que surge a partir del voluntariado del Hogar de Cristo, y desde principios de los años 90 retoma el trabajo que realizaba el Padre Hurtado en las calles de la ciudad, realizando acompañamiento diario a personas que viven en la calle, en los lugares donde éstas se encuentran. A los beneficiarios se les entrega orientación e información sobre servicios sociales, apoyo en servicios básicos (alimentación, vestuario y alojamiento), atención psicosocial y gestión para la derivación en redes sociales. Bajo esta misma modalidad la institución interviene con los niños, niñas y adolescentes que habitan en las caletas a través del Programa Niños de la Calle.



Otras organizaciones y fundaciones han desarrollado líneas de trabajo estructuradas según diferentes metodologías y enfoques. Entre ellas se encuentran proyectos que entregan atención a personas con uso problemático de alcohol y drogas, otros que entregan atención social ambulatoria, y las hospederías solidarias. Estos proyectos son ejecutados por diversos organismos no gubernamentales, grupos asociados a diferentes credos religiosos y fundaciones privadas.⁴⁹

En el último tiempo se ha constituido la denominada Red-Calle, compuesta por la Corporación “Acógeme”; la Corporación “Chasqui”; la Corporación Gente de la Vega; la Fundación de Beneficencia Hogar de Cristo; la Organización Solidaria “Hijos de la Calle”; la Corporación “Nuestra Casa”; la ONG Raíces; la Corporación Servicio Paz y Justicia, y UNELC (Una Noche en las Calles), quienes en el año 2003 se organizaron para solicitar al Presidente Ricardo Lagos, a través de una carta, la realización de un catastro de la gente en situación de calle. La primera acción, luego del compromiso del Gobierno, fue la realización del catastro de la Comuna de Estación Central en el año 2003, bajo la coordinación del Ministerio de Planificación y con la participación de las organizaciones de la sociedad civil.

Actualmente, el Gobierno del Presidente Ricardo Lagos ha asumido el desafío de incorporar al sistema de protección social del Estado a aquellas personas en situación de calle que han sufrido un proceso de invisibilización en el desarrollo de las políticas sociales de las últimas décadas. Dado que nunca se ha logrado cuantificar a las personas en esta situación, se realizó el 28 de julio del presente año el Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle, cuyos resultados permitirán definir los principales lineamientos de las intervenciones públicas y privadas que se realicen a futuro para este sector.

49. Destacan en estas líneas de acción el área de tratamiento y trabajo comunitario de la ONG Caleta Sur; la Comunidad terapéutica Joven Levántate; el Programa Don Bosco; la Fundación Gente de la Calle; la Hospedería San Juan de Dios; la Hospedería Santa Francisca Romana; la Corporación Nuestra Casa; UNELC: Una Noche en las Calles, con la casa de acogida Cristo Pobre.



**“Las voces de los pobres
envían poderosas señales
que permiten ver la
dirección en que deben
cambiar las políticas”.**

Narayan y otros (2000)

Habitando la calle: imágenes y testimonios de personas en situación de calle

Esta sección se basa en un estudio cualitativo que explora la forma en que las personas en situación de calle entienden esta circunstancia, la incorporan dentro de su trayectoria vital y la sobrellevan habitando espacios públicos temporales que no les pertenecen. Para ello, realizamos entrevistas en profundidad a siete personas en situación de calle en Santiago de Chile. Durante estas entrevistas reconstruimos sus historias de vida y analizamos las fotografías que ellos mismos habían tomado sobre su vida diaria en la calle.

38



“Fue entretenido andar con la cámara, hacer el ejercicio de sacar las fotos pa’ ustedes, porque la gente de repente va pasando y uno está sacando la foto y nos quedaban mirando, y esta loca anda sacando fotos, está bien que los turistas anden sacando fotos, no un atorrante... creo que me voy a comprar una cámara y me voy a poner de fotógrafo...”

Isa (entrevistada)

“Las fotos éstas de aquí [son] pa’ darle a conocer a la gente cómo es realmente la vida aquí, porque ellos pasan... hay gente que pasa [y] dicen “miren la callampería... ¿cuántos delincuentes deben haber?” y cosas así... que no hay normas, que no hay una regla que los dirija a ellos, que los controle, y saqué fotos así... pa’ que se den cuenta de cómo es la forma como uno vive...”

Juano (entrevistado)

Introducción

Investigaciones recientes han destacado lo complejo que resulta definir la “situación de calle”, dada la variedad de características que la componen, así como la evolución en el enfoque con que las políticas sociales han significado y actuado sobre esta realidad (Hodgetts y otros, 2005). Estos enfoques han transitado desde visiones que circunscribían la situación de calle a un problema meramente habitacional de personas excluidas que requerían “re-inscripción”, a una aproximación que entiende la situación de calle como un proceso en el que se puede entrar y salir varias veces a lo largo de una trayectoria vital. Este proceso se relaciona con la creciente vulnerabilidad de los lazos y prácticas a través de los cuales las personas forman parte de su sociedad. La situación de calle puede precipitarse por un problema habitacional, pero hay otros factores que también la componen y perpetúan, como la escasez de ingresos, la inseguridad, la estigmatización, la vulnerabilidad, la falta de elección, carencias familiares y la incapacidad para planificar. En este sentido, y como dan ampliamente cuenta los entrevistados de este estudio, el significado de la situación de calle no es sólo responsabilidad de los afectados, sino que también se basa en un proceso de estigmatización social hacia este segmento de la población.

El catastro de personas en situación de calle permite dimensionar, localizar y caracterizar a este grupo poblacional. Sin embargo, elementos esenciales para el diseño de políticas públicas, tales como la comprensión de los factores biográficos y estructurales que llevan a las personas a vivir en la calle, las reglas, prácticas y conocimientos que utilizan para sobrevivir y habitar en esta situación, los aprendizajes y aptitudes que han desarrollado en la calle, y la forma en que ellos les dan sentido a su realidad y a su posición en la sociedad, hacen necesario disponer de estudios cualitativos que contribuyan a comprender y analizar esta compleja realidad.



Por ello, se realizó un estudio cualitativo con el objeto de explorar la forma en que un grupo de personas con distintas experiencias de calle en Santiago de Chile significan y explican el tránsito a la calle, los métodos y estrategias que utilizan para sobrevivir en la calle, el uso que dan a la ciudad, la forma en que la situación de calle ha moldeado su identidad personal, así como sus expectativas vitales futuras. Siguiendo la línea de estudio implementada por Hodgetts y otros (2005) para la ciudad de Londres, se invitó a los entrevistados a participar en esta investigación como narradores y fotógrafos. Por una parte, se les solicitó que contaran su historia de vida; por otra, que retrataran su vida cotidiana actual con una cámara fotográfica, para así conocer sus biografías y situaciones vitales. En este sentido, si bien la responsabilidad de lo que aquí se expone recae en los investigadores, los siete entrevistados han sido coautores fundamentales de este estudio.

Para realizar la investigación se utilizó una metodología cualitativa basada en el estudio de casos. La información fue recolectada por medio de entrevistas en profundidad y fotografías tomadas por los mismos participantes, de modo de comprender y contextualizar lo que significa vivir en situación de calle desde los puntos de vista de sus protagonistas. Lo que se persigue con este estudio es “calificar” esta experiencia a través de las historias personales, descripciones, recolecciones, imágenes y reflexiones de un grupo de personas que la viven, y así contribuir a su comprensión. Además, debido a los requerimientos metodológicos del estudio, dentro de la población de calle se optó por trabajar solamente con personas sin trastornos psíquicos, que estuvieran en condiciones de recordar e hilvanar su historia de vida, que pudieran manipular una cámara fotográfica, y que habitaran en Santiago¹.

Mediante salidas a terreno junto a voluntarios que visitan a personas en situación de calle en Santiago y la colaboración de profesionales del Hogar de Cristo y de la Hospedería Francisca Romana, contactamos y comprometimos en la investigación a siete personas, dos de las cuales fueron entrevistadas como pareja formando un solo caso. Siguiendo la línea conceptual utilizada en el Catastro, consideramos como personas en situación de calle a aquellas que dormían en la vía pública, así como a las que pernoctaban en hospederías.

Caracterización de los casos

Los seis casos con que trabajamos reflejan diversas historias de vida y experiencias de calle. Primero, entrevistamos a personas en distintas situaciones habitacionales: hospederías (Hogar de Cristo, otras hospederías solidarias y hospederías comerciales), caletas y vía pública. Segundo, entrevistamos tanto a hombres como a mujeres. Tercero, los casos recogen experiencias de personas que han experimentado solas la calle, así como de personas que la han vivido con familiares y amigos. Cuarto, los entrevistados varían según las razones que los llevaron a vivir en la calle, incluyendo situaciones como conflicto y violencia familiar, dependencias de alcohol y drogas, cárcel y cesantía crónica. Quinto, entrevistamos a personas con larga, mediana y corta permanencia en la calle. Por último, trabajamos con personas que no tenían perspectivas claras de salir de la calle, así como con otros que sí las tenían. Estos criterios definieron los seis casos seleccionados para el estudio, cuyas principales características se resumen en la tabla 1.

1. Lo anterior explica la ausencia de niños en los casos de estudio.

Tabla 1
Características de los casos de estudio

	Juano	Paola y Gonzalo	Nino	Sandra	Isa	Óscar
Edad	45	Gonzalo 21, Paola 24	57	34	39	25
Estado civil	Casado, separado de palabra	Solteros, son pareja a punto de casarse	Soltero, convivió por 27 años	Soltera	Soltera	Soltero con pareja desde hace 6 años
Lugar donde pernocta	Ruco en caleta	Hoyo debajo de escalera de autopista Costanera Norte	En la vereda, bajo un tablero de madera	Hospedería de mujeres Francisca Romana	Hospedería de mujeres Francisca Romana	Transita entre una caleta y la casa de su suegra
Otros lugares donde ha pernoctado	Auto	Casa abandonada, parque, automotora, afuera de un negocio	Auto, camión, hospedería del Hogar de Cristo, hospederías comerciales	Sala de espera de hospital, Hospedería del Hogar de Cristo, banco de plaza	Bajo un puesto de artesanía, ruco en un parque, ruco al lado del río Mapocho	–
Con quién vive actualmente en la calle / hospedería	Hijo	Pareja	Solo	Sola	Hijos	Amigos de la caleta
Tiempo viviendo en situación de calle	10 años	Paola 5 meses, Gonzalo 5 años	17 años	7 meses	2 años, cuatro meses	8 años

En síntesis, en esta investigación indagamos en la biografía y la vida diaria de un grupo de personas en situación de calle de la ciudad de Santiago. La metodología visual/cualitativa empleada nos permitió contextualizar la situación de calle dentro de las trayectorias de vida de cada entrevistado, y acercarnos a la compleja dinámica que llevó a cada persona a vivir en esta situación y a los distintos modos en que hace su vida en la calle.

A continuación, presentamos parte de los resultados de la investigación. La primera sección está abocada a la relación entre situación de calle e identidad personal. Aquí observamos la situación de calle dentro de la trayectoria vital de los entrevistados, de manera de comprender cómo ellos la significan, y cómo su identidad personal es moldeada y moldea la forma en que viven la situación de calle. En la segunda sección analizamos la forma en que se habita cuando se tiene que sobrevivir en situación de calle, los distintos repertorios que se utilizan para sobrellevar la vida en la calle según las prioridades y recursos de cada uno, con los obstáculos que interpone el medio social, en una lucha contra la incertidumbre y la inseguridad. El informe se cierra presentando algunas conclusiones de este trabajo.

Situación de calle e identidad personal

En esta sección se analiza los relatos de los entrevistados desde la perspectiva de la identidad personal. La identidad no es sólo un asunto simbólico. La forma en que cada entrevistado se define a sí mismo y entiende su vida y sus circunstancias se refleja en sus intenciones, en las decisiones que toma y en sus conductas en la calle. A continuación se muestran distintas formas en que la situación de calle marca la identidad de aquellos que la experimentan y cómo la trayectoria vital de los entrevistados moldea la manera en que se vive y se entiende la calle.

Al observar cómo los entrevistados insertan la situación de calle en su trayectoria vital, y la motivación que tienen para narrar esta historia, se delinean distintas formas de entender la “situación de calle”, de vivirla y de justificarla.



Calle y trayectoria vital: interpretaciones

Al observar cómo los entrevistados insertan la situación de calle en su trayectoria vital, y la motivación que tienen para narrar esta historia, se delinean distintas formas de entender la “situación de calle”, de vivirla y de justificarla. Así, las “causas” que los llevaron a la calle, las estrategias que ponen en marcha para sobrellevar su situación y cambiar sus circunstancias y el modo en que viven esta situación no se observan como factores aislados y puntuales, sino como componentes de una vida que sucede antes y después de la calle y a cuya trayectoria hay que darle algún sentido.

“NO ENCUENTRO QUE HAYA PERDIDO NADA, AL CONTRARIO, HE GANADO”

Isa entiende su salida a la calle, tras los abusos de su padre, como una solución para enfrentar el peligro, una fórmula de autocuidado y reparación de su valor e integridad como persona. Probablemente porque ella no se siente responsable de estas circunstancias y ya superó la peor parte, Isa no tuvo tapujos al contar su historia de calle.

En el contexto de mayor seguridad y certidumbre que genera la hospedería solidaria en que Isa ha vivido en los últimos meses, ella entrega un relato biográfico donde la experiencia de calle es narrada desde el pasado. Isa trabaja de vendedora ambulante, se alimenta en un comedor solidario y aloja en una hospedería. Pese a sentir que ella y las demás mujeres de la hospedería “*son de la calle*” porque “*pasan todo el día en la calle*”, desde su perspectiva ella ya no “*vive en la calle*”. Tiene a sus hijos estudiando, está ahorrando para su casa propia y confía en que la dejarán alojar en la hospedería hasta solucionar su situación. Tanto a través de la historia de vida como en la narración de sus fotos, ella comenta cómo “*se ha ido superando*” en la vida, por lo que no hay lástima ni humillaciones en su narración. Durante todos los años que vivió en la calle o de allegada, no transó su dignidad ni la de sus hijos. Entonces no hay

nada de qué arrepentirse o avergonzarse. En estas circunstancias, Isa entiende su experiencia de calle como un aprendizaje:

“No encuentro que haya perdido nada; al contrario, he ganado, estoy más tranquila... puse los pies en la tierra, aterricé... estoy tomando más conciencia... que tengo que pensar en el futuro de mis hijos”.

Los comentarios que hace al pasar sobre la situación actual de sus ex parejas reflejan que no perdió nada al abandonarlos, y que el camino que ella emprendió era el correcto. Hoy Isa tiene claros proyectos futuros, por lo que la de Isa es una narración de la calle desde la esperanza. Isa siente que ya no vive en la calle y no piensa volver. El peligro ya está en el pasado. Lo que sigue a futuro es consolidar su hogar y un empleo estable para reunir nuevamente a su familia, su máximo orgullo.

“EL 19 DE ENERO DEL 2005”

Al igual que para Isa o Sandra, para Gonzalo y Paola la calle fue una alternativa de protección ante los problemas familiares. En este contexto, para Paola en particular, la experiencia de la calle pese a que no sea la mejor de las opciones, significa una prueba de autonomía y un ejercicio de reafirmación personal:

“Mi mamá me decía que yo nunca iba a ser capaz de salir de esa casa y ahora vi que sí”.

P: ¿Y por qué decidiste quedarte en la calle?

R: “Porque por primera vez decidí algo que yo quería hacer, por primera vez tomo una decisión, en mi casa a mí hasta la ropa me la compraba mi mamá... y todos dicen ‘por primera vez hiciste algo por ti’”.

De hecho, luego de analizar todas sus fotografías reflexiona:

“Hemos ido superándonos... ahora el Gonzalo con trabajo, yo antes que me daba vergüenza cuidar autos... igual he trabajado y con eso nos hemos mantenido, cuidando autos, hasta un lavado hice el otro día... me gané dos lucas”.

Dentro de la trayectoria vital de Gonzalo y Paola, la experiencia de la calle es entendida como una situación transitoria. Esto redundante en que ellos se definan no como “*personas de la calle*” sino como “*personas en la calle*”. Ellos entraron a la calle como única opción para abandonar sus familias y saldrán de la calle para rehacer sus vidas como una pareja de casados. Mientras tanto, aceptan sobrevivir en la calle adaptándose parcialmente a este medio que no les pertenece y al cual no sienten pertenecer. Paola llevaba, al momento de la entrevista, 5 meses viviendo en la calle; Gonzalo, 5 años. Las perspectivas de Gonzalo de salir de la calle indudablemente

mejoraron desde que comenzó su relación con Paola. Por y con ella, Gonzalo dejó de drogarse y amplió su horizonte de expectativas: antes él vivía el día a día y no le importaba qué iba a hacer para adelante; ahora, comenta, hay que “*centrarse más, pensar más en el futuro*”.

A diferencia de otros entrevistados, el relato de esta pareja aún refiere a la familia y a la casa de procedencia. Gonzalo visita a su madre todos los domingos y, cuando es necesario, da la dirección de su abuela como su domicilio. A la vez, ellos están haciendo todo lo necesario para lograr que la abuela de Gonzalo los autorice a ocupar una pieza en una casa que hoy está a cargo de un tío de él. Paola, al llevar menos tiempo en la calle, comenta que en su “*otra casa*” tiene ropa femenina, comodidades, libros, equipos de televisión y música y buena alimentación. Un domicilio y un hogar anterior se convierten en puntos de referencia para contar su historia y para resolver su forma de vida en la calle. De hecho, la narración de Paola una y otra vez refiere temporalmente al día exacto en que se produjo su salida a la calle: “*el 19 de enero de 2005*”.

La situación de calle es entendida como un período transitorio también porque ellos no se han “*acostumbrado*” a la calle. Según Paola, el día en que lo hagan, “*es porque ya voy a quedarme en la calle, y no quiero*”. La extrañeza que muchas veces Paola aún siente al ver cómo funciona la calle le permite vivirla desde sus bordes, lista para salir apenas se den las condiciones y atenta a no entrar del todo, acostumbrarse y quedarse ahí. La narración de Paola de sus primeros días en la calle aún conserva esa perspectiva de una observadora que no pertenece al mundo que está describiendo:

“Llegamos a la casona con Gonzalo, todos me miraban, yo encontraba tan raro, puros gallos alcohólicos... me sentía como pollito en corral ajeno... yo hablaba con el Gonzalo no más... yo no quería vivir ahí , ‘sácame de esta pocilga con todos estos ordinarios’, le decía... no es que yo me creyera de allá de Providencia o Las Condes, pero era pura gente que... lo único que hacían era tomar o sea que no eran ningún aporte pa’ mí... no tenían na’ que ofrecerte ni culturalmente ni como persona, escucharles que habían estado presos tantos años, escucharles que subían a las micros y que ‘me lo cuentié de esta manera’, no, no”.

Además, la inserción de la situación de calle en la trayectoria vital de Gonzalo y Paola se entrecruza con su historia amorosa como pareja. Ellos se conocieron en la calle, han *“luchado”* juntos, se han acompañado y cuidado, han creado estrategias para salir de esta situación, han armado una *“casa”* en la calle y, por sobre todo, han decidido casarse y construir una familia, tanto con la hija de ella, que Gonzalo reconoció legalmente como propia en los días en que hicimos las entrevistas, como con futuros hijos en común. En este sentido, la situación de calle es transitoria para esta pareja porque sus proyectos vitales y sus acciones concretas no sólo se concentran en asegurar la supervivencia diaria o en superar esta situación a través de un empleo y un techo estable, sino que, sobre todo, en planes de largo plazo como la conformación de una familia.

Al momento de la segunda entrevista, Gonzalo estaba trabajando por un salario fijo y la vida cotidiana de la pareja giraba en torno a la jornada laboral de él. Asimismo, ya tenían fecha para ir a vivir a la casa de su abuela y asegurada una contribución monetaria por parte del Hogar de Cristo para acomodar ese lugar y trasladarse. Parecía que ya no corrían riesgo e, incluso, el protagonismo narrativo que podía tener la golpiza que recibieron días antes en la calle fue opacado por los nuevos planes de la naciente familia. Entonces, por todos estos factores, la experiencia de calle de Paola y Gonzalo pudo ser narrada con cierto romanticismo y tono aventurero.

“EL VOCERO: MI VIDA SE COMPONE DE ADONDE VIVE LA GENTE Y CÓMO SON”

La inserción de Juano en la calle ha sido gradual, ha involucrado toda una vida, y hoy la calle es una condición de su biografía. En su vida, la situación de calle no rompió su trayectoria vital. Él reconoce

como familiares tanto a miembros de su familia de origen, como a personas que lo han apoyado en la calle. El hecho de que toda su vida haya transcurrido en el mismo barrio le ayuda a dar cierta coherencia temporal a la forma en que se entiende a sí mismo.

Dentro de este barrio histórico, la vida como niño y joven domiciliado se suma a la vida de adulto en la calle. Juano aprendió de niño la cultura de la calle, y luego salió a vivir en situación de calle. De hecho, Juano construyó su familia mientras estaba en la calle. A su señora la conoció *“en la calle”*, mientras vivía en un campamento. Fue ahí donde tuvieron a su hijo Felipe y también ahí donde se separaron. Incluso, cuando Juano narra que mientras vivía en el campamento había períodos, en que tenían suficiente dinero como para tener una empleada en la casa, dado que usualmente robaba, también lo hace entendiendo esta etapa de su vida como parte de *“la calle”*. Asimismo, durante los 10 años que lleva separado de su mujer, Juano ha intentado mantener los lazos entre su familia de procreación, alentando a su hijo para que visite a su madre regularmente y, a la vez, compartiendo con ella cuando viene de visita. En la calle, Juano no sólo intenta sobrevivir el día, sino que también tiene organizadas actividades de esparcimiento. Juano juega desde hace años en una liga de fútbol, *“en primera, en los viejos cracks”*, y Felipe lo acompaña cada vez que hay un partido.

A diferencia de otros entrevistados, para Juano la vida en la calle no es una situación temporal sino su forma de vida. Debido a su relación de largo tiempo con la calle, más que situarse como alguien que sobrevive y trata de salir de la calle, Juano se identifica como un actor que lidera y defiende a su vecindario de las agresiones por la indefensión en que se encuentran. No es de extrañar entonces que entregue su relato biográfico desde su rol de mediador y vocero de los *“humillados de la calle”*, papel que le ha permitido conocer



muchas historias de vida. Parece ser una regla de la calle el mantener oculta la historia personal y las causas que provocaron la situación de calle, así como el no indagar en las historias de otros. En efecto, la mayoría de los entrevistados no sabían o tenían una visión muy parcial de las vidas de los conocidos y amigos que habían hecho en la calle. Juano, en cambio, ha hecho de la práctica de mirar, conversar y averiguar una estrategia que sustenta su rol de líder comunitario:

“Me gusta mirar, pa’ saber cómo es la persona, ir conociéndolos, de a poco, cuál es el modo de pensar de ellos y por qué llegaron aquí”.

Juano ocupó su relato y su cámara fotográfica para *“mostrarle a la gente cómo es realmente la pobreza”*, cómo y quién vive en la calle, es decir, *“en lo más bajo que pueda existir”*. Él aparece sólo en un par de fotografías, porque no quería apropiarse de una historia colectiva.

Desde esta posición, Juano dice que la situación de calle no es en sí misma buena ni mala; es dura y *“sufrida”*, pero eso no significa que sea indigna. Con cariño y alegría se puede sobrellevar. Aquellos que la tildan como *“indigna”* o *“humillante”* son *“los otros”*, los que la mayoría de las veces evalúan sin conocerla. Mientras tanto, aquellos que la viven deben resistir el estigma, el maltrato y el desprecio que en muchas ocasiones la sociedad les hace sentir. En este diálogo invisible, Juano intenta restaurar su identidad como persona en situación de calle aclarando que ellos no son, no están, ni viven en la calle porque sean *“criminales”*, porque *“valgan callampa”* o porque sean *“viciosos”*.

Durante las entrevistas, Juano demuestra una y otra vez los principios que guían su vida, y que representan a la vez las actitudes y valores que quisiera que nuestra sociedad tuviera. Él da oportunidades a la gente de la calle, acoge compasivamente a los excluidos, defiende a los débiles y a los que se han equivocado:

“Aquí... hubieron... dos personas que yo les puse la fianza. A este gallo para que no lo mataran... porque las personas lo reconocieron que fue uno de los que se los llevaron presos y lo torturaron pa’l tiempo del Golpe de Estado... este chiquillo... estuvo preso pero por violación a una menor de edad y yo sé todo eso, aquí la mayoría sabe pero yo le he puesto también la fianza, ¿por qué? Porque yo digo yo no soy quién como pa’ juzgar otra persona... yo digo todos merecen otra oportunidad”.

Y, sobre todo, intenta conocer al ser humano que hay detrás de un cuerpo sucio o de una ropa gastada, sin prejuicios, mirando *“lo que tiene mentalmente”*, *“lo que piensa, siente o lo que hace”*. Para Juano, el que la sociedad chilena sea más inclusiva y diversa no pasa por el asistencialismo o la misericordia, sino por un proceso de aprendizaje mutuo entre personas distintas, con respeto y sin jerarquías.

“TRANSITAR”

La forma en que Óscar incorpora la situación de calle en su relato biográfico refleja una tercera forma de entender la calle. Como Juano, la vinculación de Óscar con la calle comenzó muy temprano, cuando los adultos de su familia lo enviaron de niño a *“machetear”*, o cuando a los siete años se *“perdió de su mamá”* y *“anduvo en la calle”*. Producto de la desconfiguración de su hogar, en su adolescencia Óscar volvió a la calle, conoció la droga, se volvió adicto y no ha salido más.

A diferencia de Juano, Óscar ha tenido la mayor parte del tiempo un ‘domicilio’ con ‘familiares’ adonde volver. Y así lo ha hecho. Óscar transita entre la *“casa”* y la *“calle”*. Cuando ha caído en la droga, se ha quedado por días aspirando neoprén en el parque. Cuando se *“chanta”*, vuelve a la casa de su suegra junto a su pareja e hijo.

Calle y casa no son lo mismo y entre las dos Óscar ha trazado una frontera. Él no trabajaría de *“plumillero”* en el barrio, pues *“ahí me da vergüenza por los vecinos”*. La calle y sus trabajos se viven muchas cuadras más allá, en otro espacio, ocupado por otra gente.

Tal como para Nino la calle está estrechamente ligada a su alcoholismo, para Óscar la experiencia de calle se asocia fuertemente a su adicción al neoprén. Así, más que como una persona de la calle o en la calle, Óscar se visualiza como un *“volao”*: *“me gusta el neo... me dedico a puro volarme no más”*. La calle ha sido su circunstancia vital, y su opción por la droga es lo que le impide abandonarla. En este contexto, la identidad de Óscar vive tensionada entre dos polos: ser el proveedor de su familia y vivir la libertad de la *“volá”*. A diferencia de otros entrevistados, Óscar convive con su familia de procreación, a la cual tiene que proveer materialmente, pese a su escaso e incierto presupuesto. Sin embargo, para él la adicción no es un mecanismo de evasión, sino una opción personal; él se droga porque le gusta:

“... Porque les gusta la volá no más, porque nadie puede decir ‘yo me voy a volarme hoy día porque tengo problemas’, algunos lo hacen pero tienen que ser muy pocos, pa’ escapar de los problemas, pero yo creo que si uno se mete a la droga es porque a uno le gusta puh, porque yo creo que motivos no va a haber, no es necesario pa’ escapar de los problemas que uno tiene la droga...”.



Yo y los otros de la calle

Al analizar los relatos de los entrevistados, un aspecto central que indagar en la percepción que tienen de sí mismos; cómo la calle moldeaba sus identidades. Para ello se analizó cómo describen a las otras personas en situación de calle y cómo se distinguen con respecto a ellos. A la vez, cómo creen que la situación de calle es vista por la sociedad chilena, y sus respuestas a esto. Así, hablando de los otros, se construye la propia vida.

Según los entrevistados, el carácter simplista y estigmatizador de los imaginarios sociales predominantes en torno a la situación de calle es incapaz de reconocer la variedad de circunstancias que llevan a vivir en esta situación y la diversidad de formas en que se sobrelleva. Por ello, gran parte de la identidad de las personas en situación de calle se juega en medidas para mantener la dignidad.

Vivir en la calle significa estar constantemente expuesto a los ojos de otros, por lo que el cuerpo y sus disposiciones se vuelven un vehículo central de identidad. Así, gran parte de las medidas para mantener la dignidad o para disfrazar la situación de calle tienen que ver con la presentación personal.

“LOS NIÑOS DEL RÍO”

Isa presenta su historia en la calle antes de llegar a la Hospedería diferenciándose constantemente de las prioridades, actitudes y forma de vida de otras personas que conoció en las mismas circunstancias. Ella distingue claramente entre aquellas personas en situación de calle que, como ella, quieren superarse, “*trabajar*”, ponerle “*empeño en hacer algo, sea lo que sea*”, y aquellos que “no están ni ahí con superarse”. En su opinión, estos últimos están consumidos por los vicios, mienten pidiendo dinero para pan cuando es para droga, no se hacen responsables ni de ellos mismos, no se cuidan, andan sucios y no aman a sus hijos. Comúnmente, estas personas son quienes se aprovechan del sistema de beneficencia vendiendo la ropa que les regalan, o los triciclos que les donan, para pagar los “*vicios*”. Para Isa, los que no quieren superarse viven en la calle porque no les gustan las responsabilidades: a las mujeres, las responsabilidades que provienen del hogar, de cuidar una casa, ordenarla y mantenerla limpia y servida. A los hombres, las que los signan como principales proveedores de sus mujeres e hijos. Señala que a estas personas “*les gusta la calle*”.

En la calle, Isa conoció a distintas mujeres que utilizan a sus hijos para su propio beneficio, haciéndolos trabajar o machetear para los vicios de los adultos, o bien pidiendo hijos prestados para provocar lástima y misericordia en el transeúnte. Isa podría haber reproducido esta conducta porque ella misma fue utilizada por su madre cuando niña. En cambio, decidió romper este condicionamiento.



Isa subraya que si se quedaba sin pañales o leche para su guagua y tenía que pedir, lo hacía ella:

“No voy a decirle a Diego [su hijo] ‘oye, anda a pedir unas moneas pa’ comprarle pañales a la Blanca [su hija] y anda con tu hermana’... si soy yo la que tuve a los niños, ellos no me pidieron venir al mundo”.

Mientras vivía en la ribera del río, Isa era la única que mandaba a sus hijos a la escuela. Comenta que otros padres consideraban que hacerlo era perder dinero, porque de todos modos los hijos iban a resultar unos ladrones. Consternada, Isa agrega que otros padres tenían a sus hijos internados, bajo el argumento de que “*el gobierno los cuide, total ellos tienen plata*”.

En la calle, Isa mantuvo siempre la distinción entre pobreza y suciedad. “*La gente las mezcla, hacen una sola, yo nunca... vivir en la calle es una cosa y ser limpia es otra*”. Isa narra una y otra vez cómo a pesar del invierno, las precarias condiciones habitacionales y la nula infraestructura con que contaba, ella siempre mantenía a sus hijos limpios, ordenados y bien vestidos. La dignidad no se transa por la falta de techo y la incertidumbre cotidiana. Además, Isa nunca se metió en problemas, tenía buena relación con Carabineros y sus papeles estaban siempre al día. Ella reconoce que la experiencia de calle la hizo cambiar ciertas actitudes. La calle la hizo más desconfiada y “*más dura*”, según ella. El “*corazón blando*” es parte del pasado.



“UNA VIDA SIN HUELLA”

El título que Nino eligió para su historia sintetiza lo que 18 años de calle significan para un hombre: no haber transformado nada. Progresivamente, el alcohol lo fue desvinculando de su trabajo, de su familia, de su domicilio; es decir, de todas las herramientas a través de las cuales los seres humanos dejamos marcas a nuestro paso. “*El rumbo*”, como él llama a su historia de alcoholismo, no deja huellas. La identidad de Nino está ligada, desde antes de salir a la calle, a su condición de alcohólico y a su participación en este grupo siempre variable de bebedores frecuentes, tranquilos y buenos para socializar: los “*chicha*”. Nino distingue claramente su grupo de los “*cañeros solitarios*”, que “*toman solos su cañita no más, no comparten nada*”. Entre los *chicha*, en cambio, existe apoyo y solidaridad.



Hoy Nino “*es de la calle*”, y ahí forma parte de “*una familia grande*”. Nino no se propone salir de la calle sino más bien mejorar su calidad de vida, especialmente durante los inviernos. Él se define como “*un ser humano que quiere subsistir no más*”. En la calle no se puede hacer más porque “*no se come bien, no se duerme bien, se consume alcohol, y no se cuenta con un trabajo estable*”.

Como todos, en la calle Nino ha tenido que transar su dignidad: “*al principio me daba vergüenza separar basura, después la necesidad tiene cara de hereje, hay que hacerlo no más*”. Pero transar no significa ceder, y Nino tiene sus límites, jamás ha robado: “*prefiero meter las manos a la basura que en el bolsillo de alguien*”.





Nino necesita sentirse digno y lucha por esto en un ambiente donde la humillación y la vergüenza afloran fácilmente:

“Es humillante, cualquiera a uno lo ve y le dice: ‘claro ahí en la calle no pagái arriendo’; ‘pero pago impuestos, le digo yo, lo que consumo, ¿y por qué no hacís lo mío?, bótate a la calle a ver si es blando o duro. Hace la prueba tú!’.”

Pese a las humillaciones, Nino aclara que también hay mucha gente que lo trata con respeto: *“la gente se preocupa, le ayudan: ‘viejito, cómo está’, ‘no, si calentito, no paso frío’, pero todo como halago, como queriendo decir ‘te queremos’. No quieren que éste aquí...”* Y es que él valora mucho la compañía. Al *“ser de la calle”* otra cosa que ha perdido es la posibilidad de conversar con otras personas. La gente *“desconfía”* y él se siente solo. En su barrio *“lo conocen”* y por lo tanto Nino no tiene *“que explicar”* que es una *“buena persona”* y que no hay peligro si se le acercan.

Nino siempre procura andar muy bien peinado y afeitado. De hecho, su peineta es uno de los tres objetos que posee y que más valora en la vida. Como no tiene acceso a lavandería, ha decidido usar la ropa que le regalan durante un período de tiempo determinado, al cabo del cual debido a su suciedad, la bota y la reemplaza por una nueva, cuando llega. Si esto no ocurre, no le queda más que andar con ropa sucia, lo que según menciona, le resulta muy sensible. Cada vez que Nino se mira al espejo no se reconoce. La imagen que aparece le da *“rabia y vergüenza”*, no le es propia, no le es querida. Su nariz está roja e hinchada por el alcohol, le faltan algunos dientes y tiene cicatrices en la cara producto de sus caídas borracho. El alcohol ha afectado también su cuerpo. Sus piernas ya no responden bien,

ha perdido motricidad y ya no tiene la energía, la flexibilidad y el ánimo de espíritu de antes. La ropa sucia, los malos olores, la falta de aseo, son heridas que la calle le ha infligido a su cuerpo, a su apariencia y a su autoimagen. Y Nino las rechaza, aún.

Sin duda, la resiliencia que Nino tiene o que ha desarrollado viviendo en la calle es un recurso central para mantenerse activo y a cargo de su situación.

“ENTRE LA TRISTEZA Y LA FELICIDAD”

Sandra acarrea una historia de abandonos. Por lo tanto, lo que la ha guiado en la vida es su necesidad de sentirse bien con otros, de no *“molestar”*, como molestó a su madre con su nacimiento. Una y otra vez a lo largo de su trayectoria, Sandra ha huido de relaciones donde la han hecho sentir una vez más *‘de sobra’*, hasta que terminó sola, en la calle.

El paso por la calle representa una etapa de transición en su vida, donde se independizó de su familia adoptiva, optando por vivir según sus propios principios. La calle representa un acto de autonomía a través del cual dejar atrás las malas decisiones que otras personas tomaron por ella. En este contexto, Sandra distingue claramente entre la etapa en que durmió en la calle y en la Hospedería del Hogar de Cristo, y la etapa en que se encuentra ahora, en la hospedería de mujeres. Los días que durmió en la calle fueron duros y le trajeron humillación, desencanto y soledad. En cambio, su llegada a la hospedería le permitió visualizarse no como una mujer sola en situación de calle, sino como una mujer trabajadora que vive en



una familia, que apuesta por ella y le da independencia. Una familia donde su colaboración y su trabajo son valorados, donde está rodeada de personas que la aceptan y respetan.

50

Los lazos afectivos que Sandra ha generado con las tías y voluntarias de la hospedería, le han entregado el cobijo y la contención que le han faltado a lo largo su vida, contribuyendo a generar a nivel emocional un sentido de continuidad biográfica. Sandra tituló su serie fotográfica como *“Entre la amistad y la familia”*, para destacar la relevancia que tienen para ella las relaciones que ha establecido en la hospedería.

Producto de su historia, Sandra ha aprendido a cortar con lo que le hace daño. Sin embargo, dejar la hospedería no va a implicar una nueva huida del dolor, sino un signo de superación. Sandra ya está en condiciones de trasladarse a su casa propia, pero está dilatando la decisión. De hecho, una de las soluciones que baraja es mantener su casa en arriendo para poder pagar una pieza cerca de la hospedería y de su lugar de trabajo actual, y así seguir con la rutina que tiene organizada cerca de las personas que la reconocen.

En síntesis, analizar la situación de calle dentro de la historia de vida y observar cómo los entrevistados la interpretan, la narran y la explican, entrega pistas para entender la forma en que la situación de calle se vive y significa. Sólo con las pequeñas ilustraciones que entregamos aquí, aparece una complejidad enorme. La denominación ‘situación de calle’ alberga diversas experiencias. Según los entrevistados, es distinto ‘vivir en la calle’ que ‘ser de la calle’ o ‘participar de la cultura de la calle’, ‘ser un volao’ o un ‘alcohólico’. Estas distintas nomenclaturas hablan del grado de identificación con la situación de calle, de las diferencias que aparecen cuando se entiende la calle como una ‘situación transitoria’, o como una ‘condición’, o una ‘circunstancia’, o un ‘signo de autonomía’, una ‘medida desesperada de reparación’ para arrancar del abuso y el dolor, o una situación que acomoda y ‘gusta’. Por otra parte, se observa que tanto las causas que provocan la situación de calle como la forma en que ésta se sobrelleva no se explican sólo dentro de los márgenes de las circunstancias y la cultura de la calle. Al contextualizar las experiencias de calle en las historias vitales de cada entrevistado, observamos que hay factores mucho más profundos que una lista de causas, y mecanismos mucho más arraigados que una serie de tácticas, que definen en último término qué significa la situación de calle.

Para comprender cómo se vive la situación de calle diariamente, proponemos entenderla como una constante negociación entre opciones, recursos y restricciones individuales y sociales que van moldeando un siempre cambiante repertorio para sobrellevar la vida en la calle.



Habitar la calle

Viviendo juntos hemos ido definiendo como sociedad las funciones y significados de los distintos espacios que habitamos, lo que resulta apropiado en cada lugar: ciertos comportamientos, ciertos usos, ciertas disposiciones, así como todo aquello que está 'fuera de lugar' (Creswell, 1997).

En cierto modo, al habitar la calle, las personas en esta situación transgreden tales convenciones. Por lo tanto, sus estrategias de sobrevivencia tienen que procurar satisfacer sus necesidades mientras sortean los conflictos que su situación produce en el espacio social que habitan. Tácticas de anonimato e invisibilidad, estrategias de adaptación y medidas de reacción son utilizadas para 'habitar la ciudad en la calle', tanto en búsqueda de privacidad, tranquilidad y seguridad como para evitar transgredir la geografía urbana. Con ello, sin embargo, se tiende a reproducir la situación de exclusión de las personas en situación de calle.

En esta sección analizamos la forma en que se habita la calle. Por ello se entiende el conjunto de conductas, hábitos, conocimientos, relaciones y estrategias con que se vive en un espacio que no es propio y cuyas funciones y valores son trasgredidos y, por lo tanto, disputados. Para comprender cómo se vive la situación de calle diariamente, se propone entenderla como una constante negociación entre opciones, recursos y restricciones individuales y sociales que van moldeando un siempre cambiante repertorio para sobrellevar la vida en la calle.

Observar la situación de calle desde esta perspectiva implica entender que las personas que se encuentran en ella no son actores pasivos, viviendo a la deriva, sin planes ni prioridades, sino más bien sujetos capaces de negociar activamente sus condiciones de vida, adaptarse y reaccionar frente a los obstáculos que encuentran a diario en el intento de 'hacer hogar', aunque sea en la calle (Hodgetts y otros, 2005). Esta perspectiva invita también a concebir la cultura práctica del vivir en la calle no tanto como una forma particular de vida, dependiente de su contexto y de quienes la reeditan a diario, sino como un modo de vida que adquiere sentido con relación a la sociedad mayor de la que forma parte, tanto en términos ideológicos, por la constante disputa y refiguración de los límites del orden establecido, como en términos prácticos y cotidianos.

Los casos estudiados, así como las ilustraciones que se presentan, muestran algunos de los temas que ayudan a describir cómo se habita la calle. Por cierto, hay muchos más. La intención es acercarse a esa diversidad y señalar algunos caminos a través de los cuales describirla.





Esta sección se divide en tres partes. En la primera mostramos que las personas en situación de calle dan solución a sus distintas necesidades creando un circuito urbano que a la vez los ayuda a reducir la incertidumbre en que viven, “rutinizando”, en la medida de lo posible, la organización de la vida diaria. También sostenemos, por medio de algunos ejemplos, que la forma en que se entiende la situación de calle dentro de la trayectoria vital, así como el grado de identificación con la calle, define distintas formas de habitarla. Finalmente, nos focalizamos en el análisis de la seguridad y cómo ella es amenazada práctica y simbólicamente cuando se vive en situación de calle, reflexionando sobre lo difícil que resulta para las personas en esta situación defender “lo de uno” cuando no es legalmente “propio”. La segunda parte de esta sección está dedicada al estudio de los distintos modos de generar ingresos de las personas en situación de calle entrevistadas, analizándose las características de los ‘trabajos de la calle’ así como de otras fuentes de recursos materiales. La tercera y última sección describe las redes sociales que se establecen en situación de calle, y califica su importancia tanto en términos materiales como emocionales para sobrellevar la vida en la calle.

La “ruta”: definiendo un circuito espacial

La situación de calle es una situación en movimiento. En la calle, los ingresos, el techo, la alimentación y la propia seguridad son asuntos inciertos. Como reflexiona Nino, *“la calle es así, de repente cobra y de repente no, de repente te va bien, de repente mal... no hay nada seguro”*. No se puede planificar ni prever. Se resuelve sobre la marcha, diariamente, calculando el presupuesto, aplicando ciertas tácticas o esperando que *“salga”* algo, es decir, que algún vecino comparta un plato de comida o una moneda, que voluntarios visiten y traigan alimento, que alguien esté dispuesto a ofrecer un ‘pololo’, o que si hay *“conocidos”* se arme una vaca para cocinar en conjunto.

Construir una rutina alrededor de un circuito espacial ayuda a generar ciertos grados de certidumbre a vidas que se debaten entre la improvisación y el azar. El moverse dentro de un barrio proporciona también sentimientos de pertenencia y protección: aunque no se tenga dirección fija ‘saben dónde ubicarme’.

Para vivir en la calle, todos los entrevistados habían elegido habitar lugares centrales de la ciudad. Ideológicamente, las personas en situación de calle pueden estar ubicadas en los márgenes de la sociedad. Pero espacialmente se ubican en el centro de la capital. Lugares mixtos, donde se combinan actividades residenciales con servicios, comercio, industrias y talleres. Lugares con espacios públicos que ellos hacen propios. Lugares próximos a ferias y mercados, donde la informalidad del intercambio les permite comerciar los productos que reciclan de la basura de los domiciliados, donde

se puede acceder a una colación barata a cualquier hora del día, donde hay información, datos, flujo. Lugares que permitan satisfacer todas las necesidades a pie y no gastar en transporte. Lugares cercanos a centros donde las personas en situación de calle son atendidas por voluntarios: la Posta, el Cementerio, la Vega, Franklin, iglesias, templos y comedores solidarios.

Mientras pernoctaba en la calle en el lugar que eligió para vivir, cada entrevistado construyó según sus prioridades un circuito espacial a través del cual reducir la incertidumbre, y satisfacer sus necesidades de dinero, comida, aseo y techo. Para Nino, por ejemplo, la esquina donde pernocta en la comuna de Santiago es el centro de su perímetro espacial. Nino duerme a media cuadra de una botillería donde ya es amigo del dueño y donde encuentra vino a buen precio. La botillería es también el lugar donde socializa junto a los *“chicha”* del barrio, donde tiene su *“ropero”* con sus bienes más preciados y donde le dejan recados por si algún vecino lo requiere para algún *“pololo”* o diligencia. El quiosquero de la esquina le permite leer los diarios todos los días y así mantenerse informado. A media cuadra de su esquina se ubica la fábrica donde obtiene los cables que pela en la vereda, sentado en una silla blanca al aire libre en su *“oficina”*. Ahí recibe a amigos y conocidos que le hacen compañía alrededor de un trago mientras trabaja. Detrás de su *“oficina”* se encuentra el taller de una persona amiga donde puede acceder al baño y esconder la botella de alcohol cuando Carabineros patrulla el sector. Sentado ahí, espera que de vez en cuando una vecina le comparta almuerzo. A unas cuadras se ubica el mercado donde vende por kilo el cable de cobre pelado para poder sustentarse día a día. Cerca de su ruco está la bomba de bencina donde consigue agua diariamente. Una ducha caliente y la posibilidad de afeitarse las encuentra en los baños de un gimnasio de la Municipalidad, a los que asiste tres veces por semana. Tres o cuatro cuadras hacia el centro están las dos iglesias donde Nino va a rezar cada mañana luego de levantarse. Cuando reúne suficiente dinero, camina hasta el Matadero de Franklin *“a tomar una sopa de patas”*. Desde su barrio también llega a pie al Hogar de Cristo, donde lo están apoyando en sus necesidades de habitación, ropa y salud.

Gonzalo y Paola, por su parte, trabajan cuidando autos afuera de un restaurante en las noches. Por lo tanto, durante el día cumplen con su rutina de aseo y alimentación. En el cerro San Cristóbal encuentran baños y agua para asearse, cocinar y beber. Para comer generalmente visitan un comedor solidario en la misma comuna y, a veces, dependiendo del presupuesto, o pasan hambre o pagan una colación en un restaurante. Mientras caminan entre estos lugares, recogen latas, juntan alambres y cachureos, examinan la basura y seleccionan productos que luego puedan vender o guardar para ellos. Esta rutina sólo se altera los días domingo, cuando el restaurante cierra y la pareja visita a la madre de Gonzalo.



Identificación con la calle y formas de habitar

Los casos estudiados reflejan que la forma en que se entiende la situación de calle dentro de la trayectoria vital, así como la cercanía o distancia con que los entrevistados se identifican como ‘personas de la calle’, son factores que influyen en el nivel de inserción en el barrio y en la forma en que se lo habita. Aquellos que se identifican como personas de la calle tienen una inserción social en sus respectivos barrios que les ayuda a sobrevivir y reducir la incertidumbre propia de esta situación. Además, para defender su lugar, han encontrado mecanismos que les permiten ser funcionales a sus respectivos barrios, y han adoptado medidas de adaptación a los requerimientos del medio. Por su parte, aquellos que no se identifican con la calle, que la habitan desde sus bordes, más que adaptarse a las circunstancias y personas, se alejan y cambian de lugar, dándose soluciones habitacionales más temporales y precarias. Por último, hay otros que habitan la calle para ‘usarla’, para encontrar y consumir droga, esconderse y ser libres por un tiempo.

EL BARRIO

Nino lleva 18 años en situación de calle. Una vez que se quedó sin “casa” se mantuvo en el mismo barrio en que nació y que lo vio crecer. Para ello, su estrategia consiste en pasar desapercibido y evitar cualquier conflicto con los otros habitantes y usuarios del sector. Por ejemplo, Nino se levanta a las siete de la mañana y comienza su rutina ordenando su ruco y limpiando la zona que lo circunda antes de que lleguen los oficinistas y comiencen a transitar los vecinos, de modo de causar la menor perturbación posible en la

estética del barrio. Durante el día, su ruco queda estratégicamente protegido tras los autos de las personas que trabajan en el sector, así como de los camiones que van a las fábricas que hay en su calle. Los vestigios materiales de su situación de calle deben ser lo menos visibles posible y, aunque Nino no sea el que ensucie el área, debe transar y mantenerla limpia. Al mismo tiempo, Nino recibe comida, ropa y “cachureos” de sus vecinos, y es el que hace los “pololos” en el barrio, estableciendo lazos de cooperación mutua con sus vecinos domiciliados y vínculos afectivos con sus iguales, los otros “chicha” del barrio.

LA CALETA

La situación de Juano es similar a la de Nino. Pero mientras la forma de habitar la calle de Nino se juega en las redes y las reciprocidades, el caso de Juano refleja que cuanto menos transitorio es el espacio habitacional y la situación de calle, el lugar que se habita se hace más especializado. Dentro de la caleta, el ruco representa el espacio básico de privacidad de Juano y su hijo. En el ruco, “nos tiramos a ver tele ahí acostaditos, comiendo”. Como el interior del ruco sólo tiene espacio para la cama, la televisión a batería se la consiguió para darle algo de entretenimiento ‘bajo techo’ a Felipe, sobre todo en invierno. Así lo protege, manteniéndolo fuera de la calle. Además, cuando Juano necesita salir, deja al hijo ocupado dentro del ruco, y él hace sus trámites:

“Más pa’ felicidad de que es mi hijo no más, tratar de hacer lo mejor posible pa’ él no más... aquí ¿adónde va a jugar cuando llueve?, tiene que estar encerradito viendo tele acostao, entonces a mí me duele, me he puesto hasta a llorar”.







En la parte exterior del ruco, Juano tiene destinado un espacio para organizar los “cachureos” que encuentra durante la semana, hacer la selección e intentar venderlos el domingo en el Mercado Persa de Franklin. También en este espacio Juano guarda sus útiles de cocina, arma mesas y transforma tapas, baldes, pedazos de sillas o cajones de madera en objetos para sentarse, de acuerdo a las necesidades que vaya teniendo. A un metro del ruco dispuso la casa de su perro. El lugar donde se distrae con sus amigos, “borra el frío” y aprovecha de secar su ropa es la fogata que se enciende todas las noches de invierno en algún sector de la caleta.

El espacio que Juano habita se delimita por una zona de la caleta que está ocupada por “otros” de la calle, que no comparten los mismos valores y principios de Juano y de su caleta:

“Al otro lado de la calle pa’ allá, en Sierra Bella, porque es otro mundo ése... en el sentido que ellos tienen su modo de vivir, su modo de ser o de hablar o de actuar ellos que no se adapta con nosotros... ¿cuál es la diferencia? En el sentido que yo por ser, nosotros hacemos algo y a ellos no les gusta... entonces ellos están por su la’o y nosotros hacemos lo que queremos por acá, ellos su vida aparte”.

58

LOS TECHOS

Gonzalo y Paola llevan mucho menos tiempo que Juano o Nino en la calle; él 5 años, ella 5 meses. Desde que él la conoció y armaron pareja y futuro, la calle se volvió una situación temporal. Ella no se quiere acostumbrar a la calle porque si lo hace no va a poder salir; por lo tanto, habita la calle desde sus fronteras, sin relacionarse demasiado con otras personas en situación de calle y distinguiéndose de ellas permanentemente a través de su forma de hablar, sus

conductas, su vestuario, presencia personal y su forma de hacer hogar. En los últimos cinco meses, han vivido en cinco lugares distintos en una comuna distinta de aquella de la cual provienen, con una permanencia en cada uno que varía entre tres días y el mes y medio. Gonzalo y Paola no se adaptan sino que se cambian cada vez que les cierran o les piden que se vayan del lugar que eligieron para vivir. De hecho, a diferencia de Nino y Juano, ellos no se han construido un ruco y por lo tanto dependen de ‘techos’ para pernoctar.

Gonzalo y Paola alojan en lugares precarios que sirven más para pasar la noche que para vivir el día. Por lo tanto, incorporan a su casa sólo elementos básicos que, en su mayoría, han encontrado en la calle o recibido como regalo. Reparar el lugar para hacerlo más grato o habitable carece de sentido. Tampoco vale la pena acumular posesiones, porque se vuelven una fuente de peligro ante posibles asaltos, o una carga al momento de trasladarse al siguiente lugar, en un día y hora que comúnmente son decididos por otra persona. Así, en este tiempo han mantenido las pertenencias que consideran de mayor valor guardadas en la casa de la madre de Gonzalo.

Al entrevistar a estas personas, la pareja llevaba un mes y medio viviendo en un mismo lugar. Pese a que estaban tramitando la posibilidad de salir de esta situación, y a que sabían que era un lugar temporal, habían tenido el tiempo necesario para hacer un poco de “hogar” en el hoyo de la Costanera que habían encontrado y que finalmente proporcionaba la seguridad y privacidad que Paola anhelaba. Este lugar les gustaba, y como muestran en la entrevista, lo organizaron dándoles una especialización mínima a los espacios, decorándolo para darle calor e identidad; y, por sobre todo, lo adoptaron llamándolo “la casa”:

“Por ejemplo, esos bidones de agua que íbamos a buscar a la Torre Santa María, y teníamos la escoba, la basura que ir a botar, la caja de ropa sucia, el champú... esta parte hacía las veces de baño, como pa’ lavarse, hacerse el aseo personal, y esa división para allá, ésa es la pieza de nosotros”.

“Mantenemos limpio, ordenado, las camas con sabanitas, tenemos sábanas, los cojines, tratamos de que parezca una casa, una cosita que parece velador, al fondo tenemos colgadores pa’ colgar la ropa... una foto de una guagüita que nos encontramos, yo tenía mi Nuevo Testamento, mis fotos de Dios, mi Sor Teresita, todas mis cosas”.

Sin embargo, la limpieza, el orden, la decoración y la organización de los espacios no se entienden como un símbolo de asentamiento y una estrategia para mantener buenas relaciones con los vecinos, sino como una manera de evocar el hogar perdido y soñar con la casa definitiva, es decir, como una práctica que les ayuda a recordar que la calle ‘no es para ellos’.



EL PARQUE

La caleta de jóvenes del Parque O'Higgins a la que Óscar acude cuando se droga, representa otra forma de habitar la calle. Más que un lugar configurado –como la caleta donde vive Juano–, el parque representa un perímetro espacial dentro del cual se mueve una red siempre variable de jóvenes conocidos, con historias de vida similares, que transitan de un lugar a otro según el ritmo que les imprime a sus estadias el control policial, vecinal, o los propios períodos de consumo de droga. Así, si “*los echan*” se van “*pa' otro lado*”. Construyen rucos, y fácilmente los desarman. Se mueven más lejos, a la carretera, donde duermen sobre un colchón en el suelo. Se cambian a una casa abandonada, para luego volver al parque. Unos dejan el grupo por unos días, otros regresan. Algunos tienen ‘domicilio fijo’ y relaciones familiares estables adonde vuelven al final del día; otros están solos. Alrededor del parque ‘machetean’, trabajan de ‘plumilleros’ o de vendedores ambulantes, compran droga y la consumen y algunos “cogotean”. En el parque duermen la “mona” y alucinan por horas. En los restaurantes cercanos acceden al baño; a pocas cuadras, en el gimnasio municipal, se asean para “andar limpio de cuerpo”.

El parque o las esquinas aledañas, donde se trabaja limpiando vidrios de autos, también sirven de punto de encuentro entre aquellos que se dedican a distintos oficios de la calle: vendedores ambulantes, payasos, plumilleros, sapos de micro. Allí se intercambian conversaciones, datos, novedades y bromas, y así se alivia el día. Cuando hay consumo de drogas o alcohol, cuando alguien se apropia del puesto de trabajo de otro, o los vecinos reclaman por el ruido y Carabineros interviene conteniendo la situación, la caleta se transforma en un espacio de fricción social. Sin embargo, Óscar y sus amigos intentan evitar problemas con la autoridad, manteniendo buenas relaciones con los vecinos domiciliados. Óscar saluda frecuentemente al dependiente del negocio de tapices, al de la tornería o al de la botillería cercana, conversa y los llama “*tíos*” en señal de “*respeto*”. Como en el caso de Nino y la botillería de la esquina, en algunos negocios cercanos que Óscar visita con frecuencia la demarcación entre cliente y amigo se vuelve borrosa. Por ejemplo, don Carlitos, el dueño de un almacén, incluye a los plumilleros cuando organiza reuniones para ver partidos de fútbol de la selección chilena con sus amigos del barrio.

Así, la calle se habita y se vive de distintas maneras, según la identificación que se tenga con esta situación, las razones por las cuales se está ahí, las posibilidades de vivir de otra manera, las prioridades personales, y los obstáculos que se encuentran mientras estas personas sobrellevan la vida en espacios que no les ‘pertenece’.



Inseguridad en la calle: ‘la víctima y el victimario’

En el imaginario social las personas en situación de calle son muchas veces asociadas con la criminalidad: ‘algo tendrán que esconder que nadie los recibe’. La tendencia de los entrevistados a diferenciarse de los “*patos malos*” refleja el peso de esta etiqueta masiva sobre su autopercepción. Si bien algunos de nuestros entrevistados han cometido delitos y todos dibujan una ‘jerarquía de la calle’, que termina en los “*peores*” criminales –aquellos que atentan contra los que nada tienen, para satisfacer sus vicios–, al vivir en la calle hay quizás más posibilidades de ser víctima del crimen que de cometerlo. Todos los entrevistados han sufrido robos, y las mujeres han debido enfrentar el acoso. En la situación de calle hay tanto víctimas como victimarios. Por lo tanto, por parte de las autoridades, el balance entre protección y vigilancia es delicado. En tanto, por parte de las personas en situación de calle, hay una aguda conciencia de que la vida se juega dentro de esta dicotomía. Ellos sienten que ante cualquier altercado serán los primeros sospechosos, mientras que viven protegiéndose para no ser víctimas.

Las personas en situación de calle que entrevistamos están constantemente resguardando su integridad como seres humanos, porque ésta no se encuentra asegurada por aquellos factores que dan respetabilidad en la sociedad chilena actual: no tienen un trabajo “como corresponde”, no poseen ninguna propiedad ni son capaces de arrendar un lugar para vivir, supuestamente “no tienen reglas que los dirijan o los controlen”, ocupan espacios públicos para hacer hogar, y aunque anden lo más “limpios” y “decentes” posible no usan el “terno” con que todos te “respetan”. Más aún, se muestran en su precariedad a otros y eso, más que una fortaleza, es signo de fracaso y por lo tanto no debería ‘verse’.

En este contexto, como señala Juano, las personas que habitan su caleta son por definición los sospechosos de los desmanes que se produzcan en el barrio: “ustedes son todos ladrones aquí, una tralcá de delincuentes, cochinos... unos huevones que valen callampa”. Sin embargo, Juano explica que la situación es más compleja. Como mecanismo de presión para erradicar a su caleta del barrio, algunos vecinos “tientan” a los habitantes de la caleta dejando objetos de valor a simple vista o botan basura en la caleta de modo de contribuir a su expulsión. Sin embargo, Carabineros ya ha aprendido el juego:

“Carabineros ha pasado unos terribles partes a la gente de aquí... se esconden por ahí de civiles y han visto gente botando... cuestiones aquí... en la noche. Y se dan cuenta que no es culpa de uno”.

Juano tiene que lidiar con la relación que la sociedad ha instituido entre pobreza y delincuencia. Él no niega que muchas de las personas en situación de calle tengan antecedentes delictuales, pero repite una y otra vez que “no es justo que los metan a todos en el mismo saco”, y es lapidario al señalar que hay respetables ciudadanos domiciliados que han cometido robos mucho mayores. Entonces pregunta “¿por qué no miramos primero en casa? Y después miramos el ojo ajeno... eso le digo yo porque tratan a la gente de esto y lo otro y de repente ustedes son más ladrones”.

Isa también responde a la gente que “mezcla” “calle” con “mugre y crimen”, poniendo los hechos en perspectiva. El robo, los vicios o la desidia no dependen de la posición social:

“De repente los patanes, los ladrones, drogadictos, borrachos, son los de arriba, los tapa el dinero, la plata los tapa, acá no, no tienen cómo esconderlo”.

Junto con enfrentar las estigmatizaciones que los tachan a todos por igual de ‘victimarios’, las personas en situación de calle tienen que defenderse del crimen y la inseguridad de vivir y trabajar a la intemperie, de manera de no ser ‘víctimas’. Producto de la dinámica de la basura, por ejemplo Juano, tiene que trabajar muchas veces con el carretón en las noches. Para proteger su seguridad y su instrumento de trabajo ha tomado medidas:

“Yo cada vez que salgo a trabajar yo al ladito del carretón entre medio de las barandas así, sin que se note yo tengo mis herramientas de trabajo también, por si las moscas... [cuchillo o palos] porque si me van a pegar, tengo que saber pelear, tengo que defender... lo que no es mío porque a mí me lo prestaron con fe y con confianza [el carretón]”.

En la caleta, entre tanto, Juano y los demás habitantes tienen que proteger su seguridad ante las visitas de los “ratones” o “domésticos”, individuos oportunistas que rigen su actuar por la dependencia de vicios y que no tienen moral “porque les roban a los pobres”. Para ello, organizan el cuidado y vigilancia de las posesiones en turnos.

La paradoja es que, al cuidar su integridad y la de los habitantes de la caleta, Juano y sus amigos se han convertido también en los guardianes del barrio, entregando seguridad a los vecinos y vigilando los negocios de alrededor. Su presencia en medio de la calle, en rucos mínimos que los fuerzan a pasar todo el día a la intemperie, y su supuesta experiencia en “tratar” con asaltantes y bandidos, son recursos a los que echar mano y así tener una función valorada por los vecinos. La foto muestra una parte desierta en el terreno donde está la caleta. Con ella Juano muestra cómo, antes de que ellos se instalaran, ése era un espacio baldío y por lo tanto peligroso:

“Yo digo si realmente... estuviera así realmente pelá, no hubiera un ruco, yo creo que aquí pasarían muerte, cogoteo y violaciones, como habían antes que llegara gente aquí y gracias a la gente de aquí y gracias a uno mismo que uno ha parao los malos aquí”.





Nino, en cambio, vive solo y no puede organizar la vigilancia y el resguardo de su lugar con otros. Cansado de que “los domésticos” “llegaran volaos”, le “pegaran” y se apropiaran de sus pocas posesiones, hace un tiempo decidió dejar sus cosas en una esquina del almacén del barrio y dormir sólo con el carnet de identidad guardado en el bolsillo del pantalón. Sin embargo, frente a las “corre-rías” y los “balazos” de los “volaos” que interrumpen el sueño en las noches, Nino queda indefenso. Pese a todo, como consecuencia de su larga permanencia en el barrio, su presencia y comportamiento también han sido admitidos por los carabineros que recorren el sector: ya “nos conocen a todos los de la calle”.

Por otra parte, según los relatos recogidos, en las hospederías masivas tampoco se está a salvo de ser robado. En cambio, la hospedería solidaria en que Isa y Sandra estaban viviendo al momento de la entrevista, les entrega el calor y la tranquilidad de un “hogar”.

LAS MUJERES

A diferencia de Juano, en el tiempo que Sandra pasó durmiendo en la calle no contaba con un lugar fijo para dormir y “daba vueltas” por la calle “sola”. Como mujer en estas condiciones, Sandra tenía que tener especial cuidado. Esto implicaba tanto “tener más paciencia con la misma gente” como saber poner límites: “con los curaos, yo sabía, los paraba al tiro, ‘no, conmigo no, allá está un grupo que les gusta tontear con ustedes, pero conmigo no”.

Pese a estas medidas cautelares, nunca se está completamente a salvo cuando hay que descansar en la calle. Sandra no logró conciliar el sueño mientras yacía a la intemperie en el banco de una plaza: “uno en la calle se preocupa, me puede pasar esto, me

pueden violar”, “después llegaba cualquiera y te robaba lo que tenías puesto, te lo sacaban y te lo vendían”. De hecho, cuando llegó a la hospedería en que se la entrevistó, entró “con lo puesto”, pues sus demás posesiones habían sido robadas.

Paola probablemente no habría llegado a la calle de no contar con la protección y contención de Gonzalo. Ella refiere frecuentemente su necesidad de sentirse segura. Para ello tiene distintas tácticas. Primero, tal como lo solía hacer Isa, Gonzalo “tiene que presentarme como su señora”. El título de ‘casada’ es señal de que hay un hombre que defiende a la mujer, y por lo tanto le da seguridad. Sin embargo, ni este título ni su naciente embarazo impidieron que en la casa abandonada donde vivían “un cabro se le tirara al dulce”. Segundo, siempre transita acompañada por Gonzalo. Incluso ahora que él tiene trabajo con horario fijo, ella lo espera y se van juntos a dormir. Pero nunca está a salvo: “el otro día llegó un tío súper volao y curao... y empezó a desabrocharse el cierre y a mostrarme la cuestión... yo no sé cómo va a reaccionar una persona en ese estado”. Tercero, intenta buscar lugares para dormir “en que nadie le pueda hacer algo”. Pero no ha sido fácil, tanto en el parque donde pasaron unas noches a la intemperie, como en el umbral de un negocio, donde pasaron otras, Paola no logró dormir: “yo estaba esperando que alguien me fuera a asaltar, me fuera a hacer cualquier cosa”. Por último, Gonzalo le toma fuerte la mano cuando siente que hay algún peligro, nunca la pierde de vista y está atento para defenderla si es necesario. Por extensión, Gonzalo es también el encargado de proteger el dinero que andan trayendo.



Isa, por su parte, aprendió a defenderse siendo “cortante” con los hombres que la veían sola y querían sacar provecho. En la calle hay que restaurar la propia imagen una y otra vez. Por ejemplo, corrigiendo a los que confunden a Isa con “una mujer fácil”:

“Hay que ser fuerte porque a uno la ven sola y le empiezan a buscar conversación al tiro... piensan que porque ven a una mujer sola, que es fácil... en la Vega hay de esas personas así, por eso creen que todas son iguales”.

La forma en que, según Óscar, los hombres tratan y visualizan a las mujeres que están en la calle apoya la narración de las entrevistadas. Además, sus palabras sugieren que en la calle se reproducen relaciones de género tradicionales: allí el hombre “trae”, es decir, es responsable de la mujer:

“Cada uno trata como quiera a la mina que anda trayendo”, “a las mujeres se les mira mal... que son fáciles, que les gusta andar con uno y otro a cada rato...”.

LOS NIÑOS

A la inseguridad propia que Isa sentía como mujer en la calle, se sumaba el estar viviendo en la calle con sus hijos. Isa “tenía miedo que me fueran a quitar los niños, que no los fuera a ver nunca más”. Además, cuando dormía con sus hijos debajo de un puesto de artesanía, Isa se sentía especialmente vulnerable por tratarse de un lugar de mucho tránsito. Ahí dormía junto a una amiga que tenía una guagua, y entre ambas se cuidaban:

“... Nos cuidábamos hartito y ella dormía... yo hacía vigilancia... yo les velaba el sueño a mis hijos, ellos dormían y yo no dormía para nada, yo dormía en el día cuando íbamos al parque a lavar la ropa, ahí dormía un par de horas, si esas dos semanas que estuvimos ahí no dormí ni una noche, prácticamente...”.

La seguridad de su hija mayor era una preocupación especial, porque ya “estaba lolita la niña...”. De hecho, se vio obligada a abandonar el rucu donde vivía sin tener adónde trasladarse porque “empezaron a llegar muchos cabros a volarse... y me estaban mirando a mi lola con otros ojos”. Sin embargo, a veces los otros de la calle pueden ser una fuente de protección. Entonces, saber distinguir y relacionarse es crucial. Al respecto, Isa comenta que los drogadictos “antiguos” del Parque protegían a su hija mayor de las malas intenciones que podían tener los recién llegados:

“... De repente llegaba uno nuevo y los mismos antiguos si miraban a la Rosa... y los otros ‘oye, oye, ¿qué te pasó?’, los chiquillos, ‘¿quién es?’, ‘no, no te metái pa’ allá, no te metái ahí’.

Para Isa los niños que están en la calle son, en general, hijos maltratados que, al igual que ella años atrás, salen a la calle para escapar de la violencia, arrastrando además una enorme necesidad de cariño. Pese a su corta edad, muchos “ya han probado de todo, la droga, todo”, y por lo tanto, Isa ha debido redoblar los esfuerzos, la vigilancia y las conversaciones con los hijos para evitar que se ‘desvíen’:

“Al niño si le ofrecen una monedita así pa’ la pasta y cuestión, ellos pucha van a querer entonces... pa’ ayudar a mi mamá, y se hacen daño ellos mismos, así que por eso yo siempre les he dicho: ‘si a ustedes les hacen esto y le ofrecen esto, no’.

LOS OTROS DE LA CALLE

Consciente de la asociación entre personas en situación de calle y delincuencia, en las noches que Sandra durmió en la plaza compartía con las otras personas en situación de calle pero sin involucrarse demasiado para así evitar riesgos, como una detención y la consecuente ‘mancha’ de sus papeles: *“Ellos eran muy buenos pa’ tomar, se drogaban, y todo el ata’o, y llegaban Carabineros y habían mochas, entonces el riesgo de que uno pasara a la Comisaría y quedaran los papeles manchados, no, dije no”*. Para ella, el no tener problemas con la justicia es un recurso valiosísimo para poder ‘formalizar’ su vida a través de un empleo estable y legal, y hacer viable una vida como persona domiciliada.

Siguiendo la lógica de Sandra, Paola y Gonzalo intentan evitar problemas interactuando lo menos posible con otras personas de la calle. Pese a que tienen su red de conocidos y han compartido trabajos y espacios para dormir con otros, han sabido “separarse” de ellos cuando se ponen “tontos” porque “*andan reventados*”. Como explica esta pareja, para sobrevivir en la calle se requiere ser “*totalmente desconfiá porque uno nunca sabe con quién te vai a topar*”, hay que “*estar aguja*”, siempre pendiente de los movimientos de otros y de los posibles peligros, incluso de las personas de edad o de los carabineros. Tampoco se puede circular con dinero en la calle, por lo que Gonzalo debía reunir las monedas obtenidas luego de un día de comercio ambulante y cambiarlas por billetes para que no sonaran en los bolsillos al caminar y de esta forma atrajeran a los ladrones.

LA INSEGURIDAD DEL CUERPO Y DE LA PARTIDA DEL ALMA

Sobrevivir en la calle, sobre todo para drogadictos como Óscar o alcohólicos como Nino, implica más riesgos de ocurrencia de accidentes. Sin previsión, la torcedura, el esguince o el hematoma pasan a formar parte de las ‘huellas’ que la calle deja sobre el cuerpo. “*Todas estas medallas me las he ganado en la vida*”, comenta Nino señalando las cicatrices de su cara.

Sobrevivir en la calle también implica aprender a convivir con la muerte. Las historias de vida en la calle de Óscar, Nino y Juano incluyen la muerte de conocidos y amigos por adicción, violencia, accidente, o por la cuenta que pasa la misma calle, como un golpe seco a la propia vida y a la propia conciencia: “*uno queda pa’ la cagá*”.

Medidas de contención y desplazamiento: defender “lo de uno” cuando no es legalmente propio

La irregularidad de la situación de calle y la presión de autoridades y vecinos redundan en la necesidad de enfrentar medidas de contención y desplazamiento ejercidas por las autoridades de control y vigilancia (Anderson y Snow, 2001). Entre las **medidas de contención** se encuentra el patrullaje constante de áreas donde hay población en situación de calle y la solicitud del carnet de identidad. Entre las **medidas de desplazamiento** se encuentran la destrucción de los rucos y el requisamiento de las posesiones de sus dueños, el arresto por atentar contra el orden público o por comercio ambulante, con el consiguiente requisamiento de las mercancías. Las medidas de desplazamiento no siempre terminan por erradicar a las personas en situación de calle del lugar donde han elegido habitar. Luego de enfrentar la demolición de sus rucos, de ser detenidos o multados, los entrevistados han vuelto al mismo lugar, producto de las garantías que les proporciona un barrio que conocen, donde tienen redes y una rutina establecida para satisfacer sus necesidades. En ocasiones, los mismos habitantes de la caleta echan abajo sus propios rucos antes de que lo haga la autoridad; este gesto les permite retomar el control de la situación, aunque sea a través de la destrucción de su hogar.

“MONOS PORFIADOS”

Pese a su buen comportamiento en el barrio, Nino convive con el miedo constante de que “*algún día llegue el camión municipal y arriba todas las cosas*”, dejándolo sin hogar, sin posesiones, sin lugar en la ciudad y sin manera de defenderse frente al despojo. Para graficar la indefensión ante amenazas externas a “lo de uno”, Felipe, el hijo de Juano, comenta que “*a veces vienen con esas máquinas grandes, y agarran nuestro ruquito, lo desarman, y tenemos que volver a armarlo*”. En otras conversaciones con personas en



situación de calle, esta actitud resiliente volvió a ser comentada. La estrategia es entonces ser *“como monos porfiados: nos botan y nos volvemos a parar”*, según reflexiona Felipe.

En efecto, la caleta donde Juano vive ha sobrevivido en pie durante doce años. En este tiempo, han enfrentado medidas de coerción como el desplome de sus rucos o *“avisos”* de desalojo, y propuestas de relocalización que aún no se cumplen. Óscar fue testigo del desalojo de la caleta de Juano por parte de Carabineros y funcionarios de la Municipalidad:

“... ¿Vio que hay unos rucos ahí? Se los llevaron todos... el domingo... en la mañana... los pacos en una micro llegaron, en un furgón, un carro lanzaagua... y se los llevaron, llegaron los camiones de la tolva de la Muni, todo arriba... todos los rucos arriba, con fraz, colchones... la gente la echaron, la gente quedó así... ahí quedaron... me dio preeena, me llegó en el alma... días de lluvia, más encima se llevaron a una señora con la guagua...”

“LO MÁS LIMPIO POSIBLE”

Juano es un líder dentro de la comunidad, e intenta responder a las medidas de coerción velando porque la caleta sea un espacio donde existan respeto y orden, no sólo entre los habitantes sino también para con los transeúntes, visitas y vecinos. Al habitar la calle las fronteras entre lo público y lo privado se difuminan. A Juano le interesa *“que la gente no sea irrespetuosa con las personas que pasan, todo lo contrario, deben demostrar otras cosas”*, cuidar el silencio en las noches para que los vecinos duerman bien, y mantener el lugar *“ordenado y lo más limpio posible”*, *“a pesar de las condiciones”*, de modo de lograr que *“la gente se dé cuenta que no porque sea pobre va a tener, perdonando hablar, va a hacer sus necesidades aquí en el suelo o en cualquier lado”*.

Sin embargo, al habitar temporalmente un espacio público que en términos legales no les es propio, no existen argumentos para defender los lugares que han elegido para armar hogar ante los malos usos que transeúntes puedan hacer o ante las medidas de coerción de Carabineros, municipalidades o los vecinos.

Para Juano, por ejemplo, es difícil mantener ‘lo suyo’: *“yo no puedo decirle por ser a usted ‘es aquí, usted es acá’ si esto realmente no es mío”*. A ello se suma la conciencia de que para los vecinos, al vivir en la calle ellos están ‘ensuciando’ la estética del barrio y perjudicando el precio del sector. En este contexto de valoraciones implícitas, las personas en situación de calle deben vivir en una constante negociación con los obstáculos y apoyos que otros con más poder generan. Aquí algunas veces es fundamental el diálogo y la persuasión a través de una conversación tranquila –que muchas veces implica guardarse el malestar y la rabia que produce que ensucien o te

echen de tu lugar–, de modo de no acarrear problemas adicionales. Por ejemplo, cuando van vecinos a botar basura a la caleta, Juano les explica: *“perdone, mire, este terreno donde está botando, yo vivo aquí... ¿le pido un favor?, por qué no lo deja al ladito del tarro de basura, cosa que pase el camión y se lo lleva, porque si usted lo echa aquí me van a echar a mí”*. Sin embargo, la relación con los vecinos, la mayoría de las veces, es como *“un cuchillo de doble filo”*. Por una parte, comenta Juano, los vecinos lo saludan: *“Juanito, ¿cómo está?, mijito, tome unos pancitos”*, y *“por detrás dicen ‘miren los huevones, están quemando leña’, o ellos mismos le pagan al viejo para que bote la basura aquí”* y después llaman al alcalde, *“miren cómo tienen de cochino... a lo mejor es asaltante”*.

Nino, por su parte, se resignó a limpiar lo que otros ensucian, con tal de no tener problemas con sus vecinos. Cada mañana se levanta, recoge su casa y limpia el área aledaña de los vestigios que dejaron transeúntes y automovilistas la noche anterior. Por la poca visibilidad de su ruco, explica Nino, estas personas ocupan el lugar como baño:

“Prefiero limpiar ahí, sacar todo el papel blanco, me pongo unas bolsas plásticas en las manos y hay muchos que hacen la necesidad, en el árbol grande...”

P: ¿Y a usted no le molesta esto? Si es su casa ahí...

Sí, pero se prestaría pa’ peleas, aguanto no más...

P: ¿O sea que esa esquina la gente la usa como baño frecuentemente?

Claro, por lo mismo que yo hice ahí el ruco, porque tiene poca visión”.

En síntesis, la calle se habita de distintas maneras. La incertidumbre, las propias prioridades, los recursos y restricciones que pone el medio, y la forma como la persona entiende su situación de calle, son todos factores que contribuyen a modelar repertorios personales para habitarla. En general, la transitoriedad y la precariedad de los espacios utilizados para dormir limitan el grado en que se puede hacer hogar en un espacio público. Aquellos entrevistados cuya identidad e historia de vida están más ligadas a la calle han elegido vivir en lugares más estables, que han organizado especializando espacios con distintas funciones y alrededor de los cuales tienen una rutina establecida para satisfacer sus necesidades. Se han adaptado a los requerimientos del barrio, y han encontrado roles que cumplir dentro de la comunidad. Aquellos que conciben su situación de calle como un evento transitorio, intentan no acostumbrarse, la viven desde los bordes, sin involucrarse del todo con otras personas en las mismas circunstancias. Sobrevivir en la calle implica, al nivel emocional, cognitivo y conductual, estar siempre atento a cualquier fuente de recursos. Y al mismo tiempo implica estar siempre atento a cualquier fuente de peligro. Según los entrevistados, estas disposiciones los vuelven más irritables, tensos y alterados de lo que eran antes de estar en la calle.



Una vez que los entrevistados salieron a la calle, nunca más accedieron a los empleos formales y estables que desempeñaban antes. En ese sentido, la salida a la calle marca un quiebre en sus trayectorias laborales.

Trabajo y otras fuentes de ingresos

Esta segunda sección se concentra en el análisis de las fuentes de ingreso de las personas en situación de calle entrevistadas y, en particular, en la caracterización de sus trabajos y de otras estrategias de generación de recursos económicos.

El trabajo

Una vez que los entrevistados salieron a la calle, nunca más accedieron a los empleos formales y estables que desempeñaban antes, como, por ejemplo, ser encargada de seguridad en una tienda comercial (Paola), o hacer el aseo en un supermercado (Sandra). En ese sentido, la salida a la calle marca un quiebre en sus trayectorias laborales. Óscar es el único entrevistado que ha combinado trabajos “*de la calle*” como vendedor ambulante de dulces en las micros, con trabajos “*apatronados*” como ayudante de panadero y como ayudante de carpintero y estructuras metálicas en la construcción.

Sandra explica que cuando alojaba en la hospedería del Hogar de Cristo fue a solicitar empleo, pero no la dejaron ni postular por venir del Hogar:

“Por el hecho de estar en el Hogar de Cristo a uno no le dan trabajo... estamos mal catalogados... que eran ladrones, sinvergüenzas y todo eso”.

Otros entrevistados especifican que la falta de un domicilio fijo y una dirección concreta les juega en contra. Además, como explica Paola, ni la experiencia laboral acumulada antes de llegar a la calle ni los estudios formales le son de utilidad para mantenerse económicamente. Por una parte, “*los trabajos que se hacen en la calle son muy diferentes a lo que se trabaja en una tienda*”, y por otra,

“Ni siquiera la educación me ha servido pa’ vivir en la calle porque vivir en la calle es como la ley de la selva... el león es el rey porque es el más feroz...”

P: ¿Y tú qué animal serías?

R: Yo creo que en ese sentido todavía estoy siendo un gatito, ja, ja, soy tan ingenua... porque nunca he vivido en la calle”.

Cuando Paola vivía domiciliada tenía trabajos formales, a los cuales siempre ponía fin ella (y no el jefe o la institución), cada vez que había mejores expectativas en otro puesto. En la calle ha realizado trabajos informales, para los cuales es requisito tener buena capacidad para observar a otros, facilidad para aprender y mucho coraje. Al comienzo, vender dulces le “*daba vergüenza*”, y no sabía cómo promocionarlos: “*ni siquiera gritaba... porque no estaba acostumbrada a vender cosas en la calle, me daba como lata*”.

11

EL
R
A
N
C
H





Juano, en cambio, está ‘forzado’ a dedicarse a un trabajo “independiente” porque sus “antecedentes manchados” le impiden ser contratado. En este contexto, ‘salir a la calle’ implica recurrir a ‘trabajos de la calle’ para generar ingresos, es decir, trabajos independientes como el comercio ambulante, el “cartoneo”, el “cachurear” en la basura y vender productos de valor en ferias y mercados, o el estacionar o limpiar autos.



En todos los casos de estudio, los trabajos de la calle se efectúan en un radio cercano al lugar de habitación, de modo de circular diariamente entre un lugar y otro a pie.

Algunos entrevistados aprendieron los ‘trabajos de la calle’ “mirando” cómo otros con más experiencia los ejecutaban, o recibiendo el consejo de conocidos ya iniciados. Por ejemplo, cuando Sandra vivía en la calle no podía encontrar trabajo y, por lo tanto, se dirigió a la Vega Central, un lugar que para las personas en situación de calle está lleno de oportunidades. Observando el movimiento y las necesidades de quienes compraban en el lugar, y con la ayuda de los taxistas que atienden el sector, Sandra comenzó a ofrecer su trabajo:

“Cuando yo llegué acá, los primeros días... me paré afuera de unas rejas en la entrada de la Vega en la puerta principal ‘¿Le ayudo?’, les decía. ‘Ya ¿y cuánto me cobras?’; ‘no, lo que usted me pueda dar no más’... Y ya después los mismos taxistas ‘ya quédate aquí, nosotros le decimos a la misma gente que te apoye’.”

Juano trabaja “cachureando” con un carretón, “juntando cartones, papeles y cositas” que luego vende en el Persa Bío-Bío. También trabaja con el carretón sacando basura. Para desarrollar este trabajo tuvo que observar su barrio, conocer los horarios en que pasan los camiones recolectores de basura para llegar antes que ellos a sus lugares de interés y averiguar dónde vender cada cosa que recoge:

“Un día pesqué y a recorrer calles sin saber si pasaba el camión de la basura, si sacan basura, si hay cartones o no... Ya sé ahora qué días sacan basuras, sé a la hora que pasa el camión...”

Otros, como Nino, descubrieron una fuente de ingreso por azar mientras clasificaba, basura: “cachureando”, en terminología “de la calle”:

*“P: ¿Cómo llegó a trabajar en lo que está trabajando, pelar cables?
R: Un día paso por ahí, porque el negocio está ahí, y botaron un plástico de esos que son porosos, que uno los revienta... envuelto con cajas, entonces como compran cajas de cartón al fondo, los arrastré pa’l frente, después botaron una caja de cartón cuadrada así de alto, pa’l frente, y ahí separé el cartón y el cartón lo compran pero tiene que ir estirado, que no haga bulto. Y ahí empezaron a salir los cables, entremedio, los iba separando, separando... lo que es cable acá, y me gustó, y averigüé el precio, cuánto pagaban por el cable quemado, dijeron \$600, \$400, yo le dije ¿y pela’o?, me dijo \$1.600, no había dónde perderse...”*



Para “tirarse” a realizar un trabajo de calle, no sólo se requiere haber observado y registrado su ejecución, sino que también tener un conjunto de actitudes y habilidades personales. En primer lugar, se debe vencer la “vergüenza” de que “me vieran trabajando en eso”. Es decir, cruzar el umbral y decidirse a realizar un trabajo ‘de la calle’, a pesar de que no sea ‘bien visto’ por otras personas, especialmente por la propia familia. Para sobrellevar esta vergüenza hay que apelar a la “fuerza de voluntad”.

Como algunos trabajos de la calle implican contacto con personas, como el limpiar o estacionar autos, o el comercio ambulante, las habilidades personales también son un recurso importante. Paola y Gonzalo se reparten el trabajo de acomodar autos sacando partido al carácter sociable de ella y a su capacidad de tratar con todo tipo de gente: “le caigo bien a todo el mundo”.

Al dedicarse al comercio ambulante, Isa y Sandra requieren “tener paciencia... porque a veces estamos toda la mañana y no se vende nada”, y no demostrar frustración, porque “si tú ponis mala cara el público no te compra”. Dado que se tiene que interactuar “con toda clase de personajes”, otro requisito esencial es “tener el carácter pa’ todos los clientes que llegan a comprar, algunos te retan ‘¿por qué venden tan caro?’, otros no”. Finalmente, su trabajo requiere “responsabilidad... cumplir con el trabajo, cumplir con los horarios”.

El oficio de plumillero, en tanto, demanda “personalidad”, tanto para recuperar la esquina en que se trabaja cuando ha sido tomada por otro plumillero como para lidiar con los automovilistas, a quienes hay que darles un buen trato: “lo que pueda no más, jefe, si no tiene ahora me la da otro día”. Así como para Sandra e Isa, para Óscar y sus colegas es esencial mantener la sangre fría y la compostura cuando los automovilistas les niegan el trabajo o no les retribuyen, porque si se produce algún altercado, los plumilleros tienen todas las de perder: “si reacciono de otra manera”, “ustedes llaman a los pacos, y nos vamos presos, nosotros no tenemos con qué ganarles a ustedes”. Si bien, en opinión de Óscar, el control de Carabineros es más fuerte sobre los vendedores ambulantes que sobre los plumilleros, por su trabajo ha tenido que pagar partes de cien mil pesos y pasar días en la Penitenciaría por “desorden en la vía pública”.

Al carretonear, Juano está consciente de lo importante que es establecer buenas relaciones con los posibles donantes de material:

“Siempre trabajando caballerosamente porque uno no saca na’ oiga; ¿tiene un poquito de metal que me dé?’, ‘sabe que no tengo na’ ahora’, ‘putas que soi cagao, viejo’, y hay gente así que actualmente trabaja en la calle y son así pa’ contestarle, y yo digo ¿qué sacan con ser así si no van a conseguir na?’”.

Con los meses que llevan en la calle, Paola y Gonzalo ya están más “corridos”. Al acomodar autos, han aprendido cómo negociar la

paga, porque al principio no les daban lo que correspondía. Ahora tienen un sistema: cobran la mitad cuando el conductor llega a ocupar el espacio y la otra mitad cuando se va.

Si bien la experiencia laboral o las credenciales educativas no se transforman en recursos a la hora de generar ingresos en la calle, los buenos contactos sí dan rédito. A Gonzalo, por ejemplo, un amigo le prestaba dinero y mercadería cuando los carabineros le requisaban sus productos: “llegaba donde el tío, donde me hacían los vales de mercadería, ‘oiga, tío, me llevaron preso’ y le mostraba el parte, ‘ah ya, no hay problema’... me hacía un vale y me pasaba”. Otro amigo, en tanto, le avisó y lo ayudó para conseguir su actual trabajo.

Los entrevistados tienen claras las desventajas de sus respectivos empleos. Trabajar en la calle es sinónimo de trabajar al aire libre, lo que implica estar supeditado a las condiciones climáticas. Los días de temporal “son perdidos”; “en la calle, si llueve, no podís trabajar”. Además [en invierno], “se pasa cualquier frío”. El ingreso en este tipo de trabajos es inestable y muchas veces el desaliento cunde, mientras que se vuelve difícil planificar el futuro. Además, la informalidad de sus trabajos implica vivir atentos a las “redadas” de carabineros e inspectores municipales, que siempre “nos están corriendo”. Todos los entrevistados han pasado alguna vez por la Comisaría. Para algunos, esta experiencia significa sobre todo una pérdida económica por la retención de todos sus productos; para otros, como Sandra, representa una humillación: “nunca había entrado [a una Comisaría], nunca había estado adentro y menos todo el día”. Los trabajos ‘de la calle’ están sometidos a la regulación y control de organismos de seguridad y vigilancia, como en cualquier otro empleo. Sin embargo, como puntualiza Isa, frente a la ‘ilegalidad’ no hay defensa posible, más que la esperanza de la buena voluntad y trato por parte de tales instituciones:

“... En la Feria se trabaja más tranquilo... porque en la Vega los famosos inspectores de la Municipalidad de Recoleta... mandan camiones y te pillan parao, si te pueden echar el coche arriba te lo van a echar igual...”.

Pese a estas desventajas, los entrevistados también reconocen ciertas bondades en sus respectivos trabajos. A Isa le gusta “estar al aire libre” como cuando era chica y vivía en el campo. Ella y Sandra también valoran la posibilidad de socializar que les otorga el trabajo: “converso, me río, echo la talla”. Pero, sobre todo, Isa valora que se trate de un trabajo digno que no le da vergüenza realizar:

“... Es un trabajo, por humilde que sea, pero es un trabajo... porque como sea es trabajo, de repente dicen, me han dicho, ¿no te da plancha estar sentá ahí en la feria toda la mañana... no te da vergüenza?, ¿por qué -le digo- me va a dar vergüenza?, si no estoy haciendo na’ malo, estoy ganando pa’ darles de comer a mis hijos...”.

Generalmente, las personas en situación de calle tienen poca capacidad de controlar o prever los eventos que suceden en sus vidas. El *azar* juega un rol sustancial. En su vida diaria, mientras circulan cumpliendo con su rutina, los entrevistados están siempre alertas a posibles oportunidades económicas, ya sea algún pedazo de cartón o lata, algún objeto, “cachureo”, o pieza electrónica que puedan encontrar por la calle y vender o bien conservar para su uso personal. En este sentido, el trabajo de las personas en situación de calle no tiene horarios y por lo tanto no existe una demarcación clara entre tiempo libre y tiempo productivo.

En general, los entrevistados combinaban distintos trabajos y fuentes de ingreso. Por ejemplo, Nino combina su trabajo recogiendo, pelando y vendiendo cables de cobre, con algunos “pololitos” que de vez en cuando le ofrece algún vecino, como hacer aseo, trasladar muebles, jardinería, tareas de mensajería, o ir a comprar mercadería para la botillería de la esquina. Esto grafica su funcionalidad en el barrio y la confianza que le tienen los vecinos:

“... Cuando no hay peladura de cable, hay mandados al Banco a depositar, a pagar la luz.

P: ¿Quién lo manda?... ¿La gente de los negocios?

R: De los negocios, a depositar platas, pagar luz, agua, a irse a pintar una pieza. Uno va viendo las posibilidades de tener plata... Es que nos conocen que somos de la calle, chichas de la calle, o sea no somos maldadosos, no andamos robando, nos llaman pa’ encerrar, que hay que correr un mueble, o los mandados de la parafina”.

Isa y Sandra, en cambio, se dedican a una sola actividad: vender ropa usada en una feria y en la Vega Central. Por una parte, el vivir en una hospedería requiere cumplir con ciertas regulaciones horarias que ordenan su jornada y su tiempo en la calle. Por otra, la ropa que venden es facilitada por la hospedería, por lo que tienen un capital para trabajar con el que los demás entrevistados no cuentan. Justamente, una de las ventajas que los entrevistados distinguen del trabajo de plumillero, o de estacionador de autos, o de pelar y vender cables, es que “no se invierte” capital para comenzar “y se ganan monedas” de inmediato. También se destaca la independencia, que no se “trabaja apatronao”, es decir, que “nadie me manda” y por lo tanto las jornadas de trabajo son flexibles y se pueden organizar según otras responsabilidades y prioridades. Sandra e Isa son las únicas entrevistadas que tienen organizado un horario de trabajo de martes a domingo, que se reparte entre dos puntos de venta, independiente de la cantidad de dinero que se reúna. Sin duda, el que Isa pueda dejar a su hija menor en una sala cuna durante el día le facilita ordenar su trabajo.

Isa y Sandra deben bajar los precios de la ropa que venden cuando requieren dinero, especialmente cuando Isa necesita comprar pañales, “bajo los precios a lo que salga, o sea yo ahí tengo que como sea traer pañales”. El hecho de que obtengan la ropa gratis en la

Hospedería es una ventaja que saben aprovechar, frente a la competencia de los “puestos grandes” que hay en la feria y que difícilmente podrían bajar los precios al nivel de ellas. En este sentido, vivir en situación de calle con hijos, como Isa o Juano, reduce la flexibilidad en el uso del presupuesto en comparación a aquellos adultos que viven solos en la calle. Para Nino, por ejemplo, es “normal” pasar días comiendo sólo “relleno”, es decir sándwiches u otros alimentos fríos preparados. Isa y Juano deben procurar cubrir las necesidades de sus hijos, aunque ello implique reducir las ganancias de sus ventas.

Todos los entrevistados recolectan “monedas” a “diario” y no tienen capacidad de ahorro, con lo que la inseguridad y la ansiedad pesan. Como comenta Óscar: “de repente me achaco estar aquí siempre digo yo, hubiera podido estar mejor, es que yo aspiro a tener más cosas... pa’l bien de mi familia”. Cuando llegan las cuentas de servicios, como la luz, por ejemplo, Óscar sale a trabajar con el objetivo de hacer ese día “las monedas pa’ pagar la luz”.

El mes y medio que Nino lleva dedicado a pelar cables dentro de los 18 años que lleva en la calle, refleja la corta temporalidad que tienen los trabajos de la calle. De hecho, Nino comenta que otras personas descubrieron su “pillería” y que le salió competencia al paso. Isa y Sandra, en cambio, llevan meses como vendedoras ambulantes de ropa y planean formalizar su trabajo pagando el permiso municipal a medias. Sin duda, la experiencia que han acumulado es un factor clave para pensar y programar el desarrollo de su negocio. Observando el desempeño de sus pares, también han aprendido a vender mejor sus productos. Sandra explica que al comienzo:

“Tiraba los nylon encima y llegaba y tiraba el montón así no más, todo a gamba cien, después ya no, miraba los otros puestos y me ponía a ordenar los chalecos, las blusas, las faldas, todo separado”.

La vida de la calle es sinónimo de constante movimiento. Por lo tanto, el equipaje debe ser liviano, tanto para trabajar como para habitar. La movilidad intrínseca a los trabajos de la calle, que aparecen en la mañana y desaparecen en la tarde sin casi dejar rastro, requiere que la actividad se efectúe con la menor cantidad de materiales posibles. Isa y Sandra llevan su mercadería a la feria en un carrito, la disponen sobre un nylon y al fin de la jornada recogen sus materiales y vuelven caminando a la hospedería. Nino trae en su bolso los elementos necesarios para la vida en la calle, los cubiertos para estar listo cuando aparezca comida, los aliños para saborearla, y sus herramientas para pelar los cables. Mientras que Óscar no se despega de su plumilla: “estoy pendiente de la plumilla, siempre anda conmigo pa’ todos lados, si ésa es la que me da pa’ comer...”.

Al circular por la ciudad los entrevistados también están alerta a satisfacer otras necesidades. Paola recoge colillas de cigarrillos a medio fumar, lo que le permite consumir sin gastar.



Otras fuentes de ingreso

Cuando con sus oficios no consiguen reunir el dinero suficiente para satisfacer sus necesidades, o cuando se han quedado sin trabajo porque les han confiscado o robado los productos o las herramientas con que trabajan, los entrevistados han tenido que “machetear”, es decir, pedir dinero a los transeúntes².

El macheteo es una de las prácticas de sobrevivencia en la calle que afectan más la dignidad de los entrevistados. Al machetear se reconoce ante “otros” que solo no se da abasto. Sandra, por ejemplo, nunca había pedido dinero en su vida, “es difícil, cuesta mucho”, y hacerlo implicaba pasar ante la mirada del transeúnte como ‘los otros’, “los que machetea para puro tomar”. Para cuidar su dignidad, Sandra decidió explicarles a los transeúntes para qué requería el dinero: “Sabe que necesito una moneda pa’ ir a almorzar”, explicaba Sandra, “y nos daban, a mí me daban siempre”. Viviendo en la calle, Sandra macheteó cuando fue necesario, pero “contando la verdad”, y así, mientras se explicaba a los otros, se respetaba a sí misma. Sandra prefiere trabajar a machetear. Los trabajos precarios e inciertos, como los que ha desempeñado, le entregan una inserción digna en la sociedad desde la cual contactarse con el resto. En cambio, el macheteo degrada y es solitario.

Producto de la cantidad de años que Nino lleva viviendo en la calle y en el mismo barrio, una estrategia complementaria para obtener ingresos es lo que él denomina “la vuelta del perro”, es decir, una visita a los lugares de trabajo o habitación de personas que “uno sabe que le van a pasar plata, que son amigos, que lo conocen de años a uno, y saben a la hora que pasa uno”.

Otra estrategia para generar ingresos cuando no se logra reunir suficiente dinero con el trabajo, es *vender algún objeto personal* y así obtener liquidez para pagar los gastos del día.

En definitiva, como explican Sandra, Isa y Paola, el cómo y dónde conseguir ingresos en la calle depende en último término de los límites que la misma persona se trace. Pese a la desesperación de estar durmiendo en un banco de plaza, Sandra no cruzó sus propios límites. Fue capaz de “vender de todo”, “menos drogas y alcohol”. Isa destaca su capacidad y disposición para realizar cualquier trabajo, “a mí no se me queda chico na’...yo le hago a lo que venga... mientras sea algo honrado...”. El ambiente de la Vega, donde trabaja, parece ser un lugar donde estos valores son puestos a prueba continuamente:

“... Incluso acá mismo en la Vega y en el Salto me han ofrecido... eso sí que no, o sea todo lo que sea negocio pero droga no, y me pasan o sea me regalan, la otra vez estaban regalando pa’ que me afirmara yo, la primera bolsa te la regalaban, y tú vai comprando y se gana plata. Por último prefiero pedir, digo yo...”

En los periodos que Óscar pasaba “volao” y no tenía dinero para comprar neoprén, a veces recurría al robo, específicamente al “cogoteo de cadenas, relojes, a viejos curaos”. Óscar puntualiza que nunca ha robado estando en plena conciencia de sus actos: “eso lo hacíamos volaos no más, no si no le hago daño a la gente lúcido”.

En síntesis, una vez en situación de calle los entrevistados tuvieron que recurrir a trabajos ‘de calle’, lo que la mayoría de las veces significa buscar ingresos reciclando las sobras de la vida urbana: cartonear, cachurear en la basura, estacionar autos, limpiar vidrios de autos, comercio ambulante. Trabajos informales, independientes, que requieren destrezas y conocimientos particulares. Trabajos que generen liquidez rápidamente y que no impliquen capital inicial, ni infraestructura, y que se puedan efectuar con pocas herramientas. Trabajos móviles que se montan y desmontan en el día, o cuando aparece el control policial o municipal. Trabajos que proporcionan ingresos inestables, y que no permiten ahorrar ni planificar el futuro. La unidad de tiempo en oficios de la calle es el “día” y la unidad económica, la “moneda”. Son trabajos sin horarios fijos, que se combinan con otras fuentes de ingresos cuando el dinero no es suficiente, como el macheteo, los pololos, las donaciones o, simplemente, el robo. Oficios que se aprenden mirando a otros, y donde los contactos y redes son esenciales para descubrir nuevas oportunidades.

2. Es interesante señalar que ningún entrevistado nombra esta actividad con el verbo “mendigar” y todos lo hacen con el coloquialismo “machetear”. Probablemente esta sea una forma de reforzar su identidad como personas de la calle que están generalmente a cargo de su situación, a diferencia de los mendigos.

Redes de apoyo

En esta tercera sección analizamos las redes de apoyo de las personas en situación de calle, como un recurso más para sobrevivir y habitar la calle. Según los testimonios recogidos, existe una serie de redes que apoyan a las personas en situación de calle en distintos aspectos de sus vidas, haciendo más sostenible su situación, como las redes con otras personas en estas circunstancias, con personas domiciliadas que viven en el barrio donde pernoctan o trabajan, y con los “tíos” que los visitan periódicamente.



Las personas que también viven en situación de calle cumplen un rol fundamental para la mayoría de los casos de estudio. Con ellos no sólo conversan y se acompañan, sino que también se apoyan en sus estrategias para generar ingresos, y establecen una red de seguridad.

Redes con iguales

Las personas que también viven en situación de calle cumplen un rol fundamental para la mayoría de los casos de estudio. Con ellos no sólo conversan y se acompañan, sino que también se apoyan en sus estrategias para generar ingresos, y establecen una red de seguridad y protección. Además, esta red sirve como una fuente de información y traspaso de “datos” que ayudan a sobrevivir mejor, a encontrar un nuevo lugar donde pernoctar, e incluso a acceder a un nuevo trabajo. Sin embargo, en opinión de los entrevistados, la “verdadera amistad” es esquivada en la calle.

En primer lugar, las redes de iguales son una fuente de sociabilidad para los entrevistados. Con otras personas en situación de calle se encuentra compañía, conversación y afecto. Así, por ejemplo, Juano comparte con los otros habitantes de la caleta en una fogata nocturna en las noches de invierno, para guarecerse del frío “y de lo que produce el frío: la húmeda”, y también para secar la ropa.

73



Parte importante del relato y de las fotos de Nino se relaciona con su hábito de beber y con los amigos con quienes comparte y conversa alrededor de la bebida o sale a “cachurear” cuando no está pelando cables. Del mismo modo, para Óscar los amigos y conocidos de la calle son importantes para hacer más llevaderas las jornadas de trabajo en la calle. Con ellos pasa *“la mayor parte del día, me tomo un copete, nos reímos, vacilamos, nos damos ánimo pa’ trabajar”,* y así *“no nos damos ni cuenta y ya es de noche”*.

Una segunda función de las redes entre iguales es la *seguridad*. Otras personas de la calle pueden ayudar a cuidar los rucos, las pertenencias o la propia integridad. Por ejemplo, en la caleta de Juano los vecinos se organizan para el cuidado y la vigilancia. Juano se organiza con la familia vecina para el cuidado de sus posesiones:

“Yo con los que más comparto es con los vecinos de aquí al lado. ¿En qué sentido comparto? Por ser, si yo salgo ellos me cuidan mis cosas, si ellos salen y yo estoy aquí les cuido yo a ellos, ¿entiende? Esa es la forma de que compartimos con ellos”.

Otra función que cumple este tipo de red se relaciona con el apoyo para trabajar, para encontrar trabajo o para conseguir información útil. Por ejemplo, para trabajar “cachureando” con un carretón, Juano depende de la cooperación de conocidos y amigos del barrio:

“¿Y el carretón de dónde lo saco? No, no tengo yo, me prestan no más... de aquí mismo cuando no quieren trabajar o cuando están desocupados... paso a negocios, almacenes, ‘oiga jefe, tiene cartoncito o papeles que me dé?’, ‘claro, toma, aquí hay un poquitito’. Entonces voy juntando poco a poco y al final tengo mis moneditas pa’ tener qué comer...”

A través de amigos y conocidos de la calle, Paola y Gonzalo han recibido apoyo tanto para trabajar como para encontrar donde *dormir*. Por ejemplo, Gonzalo consiguió su trabajo de estacionar autos a la salida de un restaurante gracias a un conocido, el mismo que al final de nuestra entrevista lo había contactado para que trabajara de “copero” en ese mismo restaurante. Por otro lado, un amigo de Gonzalo les facilitó una pieza para dormir en una casa abandonada cuando les cerraron el hoyo en la Costanera.

Todos los entrevistados distinguen claramente que en la calle es difícil encontrar y mantener verdaderas amistades. Debido a las precarias condiciones de vida, la “desconfianza” es consustancial a la calle, y cunde en las narraciones. Muchas veces la amistad no es capaz de sostener una “traición por la espalda”. En la calle, más bien, se es parte de una red fluctuante de “conocidos”. Óscar distingue entre las amistades que se generan al pasar mucho tiempo juntos y aquellas pocas donde hay respeto y confianza. Su amigo Guatón, *“es amigo porque nunca me ha tomao na’, si quiere algo lo pide, es respetuoso en la casa”*.

Establecimiento de lazos con vecinos

La red de vecinos que habitan el mismo barrio que los entrevistados entrega apoyo compartiendo alimentos, ofreciendo pequeños trabajos o ‘pololos’, regalando objetos, ‘cachureos’ o desechos industriales que son de valor para los entrevistados.

A media cuadra de donde Nino duerme y trabaja, se encuentra un almacén que también funciona como botillería clandestina. Nino



se ha hecho amigo de Sergio, su dependiente, quien le deja guardar sus cosas en el local y que también le vende alcohol a él y al grupo de chicas del barrio. Nino combina su trabajo pelando y vendiendo cables con algunos “pololitos” que de vez en cuando le ofrece algún vecino. En ello, la botillería funciona como “*agencia de trabajos*” y Sergio como su “*vocero*”. Es en esta “*picá*” donde les dejan recados, o donde los vecinos saben que pueden encontrar a Nino cuando lo necesiten.

Cuando Sandra pernoctaba en la sala de espera del Hospital Félix Bulnes, estaba obligada a pasar el día en la calle. “*Dando vueltas*”, se puso a “*ayudarle a un caballero a vender sopaipillas, porque le expliqué, ‘sabe que yo estoy durmiendo en la calle, no tengo trabajo, no tengo comida’, ‘sí, ayúdame a vender sopaipillas, nosotros te ayudamos, como pa’ que podái comer en el día, te lavamos la ropa’... Llegaba a su casa, me bañaba y después salía a trabajar*”. Continuaba en esta actividad hasta que “*a los ocho, nueve de la noche, yo ya me iba pa’ la Posta porque ya se sentía el frío*”.

Por otra parte, a lo largo de los meses en que han trabajado como vendedoras, Sandra e Isa han generado redes de apoyo y de sociabilidad con los vecinos y negocios que circundan su puesto de trabajo. En la Vega “*ya nos conocen*”, y mantienen una relación “*súper a la pinta, al menos con todos los que nosotros conocemos nos llevamos súper bien*”. Estas personas las ayudan a ubicar otro lugar cuando su “*lado*” de la calle está ocupado, la señora de la botillería cercana “*nos calienta la comida el día sábado*” y la del local del frente les arrienda el baño por 100 pesos.

Los ‘tíos’

Los ‘tíos’ o voluntarios de instituciones de beneficencia que regularmente visitan a los entrevistados son valorados, sobre todo, por la compañía y el apoyo emocional que prestan, más allá del alimento que entregan.

Paola y Gonzalo se relacionan con distintas organizaciones de voluntariado que ayudan a personas en situación de calle. Y, como la mayoría de los entrevistados, ellos valoran por sobre todo las conversaciones de igual a igual que mantienen con los ‘tíos’ y ‘tías’ que los visitan:

“A pesar de que ellos tienen un montón de plata, se meten como en el lugar de uno... bonito... compartimos ideas, opiniones”.

Nino también agradece el apoyo y la compañía de los voluntarios que lo visitan todas las semanas. Confirma que lo importante de estas visitas es la amistad, la conversación “*agradable*” y el cariño que se transmite, más allá del plato de comida. En un reportaje en la revista *Mensaje*, Nino comenta que los voluntarios “*me tratan*



con mucho cariño, me han ayudado mucho. Son una familia para mí... Estar en las calles es difícil, uno pasa hambre, frío y se siente solo, pero todo eso se aliviana con la llegada de estos amigos”. En estas conversaciones su humanidad es restituida a través del cariño físico, del respeto, de la acogida, del trato igualitario entre dos personas.

La vida de Óscar habla de relaciones primarias precarias, cargadas de incertidumbre, decepciones y abandonos en un contexto de constante pobreza material. Para sobrevivir en la calle, es decir no sólo para “*aguantar la calle*” sino para tratar de “*superar la calle*”, se requiere recuperar la autonomía y aprender a relacionarse con uno mismo, su historia y sus relaciones de una forma más sana, sobre todo cuando se acarrean dolorosas historias familiares y personales. El apoyo psicológico y el trabajo terapéutico que Óscar recibió es testimonio de la importancia de este factor. “*Me desahogué de hartas cosas que tenía guardás, conté hartas cosas*”, “*lloré, no podía parar el llanto*”, “*y me sirvió también pa’ respetar a mi señora, darle su espacio también*”. En la Comunidad Terapéutica, Óscar reflexionó sobre su vida, aprendió a reconocer miedos, a enfrentar frustraciones y a relacionarse consigo mismo y con los demás de otra manera, a través del diálogo y la negociación pacífica.



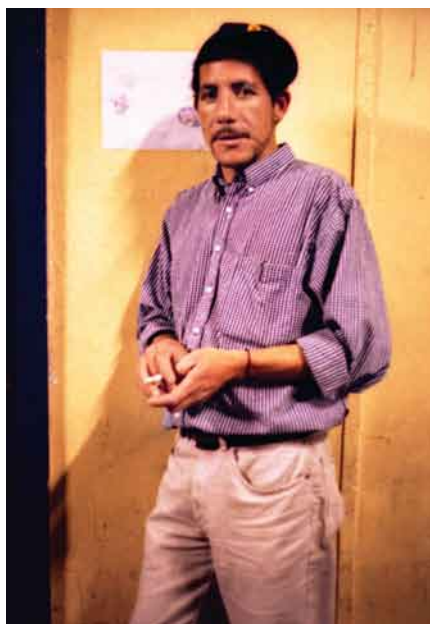
El apoyo en la fe

Para todos los entrevistados, Dios y su fe son un apoyo emocional vital. Si bien Nino se hace responsable de su situación, él busca fuerza para salir adelante en sus rezos matutinos. Ahí se encomienda a Dios, le pide apoyo para su salud, su trabajo y su alimentación y para el bienestar de su familia y de la sociedad entera.

Cuando le preguntamos a Isa de dónde saca la fortaleza que ha demostrado a lo largo de su vida, primero cuando joven, sobrellevando el maltrato de su familia de origen, y luego sobreviviendo en medio de la dureza y riesgos de la calle y sacando adelante a sus hijos, ella responde:

“... Del de arriba, del de arriba... el de arriba sabe, nunca me ha dejado, nunca, nunca, nunca. El de arriba sabe que yo le digo el de arriba...”.

En síntesis, los relatos de los entrevistados indican que ellos establecen redes de apoyo con distintas personas que están presentes en los barrios y lugares donde pernoctan y trabajan, lo que resulta fundamental para sobrevivir en situación de calle. Por una parte, estas redes permiten encontrar apoyo en el plano afectivo, donde las carencias son parte fundamental del conjunto de privaciones que afectan a las personas en situación de calle. Por otra parte, algunos entrevistados establecen redes de seguridad con algunos vecinos en situación de calle, o con vecinos. Los vecinos también permiten acceder a servicios como un baño, una ducha, o una comida caliente, o apoyan a los entrevistados ofreciéndoles la posibilidad de realizar esporádicamente algún trabajo remunerado. La incertidumbre substancial a la situación de calle y la desesperación que a veces se propaga, vuelven difícil mantener amistades. La desconfianza prima y, en general, más que con amigos, se establecen relaciones con conocidos. Para todos los entrevistados, en tanto, la fe en Dios ha sido un apoyo crucial para soportar la dureza de la calle.



Síntesis

Este estudio se acerca a la vida de siete personas en situación de calle. Durante unas horas escuchamos sus historias, anhelos, tristezas y alegrías. Dentro de sus rucos, bajo la lluvia, comentamos con ellos las fotografías que habían tomado. En sus barrios y caletas, al lado de una fogata, los escuchamos y compartimos un té. Con una inmensa generosidad y afecto abrieron sus vidas sin pedir nada a cambio, salvo sentirse escuchados y comprendidos. Con este estudio se espera transmitir algo de sus vidas e historias, así como entregar un testimonio para que los otros, es decir, quienes han tenido la suerte de llevar una vida domiciliada, “... se den cuenta cómo es la forma como uno vive...”.

La ‘situación de calle’ es una realidad social que se significa desde distintos lugares. Desde el gobierno y sus políticas públicas, desde las organizaciones no gubernamentales que trabajan con esta población, desde los medios de comunicación que la retratan y la narran de vez en cuando, pero que generalmente la olvidan, desde los vecinos que la miran de lejos o que conviven con ella diariamente en su barrio, desde sus protagonistas que la sobrellevan. En este estudio, el énfasis está puesto en este último actor, aunque todos los demás aparecen en el libreto que arma cada una de las biografías y retratos que lo sustentan.

Se analiza la situación de calle desde la forma en que sus protagonistas la narran, la entienden y la grafican, sobre la base de una serie cronológica de temas, cuya historicidad emula el carácter de proceso de la situación de calle.

La conformación y la perpetuación de la situación de calle no sólo se relacionan con factores como la falta de elección y la incapacidad para planificar, sino también con la inseguridad que provoca estar en manos de otros con más poder, como los “domiciliados”, las autoridades municipales o de control y vigilancia, y con la estigmatización con que parte de la sociedad trata a este grupo de conciudadanos. La sociedad en su conjunto contribuye activamente a moldear el significado de esta situación, distanciándose de ‘los de la calle’ para minimizar sentimientos de resentimiento, temor, culpa, vergüenza o conflicto, perpetuando así un círculo de desinterés y desafección, e instalando barreras entre ‘ellos’ y ‘nosotros’. En este sentido, el estudio invita a comprender la situación de calle no ya como un problema de “los de la calle” sino como un problema social, es decir, de todos los chilenos.

Analizar la situación de calle dentro de la trayectoria vital que la sustenta, y observar cómo los entrevistados la interpretan, la narran y la explican, entrega pistas para entender la forma en que la situación de calle se significa y se vive. El estudio refleja la complejidad que se esconde detrás de la categoría “situación de calle”. Sólo las pequeñas ilustraciones que entregamos aquí indican una serie de experiencias diversas que tal categoría alberga y de las cuales, por lo tanto, hay que hacerse responsable cuando se habla de “situación de calle”. Según los entrevistados, ‘vivir en la calle’, ‘ser de la calle’ o ‘participar de la cultura de la calle’, ‘ser un volao’ o un ‘alcohólico’, son experiencias distintas y a veces contradictorias entre sí. Estas distintas nomenclaturas hablan del grado de identificación con la situación de calle, de las diferencias que aparecen cuando se entiende la calle como una ‘situación transitoria’, o como una ‘condición’, o una ‘circunstancia’, o un ‘signo de autonomía’, o una ‘medida desesperada de reparación’ para arrancar del abuso y el dolor.



Por otra parte, la complementación de narraciones biográficas con fotografías hizo que las prácticas de vivir en la calle, el uso de los lugares y las rutinas cotidianas aparecieran con mucha nitidez, y permitieran entregar un recuento dinámico de la vida en la calle. Por ello, se agrupó la información sobre las formas en que se sobrevive en la calle, las tácticas y las estrategias que se ponen en marcha bajo el título “*habitar*”, presentando las rutas y circuitos urbanos de las personas en situación de calle. Se habla de habitar también porque para sobrellevar la vida en la calle hay que echar mano de una serie de estrategias para combinar prioridades y recursos en un contexto de restricciones sociales y personales; de incertidumbre, inseguridad y estigma en un espacio que está en constante disputa y que cuesta hacer propio. Ello refleja que las personas en situación de calle, lejos de ser sujetos pasivos y ‘vulnerables’ que meramente sobreviven, son capaces de negociar activamente sus condiciones de vida, adaptarse y reaccionar frente a los obstáculos que encuentran a diario en el intento universalmente humano de ‘hacer hogar’, aunque sea en la calle.

Negociaciones, adaptaciones y formas de habitar la calle tienen que ver con el grado de inserción en la situación y cultura de la calle. Aquellos que “*son*” de la calle, generalmente lo son desde mucho antes de quedar “*sin techo*”. La calle era un territorio conocido desde temprana edad. Ellos ya se habían familiarizado con la cultura de la calle, aprendiendo sus códigos, estrategias y lenguajes. En la calle muchas veces encontraron a sus pares en el consumo de alcohol o drogas, o en la realización de delitos. Una vez en situación de calle, aprendieron a adaptarse a los requerimientos del medio, a negociar dónde ubicarse y a mantener los lugares donde pernoctan, generando una red de contactos y un circuito para satisfacer sus necesidades, dándole una rutina a la vida diaria de manera de reducir, en la medida de lo posible, la incertidumbre de la situación de calle. Ellos han encontrado roles y funciones que desempeñar para la funcionalidad del barrio. Algunos son aceptados e incluso queridos en sus barrios. Otros no lo son y deben lidiar con medidas de contención y desplazamiento –como el patrullaje de Carabineros, la solicitud del carnet de identidad, la demolición de sus rucos o la detención por atentar contra el orden público–, mientras

intentan defender lo propio en lugares que no les pertenecen. Vivir en la calle conlleva desarrollar la resiliencia de los “*monos porfiados*”: ‘cuando nos botan el ruco, lo paramos de nuevo’. También significa no tomarse la vida tan en serio, para lograr tener un poco de humor cuando la lluvia se cuele por el ruco.

Para otros, la calle es una situación transitoria, a la que se llegó de golpe, producto de problemas familiares que se venían arrastrando por largo tiempo, y que en un momento hicieron crisis. Situaciones como abandono de los padres al nacer, ausencia del padre, violencia verbal o física en el hogar, intento de violación por parte del padre, entre otras, habían marcado las vidas de algunos entrevistados y los habían conducido inexorablemente a vivir en situación de calle. En la mayoría de estos casos, la salida a la calle es un acto de reafirmación personal, de autonomía y de cuidado de la propia integridad. En estos casos no existe conocimiento previo de la calle. Quizás por todo ello, la calle no es un destino, sino un punto intermedio. Entonces, la calle no se habita, sino que más bien se transita, se vive desde los bordes, sin entrar del todo para no “*acostumbrarse*”, sin construir lugares habitacionales tan permanentes, hasta lograr llegar a puerto seguro. En estos casos, la calle, dura como es, se entiende como una etapa de aprendizaje, de desarrollo de destrezas, y como un desafío a la capacidad de superación personal.

La situación de calle implica llevar una vida de incertidumbre y en constante movimiento; requiere capacidad de improvisación y otorgarle al azar un rol más importante del que gustaría. Vivir en la calle significa enfrentar amenazas prácticas y simbólicas a la propia seguridad; convivir al mismo tiempo con los roles de víctima y victimario. Significa estar más irritable, tenso y alterado de lo que se era antes, cuando se tenía un domicilio fijo y un hogar estable. Sobrellevar la calle requiere restaurar la propia identidad a diario, mantener el orden y la limpieza aunque no se tengan grandes bienes ni la adecuada infraestructura. Vivir en la calle también significa conocer otra gente, aprender e imitar a unos, y alejarse de otros. Hacer amigos o, al menos, conocidos con los que aliviar el peso del día, compartir alojamiento, datos o posibilidades laborales o de ingresos, y también estar “*aguja*” para defenderse del acoso de quienes ven en ellos una presa fácil para el abuso o la explotación.

La cultura de la calle es una cultura oral. La información, las picás, los datos, se transmiten de boca en boca. La cultura de la calle es también una cultura práctica, en la calle se aprende haciendo. Cada entrevistado se inició en los oficios de la calle mirando y, simplemente, “*tirándose no más*”. Vivir en la calle significa sobrevivir materialmente del reciclaje de los restos de la vida urbana domiciliada. También significa dedicarse a trabajos de la calle, como cartonear, cachurear en la basura, estacionar y limpiar autos o ser vendedor ambulante. Trabajos informales donde ni la experiencia laboral formal ni los estudios generan dividendos, y donde se requieren destrezas y conocimientos particulares. Los plazos son cortos, la unidad temporal es “*el día*” y la unidad monetaria “*las monedas*”. El capital disponible es mínimo, por lo que se buscan trabajos que no requieran realizar una inversión y que generen liquidez inmediatamente. Además, se trata de labores sin punto fijo, donde se pueden trasladar ya sea para buscar nuevos clientes o para escapar de los controles de la autoridad. Vivir en la calle implica andar con poco peso, sea para habitar o para trabajar. Vivir así es andar solo y depender de uno mismo. Es andar con el propio cuerpo y las huellas de la calle sobre él.



Referencias

Anderson, Michael y Snow, David (2001) ‘Space, Politics, and the Survival Strategies of the Homeless’, *American Behavioral Scientist*, 45(1):149-169.

Cresswell, T. (1997) ‘Weeds, plagues, and Bodily Secretions: a Geographical Interpretation of Metaphors of Displacement’, *Annals of the Association of American Geographers*, 87(2): 330-345.

Daly, Gerald (1996) *Homeless: Policies, Strategies and Lives on the Street*. London, New York: Routledge.

Hodgetts, Darrin; Radley, Alan y Cullen, Andrea (2005) *Visualizing Homelessness: a Study in Photography and Estrangement*.







Los resultados del primer Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle, realizado entre el 28 y el 29 de julio de 2005, informan de **7.254 personas en esta situación, distribuidas en las 80 comunas y ciudades de Chile con más de 40.000 habitantes.**

Principales resultados del catastro

El cuadro siguiente presenta en número y porcentaje la distribución regional de la población en situación de calle, observándose una mayor participación de las regiones Metropolitana, del Bío-Bío y de Valparaíso, las cuales, a su vez, corresponden a las regiones más pobladas del país.

Cuadro 1
Personas en situación de calle por región

Las personas en situación de calle viven principalmente en la Región Metropolitana, del Bío-Bío y de Valparaíso.

	Total	%	Por 10.000 habitantes (*)
Región de Tarapacá	415	5,7	10,6
Región de Antofagasta	391	5,4	9,5
Región de Atacama	99	1,4	5,8
Región de Coquimbo	195	2,7	5,4
Región de Valparaíso	557	7,7	5,2
Región del Libertador Bernardo O´Higgins	193	2,7	7,5
Región del Maule	332	4,6	9,5
Región del Bío-Bío	954	13,2	8,6
Región de La Araucanía	163	2,2	6,0
Región de Los Lagos	318	4,4	7,7
Región de Aysén del Gral. Carlos Ibáñez	84	1,2	18,7
Región de Magallanes y la Antártica chilena	95	1,3	8,2
Región Metropolitana de Santiago	3.458	47,7	6,1
Total	7.254		6,8

a/ Incluye a los dependientes, es decir a los hijos o hijas que se encontraban con las personas en situación de calle al momento del catastro. b/ Calculado sobre la población de las comunas catastradas en cada región.

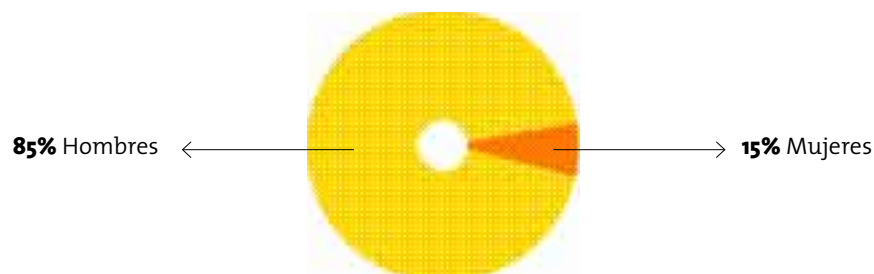
Fuente: MIDEPLAN, División Social

1. Características generales de las personas en situación de calle

A continuación se presentan datos de la población encuestada, referidos a su cuantificación, sexo, grupo etario, lugar donde duerme habitualmente, situación de pareja y pertenencia a etnias.

En cuanto a la distribución por sexo, el 85% de las personas catastradas son hombres y el 15% son mujeres, lo que indica que en Chile la situación de calle es una realidad eminentemente masculina.

Gráfico 1
Personas en situación de calle por sexo



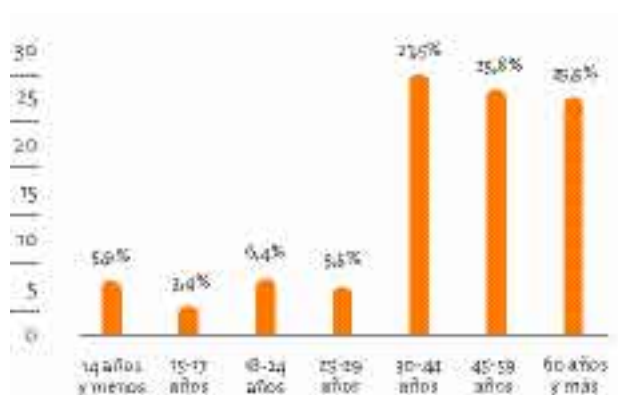
Fuente: MIDEPLAN, División Social

Respecto a la edad promedio para las personas en situación de calle, los datos indican que ésta es de 47 años: 44 años para las mujeres y 47 años para los hombres.

La distribución por tramos de edad muestra una mayor concentración en los tramos de edad de 30 a 44 años (27,5%), 45 a 59 años (25,8%) y 60 años y más (25,6%). Lo anterior implica que el 78,8% de las personas en situación de calle tiene 30 años y más.

Por otra parte, la información obtenida muestra que un 9,3% de la población en situación de calle tiene menos de 18 años. En esta estimación se incluyen los niños, niñas y adolescentes que al momento de la entrevista estaban acompañados por su padres.

Gráfico 2
Personas en situación de calle por tramos de edad



a/ Incluye a los dependientes, es decir a los hijos o hijas que se encontraban con las personas en situación de calle al momento del catastro.

Fuente: MIDEPLAN, División Social



La situación de calle es una realidad eminentemente masculina, pues un 85% de las personas en situación de calle son hombres.

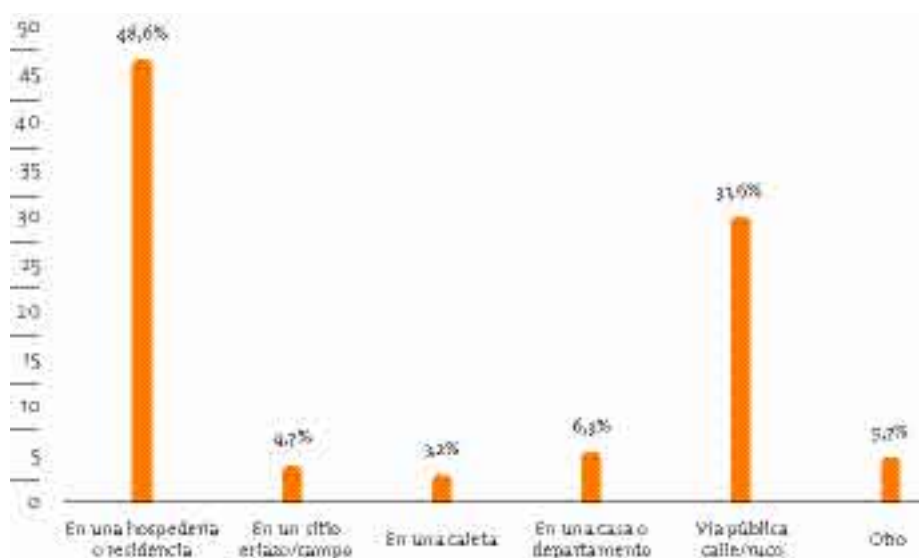
Las personas en situación de calle tienen en promedio 47 años, y 8 de cada 10 tienen 30 años y más. Las mujeres tienen en promedio 44 años y los hombres 47 años.

Frente a la pregunta ¿Dónde duerme habitualmente?, un 48,6% de los entrevistados señala una hospedería o residencia, y un 31,6% menciona la vía pública, calle o ruco¹. En menor porcentaje se mencionan: sitio eriazo o campo; caleta u otros lugares.

Un 6,3% declaró dormir habitualmente en una casa o departamento; sin embargo, al momento de la entrevista se encontraban en la vía pública o en una hospedería.

Gráfico 3

Personas en situación de calle por lugar donde duermen habitualmente



Fuente: MIDEPLAN, División Social

Casi la mitad de las personas que están en situación de calle duerme habitualmente en una hospedería o residencia, y alrededor de un tercio en la calle o vía pública.

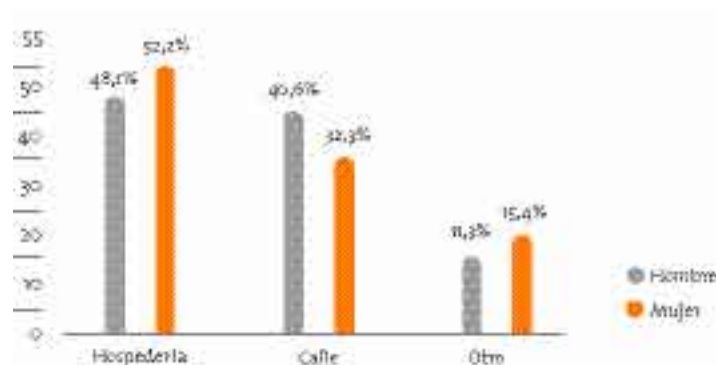


Con el fin de profundizar el conocimiento de las personas en situación de calle, considerando por una parte el lugar donde se encontraban y otras variables relevantes como sexo y edad, se han agrupado las respuestas a la pregunta ¿Dónde duerme habitualmente? en tres categorías: hospedería o residencia, vía pública o calle (incluye sitio eriazo/campo y caleta) y otro (incluye casa o departamento).

Al desagregar esta información según sexo, se observa que las mujeres declaran dormir habitualmente en hospederías en mayor porcentaje que los hombres (52,2% versus 48,1%), y que en la vía pública o calle la proporción de hombres es mayor (40,6% versus 32,3%). Esto queda claramente reflejado en el gráfico 4.

1. Un ruco corresponde a un albergue temporal fabricado por las personas en situación de calle con cartones, plásticos y otros materiales de desecho.

Gráfico 4

Personas en situación de calle por sexo, según el lugar donde duermen habitualmente

Fuente: MIDEPLAN, División Social

El cuadro 2 siguiente describe con mayor detalle la circunstancia de hombres y mujeres en situación de calle, en base a tramos de edad y el lugar donde duermen habitualmente. Cabe señalar que para este caso, como para un conjunto de cuadros posteriores, los tramos de edad utilizados refieren a los siguientes grupos: ‘niños/as y adolescentes’, correspondiente a los menores de 18 años; los ‘jóvenes’, correspondientes a las personas de ‘18 a 29 años’; los ‘adultos jóvenes’ (30 a 44 años); ‘adultos’ (45 a 59 años) y los ‘adulto mayores’ (60 años y más).

Al analizar conjuntamente el lugar donde declaran dormir habitualmente y la edad de los entrevistados, se obtiene que las personas menores de 45 años duermen en mayor proporción en la vía pública o calle² en relación a las personas de 45 años y más, que lo hacen preferentemente en hospederías o residencias, siendo esta situación compartida por ambos sexos.

La distribución de los entrevistados según el lugar donde duermen, habitualmente presenta variaciones según su grupo de edad y sexo. Alrededor del 29% de los niños, niñas y adolescentes menores de 18 años que duermen habitualmente en hospederías son hombres y un porcentaje similar son mujeres. En cambio, dentro de la población en este mismo grupo de edad es más alta la proporción de hombres que de mujeres que declaran dormir habitualmente en la vía pública o calle. En efecto, el 43,7% de los hombres duerme habitualmente en estos lugares, valor que disminuye a 31% en las mujeres. Por otra parte, un 26,7% de los hombres y un 40,0% de las mujeres menores de 18 años declaran dormir habitualmente en lugares clasificados como “otros”, donde se incluyen lugares como centros de acogida o tránsito (públicos o privados), y casa o departamento.

En el caso de los adultos mayores de 60 y más años, se observa una diferencia significativa entre hombres y mujeres, por cuanto en el caso de las mujeres el 90,8% dice dormir en una ‘hospedería o residencia’, respecto al 76,9% de los hombres en igual situación.

Existe una mayor proporción de mujeres que duermen habitualmente en una hospedería. En cambio, los hombres duermen en una mayor proporción tanto en la calle como en la vía pública.

2. Se incluye sitio eriazos y caleta.

Las personas menores de 45 años duermen en mayor proporción en la calle o vía pública en relación a las personas de 45 años y más, que lo hacen preferentemente en hospederías o residencias, siendo esta situación similar para hombres y mujeres.

Cuadro 2
Personas en situación de calle por lugar donde duermen habitualmente y sexo, según tramos de edad (en porcentaje)

Sexo	Lugar donde duerme	Grupos de Edad				
		Menor de 18 años	18 a 29 años	30 a 44 años	45 a 59 años	60 años y más
Hombre	Hospedería	29,6	29,9	32,6	46,1	76,9
	Calle	43,7	57,9	57,4	43,6	12,7
	Otro	26,7	12,2	10,0	10,3	10,4
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Mujer	Hospedería	29,0	34,7	33,7	48,2	90,8
	Calle	31,0	49,7	51,2	35,4	2,1
	Otro	40,0	15,6	15,1	16,5	7,1
	Total	100,0	100,0	100,0	100,1	100,0
Total	Hospedería	29,3	30,9	32,8	46,3	79,0
	Calle	40,2	56,1	56,5	42,8	11,1
	Otro	30,5	12,9	10,7	11,0	9,9
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: MIDEPLAN, División Social

Una de las preguntas formuladas a las personas en situación de calle fue ¿Cuál es su situación de pareja? Esta pregunta busca conocer la situación actual de pareja, no siendo relevante la situación legal de la unión. Se trata de la primera pregunta que apunta hacia los lazos afectivos y de relaciones del entrevistado. En este sentido, al momento de la encuesta, la condición de ‘soltero(a)’ es la mayoritaria en esta población, pues el 56,8% declara estarlo; en segundo lugar se menciona la categoría de ‘separado(a) o anulado(a)’ con un 19,7% (donde el 41,1% se concentra en el tramo de 45 a 59 años), y en tercer lugar, un 9,5% declara estar ‘casado(a)’ (concentrados dos tercios del total en el tramo de 30 a 59 años). Un 7,0% declara estar ‘viudo(a)’, y el mismo porcentaje dice que ‘convive o tiene pareja’; de este último grupo, alrededor de un 30% corresponde a menores de 29 años.

La mayoría de las personas que están en situación de calle declara ser soltero, separado o viudo.

Gráfico 5
Personas en situación de calle por situación de pareja



Fuente: MIDEPLAN, División Social



“P: ¿Y el carretón de dónde lo sacó?

R: No, no tengo yo, me prestan no más... de aquí mismo cuando no quieren trabajar o cuando están desocupados... paso a negocios, almacenes, ‘oiga, jefe, tiene cartoncito o papeles que me dé, claro, toma, aquí hay un poquitito’, entonces voy juntando poco a poco y al final tengo mis moneditas pa tener qué comer”.



La situación de pareja presenta algunas diferencias según sexo. En las mujeres es mayor la proporción que declara estar casada o que convive/con pareja que en los hombres (27,8% y 14,5%). Además se registra un mayor porcentaje de separados/anulados en los hombres y un mayor porcentaje de viudez en las mujeres.

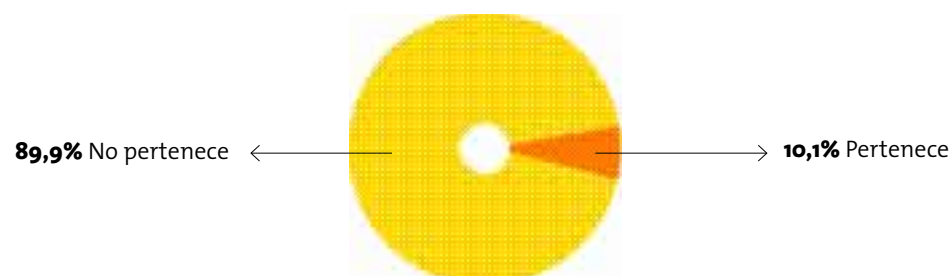
Gráfico 6
Situación de pareja por sexo



Fuente: MIDEPLAN, División Social

Con respecto a la pertenencia a etnias, un 10,1% declaró pertenecer a algún pueblo originario. De ellos, un 87,3% declaró ser Mapuche, un 4,1% Aymara, un 0,2% Rapa Nui y un 8,4% pertenecer a otro pueblo indígena³.

Gráfico 7
Personas en situación de calle según pertenencia a etnias



Fuente: MIDEPLAN, División Social



En las mujeres es mayor la proporción que declara estar 'casada' o que 'convive/con pareja' que en los hombres. A la vez, se observa un mayor porcentaje de 'separados/anulados' en los hombres y un mayor porcentaje de 'viudez' en las mujeres.

1 de cada 10 personas en situación de calle declaró pertenecer a algún pueblo originario. De ellos la gran mayoría es mapuche.

3. En la categoría "otros" se incluye Quechua; Atacameño; Colla; Kawáskar; Yagán.



2. Historia de vida

En esta dimensión se busca conocer la historia de vida de las personas entrevistadas con el objeto de caracterizar su situación. Para ello se indaga sobre diversos aspectos que permiten abordar la complejidad de la vida cotidiana de las personas en situación de calle.

En este contexto, un primer aspecto es poder identificar 'dónde vivía' la persona antes de estar en esta situación (de calle). Un segundo aspecto que interesa conocer es el tiempo que las personas han permanecido en situación de calle, puesto que esta información permite clarificar la intensidad temporal de la situación de calle. Un tercer aspecto ha sido poder obtener una descripción de las principales razones de 'por qué llegó' la persona a vivir en situación de calle, donde se desglosan razones de tipo familiar, económicas, de salud, droga y alcohol, entre otras.

También se ha consultado a las personas sobre el tipo de lazos o relación con 'otros' que sostienen en el día a día, con el fin de determinar el grado de desvinculación familiar o la ruptura de otro tipo de lazos. En general, la visión común de una persona en situación de calle es la de una persona solitaria, desvinculada de todo tipo de relación de apoyo y afecto, pero los resultados, como veremos, nos muestran una realidad bastante más compleja. En este sentido, uno de los aspectos más destacables es la existencia y permanencia de los lazos entre las personas en situación de calle y sus familias. Si bien el instrumento no permite identificar la 'calidad' de tales contactos, sí permite identificar los principales 'motivos' y la 'periodicidad' de ellos.

Finalmente, se indaga sobre los aspectos positivos y negativos de vivir en situación de calle. Para ello se cuenta con dos preguntas que permiten identificar un conjunto heterogéneo de categorías, construidas y validadas en base al pretest realizado.

Al consultar a las personas ¿Dónde vivía antes de llegar a esta situación? (lugar de origen, gráfico 8), se observa que casi el 41% de las personas declara que antes de estar en situación de calle vivía en una casa o pieza propia. El 30 % de las personas dice haber vivido con algún familiar o en la casa de algún amigo o conocido, situación que puede identificar cierto nivel de 'allegamiento' previo a la situación de calle⁴. Por otro lado, se observa que un 9,4% de las personas consignan como último lugar fijo de residencia a las hospederías. Un análisis más exhaustivo de esta información señala que corresponden principalmente a adultos mayores (60 años y más), personas que en promedio llevan largo tiempo en situación de calle y que en cierto momento han tenido como último lugar de residencia fija alguna hospedería o residencia⁵.

4. Por allegado se puede entender a la persona que no dispone de una vivienda para su uso exclusivo y comparte la vivienda de otro hogar, que la acoge.

5. Al segmentar el análisis sólo para la categoría 'Hospedería / residencia' por tramo de edad, se observa que el 64% de las personas que dicen haber tenido como última residencia fija tal categoría, son precisamente los adultos mayores (60 años y más).

Gráfico 8
Lugar donde vivía antes de estar en situación de calle



Fuente: MIDEPLAN, División Social

En todos los tramos de edad el ‘lugar de origen’ tiende a ser tanto su casa, departamento o pieza como la residencia de un familiar, amigo o conocido. En conjunto, estas categorías involucran casi al 71% del total de los casos. Esta situación es más intensa en los niños, niñas y adolescentes (menores de 18 años), donde el 84% declara haber vivido antes en estos lugares. Por el contrario, en los adultos mayores (60 años y más), esta cifra cae casi al 58%, destacando el valor observado en la categoría ‘hospedería o residencia’, donde el 22,4% de los adultos mayores dice provenir de este tipo de instituciones.

En todos los tramos de edad el ‘lugar de origen’ tiende a ser tanto su ‘casa, departamento o pieza’ como la residencia de un ‘familiar, amigo o conocido’. En conjunto, estas categorías involucran casi al 71% del total de los casos.

Cuadro 3
Lugar donde vivía antes de estar en situación de calle por tramo de edad
(porcentaje)

Lugar de origen	Menores de 18 años	18-29 años	30-44 años	45-59 años	60 años y más
En su casa, departamento o pieza	56,2	42,2	40,1	45,3	33,5
En la casa de un familiar, amigo o conocido	27,8	35,4	35,4	28,9	24,4
En un internado u hogar SENAME	5,4	4,4	1,5	0,5	0,3
En un centro de tránsito y distribución (CTD)	1,7	1,0	0,4	0,2	0,0
En un centro de salud	0,3	0,7	0,6	0,8	1,0
En un centro de detención (cárcel o COD SENAME)	1,1	0,9	1,0	0,4	0,2
Hospedería o residencia	1,1	3,3	4,4	6,2	22,4
Otro (especificar)	6,3	12,1	16,6	17,7	18,2
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: MIDEPLAN, División Social



Por otro lado, al cruzar la variable 'lugar de origen' con el lugar 'donde duerme habitualmente', la distribución tiende a mantenerse estable entre aquellos que viven en la 'calle' y los que viven en 'hospederías': el 70,8% de los casos proviene de algún hogar o residencia fija⁶. Para las personas que duermen habitualmente en la 'calle', este valor llega al 77% de los casos, mientras que para aquellos que duermen en 'hospederías' llega al 64,7% de los casos. Sin embargo, destaca el hecho de que un 15,5% dicen provenir (lugar de origen) de una hospedería y dormir actualmente en la misma situación, lo que graficaría una situación de estancamiento y cronicidad de esta condición.

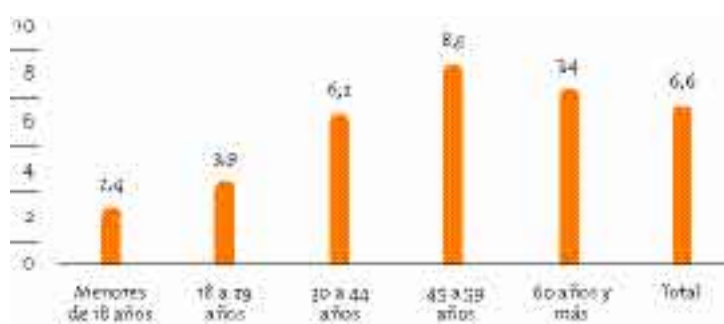
Por otra parte, el tiempo promedio en situación de calle presenta resultados diferenciados según grupo de edad y sexo de los entrevistados. Al preguntar a las personas ¿cuánto tiempo lleva viviendo en esta situación (de calle)?, se observa un promedio de 6,6 años⁷, valor que indicaría una situación de persistencia en el tiempo de la condición de persona en situación de calle. En términos generales, los hombres llevan un promedio muy cercano a los 7 años, mientras que las mujeres llevan en promedio 4 años y medio en la misma situación.

Si se analiza por tramos de edad, se observan diferencias muy marcadas entre los grupos más jóvenes y los de mayor edad. Como se observa en el gráfico 10, el grupo etario de 45 a 59 años presenta el mayor promedio de años en situación de calle, con 8,5 años. A la vez, el segmento conformado por los adultos mayores de 60 años, está en esta situación en promedio desde hace 7,4 años. En el grupo etario de 30 a 44 años, se observa que llevan un promedio de 6,2 años en situación de calle. Estos grupos de mayor edad contrastan con los grupos más jóvenes, que tienden a mostrar valores promedios considerablemente más bajos: 3,9 años en el grupo de personas de los 'jóvenes' (entre 18 y 29 años) y 2,4 años en promedio para los 'niños/as y adolescentes' (menores de 18 años).



En promedio, las personas entrevistadas han permanecido 6,6 años en situación de calle; los hombres un promedio muy cercano a los 7 años y las mujeres 4 años y medio.

Gráfico 9
¿Cuánto tiempo lleva en esta situación?
(promedio de años)



Fuente: MIDEPLAN, División Social

6. Correspondiente a la sumatoria de los valores obtenidos en las dos primeras categorías de la tabla 1.

7. Este cálculo se realizó como promedio ponderado de las personas que dieron como respuesta valores en días, meses y años.

Para complementar la información anterior, se reagrupó la variable 'tiempo en calle' en tres categorías que permiten identificar la temporalidad de la situación de calle: menos de 1 año en situación de calle; entre 1 año y 5 años en situación de calle; y más de 5 años en situación de calle (gráfico 10).

Los resultados obtenidos muestran que el 85% de los niños/as y adolescentes (menores de 18 años) han permanecido menos de 5 años en situación de calle. De ellos, el 44,4% ha permanecido en situación de calle ‘menos de 1 año’ y el 40,6% entre 1 año y 5 años. Con respecto a los jóvenes (18 a 29 años), se observa que el 74,2% vive desde hace menos de 5 años en esta situación, destacando el 42% que dice estar desde hace ‘menos de 1 año’ en tal situación.

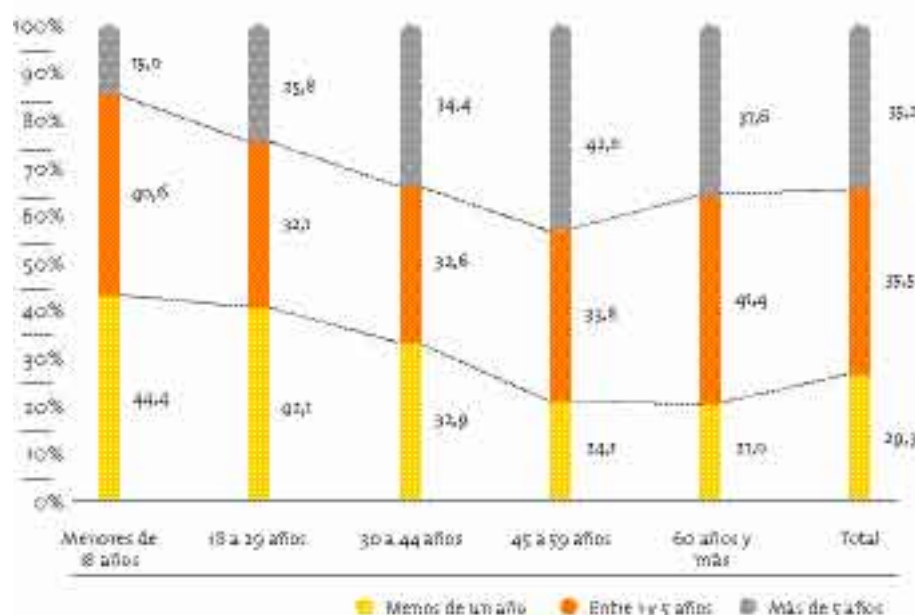
Claramente, el ‘tiempo en calle’ tiende a aumentar a mayor edad de la persona. Esto lo confirma el hecho de que en los adultos jóvenes (30 a 44 años) el 34,4% declara estar ‘más de 5 años’ en situación de calle, y en los ‘adultos’ (45 a 59 años) este valor llega a un 42%, mientras que para los ‘adultos mayores’ (60 años y más) el valor alcanza a 37,6%. Asimismo, en este grupo se observa que un 41,4% de las personas dicen vivir en situación de calle desde hace ‘1 a 5 años’.

Estos datos demuestran distintos grados de *intensidad temporal*⁸ de la situación de calle: los jóvenes tienden a llevar menos tiempo en situación de calle, lo que graficaría una situación ‘esporádica’ y con episodios ‘dinámicos’, es decir, con momentos de ‘idas’, ya sea a hogares o casas particulares, y luego con momentos de ‘retorno’ a la calle⁹. Al contrario, en los adultos se observa una tendencia de situación de calle más bien ‘crónica’, aspecto que revelaría la severidad de su desvinculación social familiar, o de redes de apoyo, como veremos más adelante.



La población de 45 a 59 años es la que en promedio ha permanecido mayor tiempo en situación de calle (8,5 años), seguida por los adultos mayores de 60 años, con 7,4 años.

Gráfico 10
Tiempo en calle
(porcentaje por años)



Fuente: MIDEPLAN, División Social

Por otro lado, al analizar esta información según el lugar donde las personas dicen ‘dormir habitualmente’ (a lo menos 3 noches a la semana), se obtuvo que el tiempo promedio en situación de calle corresponde a 7,4 años para aquellas personas que duermen en la ‘vía pública/calle’, y a 6,1 años para aquellos que duermen habitualmente en ‘hospederías/residencias’.

8. Esta noción de intensidad temporal sólo refiere a la cantidad de tiempo en calle y no a la severidad de la situación de calle. Este último concepto es una noción más compleja que apunta a diversos aspectos que el instrumento no permite evaluar, y que son materia de futuros análisis: aspectos psicosociales y afectivo-emocionales, entre otros.

9. Este aspecto se sustenta aún más en los resultados obtenidos por el estudio ‘Niños y Niñas de la Calle’ del Servicio Nacional de Menores (SENAME), realizado en el año 2003. En aquel estudio se sostiene que, con respecto a la situación de calle de este grupo, ‘en un primer momento, uno de los criterios establecidos era la permanencia de, al menos, los últimos tres meses –en el momento de la entrevista– de vida en la calle. Sin embargo, los propios niños y niñas fueron mostrando que ese criterio era muy rígido y no daba cuenta del modo en que hoy se está dando esta situación entre ellos. Esto, porque un número importante manifestaba haber estado en casa de algún familiar –madre, hermana o hermano mayor, tíos o abuelos– para bañarse, cambiarse de ropa, comer, dormir uno o dos días y volver a la calle. Las implicancias conceptuales de esta condición de vida son analizadas a lo largo del estudio’ (Estudio ‘Niños y Niñas de la Calle’, SENAME, agosto 2004, p.15).



“... Aparte de cosas como el alcoholismo, la drogadicción, uno a lo mejor tiene un problema de fondo y por eso vive en la calle... todos tenemos problemas... mi mamá me sacaba la mugre hasta que salí de mi casa... me diagnosticaron un embarazo y mi mamá si yo quedaba embarazada nos iba a matar la guagua a palos”.

Para complementar lo anterior, a los entrevistados también se les consultó por las principales razones (motivos) por las que ellos consideran que se encuentran en situación de calle. El gráfico 11 muestra (por orden decreciente) que la principal razón declarada por los entrevistados para encontrarse en situación de calle fueron los ‘problemas en la familia’, con un 38,2% de los entrevistados consignando esta respuesta. Esta categoría incluye aquellos casos en que los entrevistados declaran haber sido echados de su casa, o por tener malas relaciones familiares deciden fugarse¹⁰.

Además, un 24,4% de las personas consigna ‘problemas económicos’ (cuando la persona no cuenta con ingresos necesarios para mantenerse o mantener una familia), y un 16,9% señala que ‘no tiene casa u hogar donde llegar’. Sigue en importancia la razón de ‘problemas con el alcohol’ (por su adicción al alcohol “terminó” viviendo en esta situación), con un 16,7%. También es relevante el hecho de que un 14% de los casos consigne como razón una ‘decisión propia’, mientras que el 13,1% establece estar en situación de calle por ‘problemas de salud’ (cuando la persona declara que por impedimento físico o mental debe vivir en la calle). Finalmente, el ‘consumo de drogas’ (cuando la persona relata que por su adicción a la droga “terminó” viviendo en esta situación) es consignado como razón por el 7,1% de las personas. El ‘maltrato’ y ‘problemas con la justicia’ presentan valores inferiores al 4%, y el ‘abuso’ (incluye el abuso sexual) presenta un valor inferior al 1%.

Gráfico 11
Razones por las cuales llegó a la situación de calle
(porcentaje de personas que consignan cada aspecto)



Fuente: MIDEPLAN, División Social

Las razones por las cuales las personas entrevistadas se encuentran en situación de calle cambian según grupo de edad (cuadro 4). En la población menor de 18 años, la razón con más menciones es ‘problemas en la familia’ (49,9%), seguida por ‘decisión propia’ (19,9%) y ‘por consumo de drogas’ (19,1%). Destaca el 14,1% de casos que establecen como razón de su situación de calle el haber sufrido ‘maltrato’, siendo este valor el más alto de todos los

Las tres principales razones o motivos por los cuales las personas en situación de calle se encuentran en tal condición son: ‘problemas en la familia’, ‘problemas económicos’ y porque ‘no tiene casa u hogar donde llegar’.

10. Especificación realizada en el ‘Manual del Encuestador – Catastro Nacional Personas en Situación de Calle 2005’, con el fin de ayudar a la categorización de las respuestas dadas por los entrevistados.

tramos etarios. Lo mismo sucede con el ‘abuso’, que si bien está presente en casi el 3% de los menores de 18 años, corresponde al valor más alto de toda la serie por tramos.

En la población de 18 a 29 años se modifica la tendencia anterior. Si bien nuevamente el problema familiar es la principal razón (47,3%), se ubica en segunda posición los ‘problemas económicos’ (21%), seguida por ‘consumo de droga’ (18,2%) y por ‘decisión propia’ (17%), aumentando el ‘consumo de alcohol’, respecto del grupo anterior, a un 11,1%. En la población de 30 a 44 años las principales razones son nuevamente ‘problemas en la familia’ (41,5%); y ‘problemas económicos’ (22,6%). ‘Problemas con el alcohol’ sube su importancia relativa (20,9%), pasando las razones por ‘decisión propia’ a una cuarta posición de importancia (14,2%).

En la población más joven, las principales razones son ‘problemas en la familia’, ‘decisión propia’, ‘por consumo de drogas’ y, con un porcentaje importante, el haber sufrido ‘maltrato’. En los adultos, son ‘problemas económicos’, ‘problemas en la familia’, seguidas muy cerca por ‘problemas de salud’ y ‘no tiene casa, hogar, familia donde llegar’.

En la población de 45 a 59 años las principales razones son ‘problemas con la familia’ (38,1%), ‘problemas económicos’ (25,5%), ‘problemas con el alcohol’ (21,5%) y ‘no tiene casa donde llegar’ (16,3%).

Finalmente, en la población de 60 años y más las razones cambian considerablemente el orden de prioridad respecto de los otros tramos de edad. Las principales razones son ‘problemas económicos’ (29,9%); por ‘problemas en la familia’ (28,9%), seguida muy de cerca por ‘problemas de salud’ (28,5%) y ‘no tiene casa, hogar, familia donde llegar’ (27%).

Cuadro 4
Razones situación de calle por tramo de edad
(porcentaje de personas que consigna cada aspecto)

	Menores de 18 años %	18-29 años %	30-44 años %	45-59 años %	60 años y más %
Por problemas de salud	1,2	2,9	5,8	12,2	28,5
Por problemas en la familia	49,9	47,3	41,5	38,1	28,9
Por problemas económicos	11,7	21,0	22,6	25,5	29,9
Por consumo de droga	19,1	18,2	10,6	2,6	0,5
Por consumo de alcohol	7,9	11,1	20,9	21,5	12,0
Por abuso	2,9	1,3	0,9	0,8	0,7
Por maltrato	14,1	6,9	3,8	2,4	1,2
Por problemas con la justicia	7,3	2,9	2,2	2,2	0,9
Por decisión propia	19,9	17,0	14,2	12,5	12,9
No tiene casa / hogar / familia / donde llegar	8,5	9,4	12,9	16,3	27,0
Otro motivo	9,7	4,3	5,8	6,0	4,6

Fuente: MIDEPLAN, División Social

Las razones presentan patrones similares para hombres y mujeres. Sin embargo, existen razones para las cuales se observan importantes diferencias: Los 'problemas de alcohol' son principalmente masculinos (18,4% y 7,1% respectivamente), las razones por 'abuso' se observan principalmente en las mujeres (3,5% versus 0,5%), el 'maltrato' también presenta un alto valor en las mujeres (10,5% versus 2,5%) y la razón 'no tiene casa donde llegar', también presenta una mayor incidencia en las mujeres (21,4% versus 16,1%).

Con respecto a las diferencias según lugar 'donde duerme habitualmente', se observa que entre calle y hospedería hay grandes diferencias según el tipo de razón (cuadro 5).

La mayor diferencia se observa entre las razones por 'problemas en la familia': el 45,2% de las personas que duermen habitualmente en la calle esgrimen esta razón, frente a un 33% de aquellos que duermen en hospederías. Por otra parte, las razones fundadas en el 'consumo de alcohol' son más frecuentes en las personas que viven en la calle (20,1%) que en las que viven en hospederías (14,3%).

A la vez, se observan diferencias importantes entre calle y hospedería en las razones por 'decisión propia' (16,4% versus 12%) y 'consumo de droga' (8,9% versus 5,2%). Por último, en las personas que duermen habitualmente en hospederías se observa una mayor incidencia de razones como 'problemas económicos' (28,3% versus 19%), 'no tiene casa donde llegar' (23,6% versus 10,8%), siendo la más importante la diferencia en las razones por 'problemas de salud' (21,6% versus 3,8%), que la registrada para los que declaran dormir habitualmente en calle.



Los problemas en la familia son más mencionados por las personas en situación de calle que duermen habitualmente en la calle que por aquellos que duermen en ‘hospederías’.

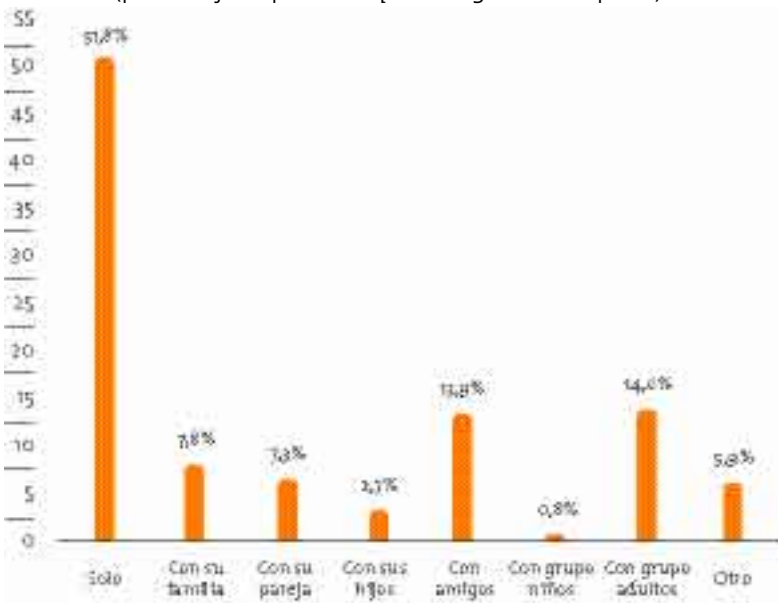
Cuadro 5
Razones situación de calle por lugar donde duerme
(porcentaje de personas que consigna cada aspecto)

	Hospedería %	Calle %
Por problemas de salud	21,6	3,8
Por problemas en la familia	33,0	45,2
Por problemas económicos	28,3	19,0
Por consumo de droga	5,2	8,9
Por consumo de alcohol	14,3	20,1
Por abuso	0,8	1,0
Por maltrato	3,2	3,6
Por problemas con la justicia	1,9	2,6
Por decisión propia	12,0	16,4
No tiene casa / hogar / familia / donde llegar	23,6	10,8
Otro motivo	5,0	6,0

Fuente: MIDEPLAN, División Social

Un aspecto relevante es conocer la capacidad de las personas en situación de calle para establecer y desarrollar lazos con otras personas, sean ellos familiares o hijos, parejas o amigos, grupos de niños o adultos. O simplemente saber si vive solo (sin compañía) en la calle. Para ello se les consultó a todas las personas con quién vivían (gráfico 12). Se constató que la gran mayoría afirma vivir ‘solo’ (51,8%). Por otra parte, cerca del 14% vive con un ‘grupo de adultos’ o con un ‘grupo de amigos’, un 7,8% dice vivir ‘con su familia’ y un 7,3% ‘con su pareja’.

Gráfico 12
¿Con quién viven las personas en situación de calle?
(porcentaje de personas que consigna cada aspecto)



La mitad de las personas en situación de calle vive solo, siendo esto más frecuente en los hombres.

Fuente: MIDEPLAN, División Social





Con respecto a esta información también es posible encontrar diferencias entre hombres y mujeres. El 55,9% de los hombres vive 'solo', mientras que un 29,3% de las mujeres se encuentra en esa situación. Por otra parte, el 14,4% de las mujeres vive 'con su familia', mientras que el 6,6% de los hombres vive en la misma condición. Además, el 12,6% de las mujeres vive 'con sus hijos', mientras que esta situación casi no se da en los hombres (menos del 1% de los casos). Finalmente, el 21,6% de las mujeres vive 'con su pareja', mientras que el 4,8% de los hombres vive con pareja.

El siguiente gráfico nos señala el tipo de lazos mantenidos por las personas en situación de calle (con quién vive), según el tiempo de vida en calle. Como se mencionó anteriormente, la variable 'tiempo en calle' se reagrupó en tres categorías que permiten identificar la temporalidad de la situación de calle.

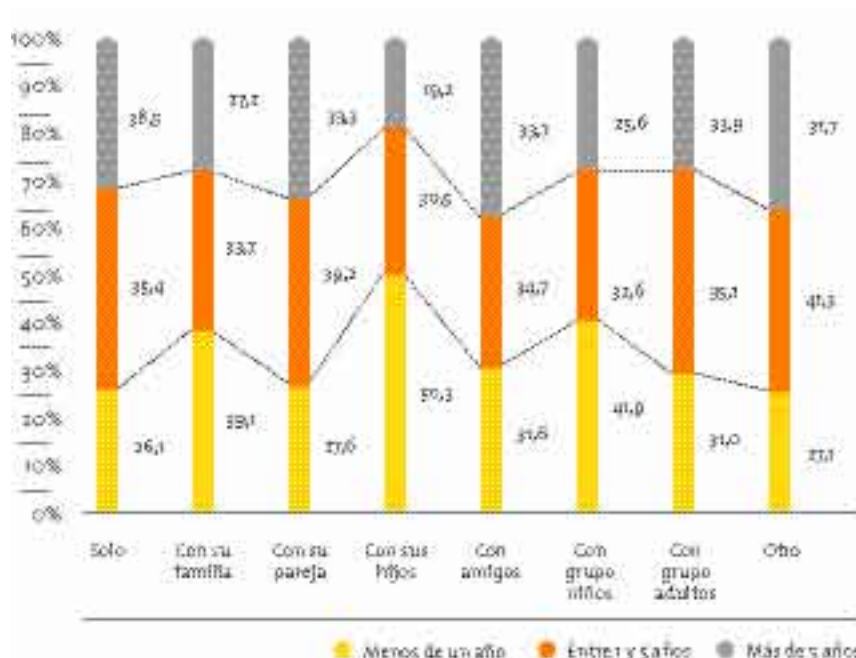
De acuerdo a esta clasificación, se puede observar que un 50,3% de las personas que llevan menos de 1 año en situación de calle dicen vivir 'con sus hijos'. Esta tendencia disminuye considerablemente mientras mayor tiempo lleva la persona en situación de calle. Por otro lado, casi un 42% de las personas que llevan menos de 1 año en situación de calle vive con un 'grupo de niños', y el 39% 'con su familia'. En general, este grupo representa a la población más joven.

De las personas que llevan entre 1 y 5 años, un 39,2% vive 'con su pareja' y un 35,4% vive 'sola'. En general, este grupo representa a la población adulta. De las personas que llevan más de 5 años en situación de calle, se agudiza la situación de soledad con respecto a los otros períodos, ya que un 38,5% de ellas vive 'sola'. Sin embargo, un 33,9% dice vivir con un 'grupo de adultos' o con un 'grupo de amigos'. Finalmente, un 33,3% vive con su 'pareja'. Esta situación caracteriza principalmente a la población adulta mayor (60 años y más).



Entre las personas que han permanecido en situación de calle por más de cinco años, es mayor la proporción que declara vivir sola.

Gráfico 13
Con quién vive por tiempo en calle
(porcentaje por tramos de años)

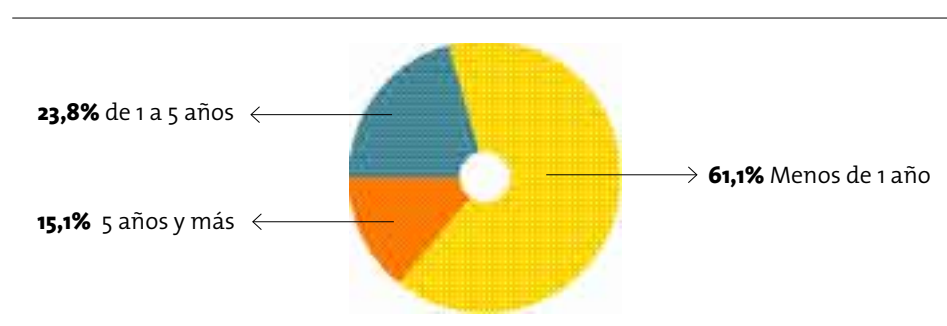


Otro aspecto relevante sobre el tipo de lazos que presentan las personas en situación de calle, lo entrega la pregunta sobre la 'última vez que se comunicó con su familia'. El promedio general indica que la última vez que una persona en situación de calle se comunicó con su familia fue hace 3,3 años, observándose diferencias por género, ya que los hombres presentan un valor promedio de 3,5 años desde su último contacto familiar, frente a los 1,8 años en las mujeres.

Por tramos edad también es posible encontrar diferencias muy claras: el último contacto con la familia en los menores de 18 años fue hace menos de 1 año; para el tramo de 18 a 29 años (jóvenes), el contacto fue hace 1,3 años; para el tramo comprendido entre los 30 y 44 años (adulto jóvenes), el contacto fue en promedio hace 2,4 años; para los adultos 45 a 59 años hace 3,7 años y para los adultos mayores, de 60 años y más, el último contacto fue hace 5,8 años.

De tal forma, los resultados obtenidos permiten establecer tres niveles sobre el último contacto realizado con la familia (gráfico 14): el 61,1% de las personas ha mantenido contacto en menos de 1 año, lo que podría definir una situación de contactos periódicos; el 23,8% lo ha hecho entre 1 año y 5 años (contactos esporádicos) y finalmente el 15,1% lo ha hecho hace 5 ó más años (contactos débiles). Sólo un 6% de las personas dice 'no tener familia' y un 10% dice 'no acordarse' del último contacto.

Gráfico 14
Último contacto con la familia
(porcentaje por tramo de años)



Fuente: MIDEPLAN, División Social

De forma complementaria, a aquellas personas que se contactaron con familiares se les preguntó el 'motivo del contacto', con el fin de obtener una visión más fina de las razones de los contactos.

Los resultados indican que el 40,1% de las personas en situación de calle se contactan por iniciativa personal, ya sea para saber de la familia, ver o compartir con familiares e hijos. Asimismo, un 12,8% de los entrevistados se contacta porque la familia lo busca, o lo va a visitar. También en el 8,5% de los casos se contactan para pedir ayuda en dinero, alimentos u alojamiento.

Los motivos para contactarse cambian según los grupos de edad (cuadro 6). Para los menores de 18 años, las cuatro principales razones o motivos del contacto con su familia



En promedio, las personas entrevistadas se comunicaron por última vez con su familia hace 3,3 años. Las mujeres se contactaron hace menor tiempo que los hombres (3,5 años y 1,8 años, respectivamente).



“Me sirvió de hartoo... ahí me hicieron terapia, fue bueno allá... me desahogué de hartas cosas que tenía guardás, conté de hartas cosas y me sirvió también pa’ respetar más a mi señora, darle su espacio también... tratarla bien, que no fuera tan machista, le diera su espacio, si la quiero que la respetara, que no la tratara mal y todo eso, cosas que hacía antes, ahora veo que no lo hago”.

fueron: para saber de la familia o compartir con ella (35,4%), porque la familia lo buscó (19,4%), para pedir ayuda en dinero o alimentos (13,1%) y para informar cómo y dónde está (7,3%). Para los jóvenes de 18 a 29 años, las cuatro principales razones fueron –con mayor intensidad que en todos los grupos– el deseo de saber de la familia o compartir con ella (46,8%), para informar cómo y dónde está (9,4%), para pedir ayuda en dinero o alimentos (8%) y porque la familia lo buscó o contactó (7,1%).

Para las personas de 30 a 34 años y para los adultos (de 45 a 59 años), las cuatro principales razones son las mismas, sólo cambia su porcentaje relativo: para saber de la familia o compartir con ella o con sus hijos (43,5% y 38,6% respectivamente), porque la familia lo buscó (11% y 10,8%), para pedir ayuda en dinero o alimentos (9% y 9,6%), y para visitar a un familiar enfermo o con problemas o por fallecimiento del mismo (6,3% y 7,9%). Por último, para los adultos mayores de 60 años saber de la familia o compartir con ella o con sus hijos baja con respecto a los otros tramos de edad (34,8%), porque la familia lo buscó sube, superando el valor observado en el tramo más joven de la población (19,9%), para visitar a un familiar enfermo o con problema o por fallecimiento del mismo (6,9%) y, por último, se comunicó con su familia porque sufrió un accidente, enfermedad o siniestro (6,1%).

Finalmente, no se observan diferencias entre los motivos o razones del contacto con la familia por sexo. Quizás la única diferencia destacable sea que al 15,3% de las mujeres las familias tienden a buscarlas o contactarlas, mientras que esto alcanza al 12,4% en los hombres.



Los principales motivos de contacto son ‘saber de la familia, ver o compartir con familiares e hijos’ y ‘la familia lo busca, o va a visitar’.

Cuadro 6
Motivo de contacto con la familia, según tramos de edad

Motivos	Menores de 18 años %	18-29 años %	30-44 años %	45-59 años %	60 años y más %	Total %
La familia lo busca, contacta o va a visitar	19,4	7,1	11,0	10,8	19,9	12,8
Para informar cómo y dónde está	7,3	9,4	5,4	4,7	5,4	5,8
Para pedir ayuda en dinero o alimentos	13,1	8,0	9,0	9,6	5,4	8,5
Para saber, ver o compartir con familiares e hijos	35,4	46,8	43,5	38,6	34,8	40,1
Para las festividades (navidad, cumpleaños)	1,0	3,1	3,1	3,9	2,9	3,2
A través de intermediarios (asistente social o amigos)	0,0	0,4	0,1	0,1	0,4	0,2
Para visitar familiar enfermo o por fallecimiento	2,4	6,7	6,3	7,9	6,9	6,6
Por sufrir accidente una enfermedad o siniestro	1,0	2,1	4,6	4,2	6,1	4,3
Para realizar trámites legales (herencia, vivienda)	2,9	2,3	1,9	3,4	2,9	2,6
Para ayudar a su familia con dinero o alimentos	0,0	1,3	1,8	1,9	0,6	1,4
Por casualidad (azar)	3,9	2,5	2,8	4,1	2,6	3,1
Ninguna	0,0	0,4	0,4	0,1	0,3	0,3
No se contacta	1,0	2,5	3,3	3,7	3,6	3,3
Otro motivo	12,6	7,3	6,7	7,0	8,2	7,6
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: MIDEPLAN, División Social

Otro aspecto relevante que entrega el instrumento y que permite una comprensión más cabal de la complejidad de la vida en situación de calle, fue el obtenido al consultar a las personas sobre los aspectos positivos (buenos) y negativos (malos) de vivir en situación de calle (cuadro 7)¹¹.

Con respecto a los aspectos positivos de encontrarse en situación de calle, las personas entrevistadas señalan con mayor frecuencia la ‘libertad de acción’, ‘recibir ayuda’, ‘recibir alimentos’, ‘contar con amigos’ y ‘recibir cariño y apoyo’. Alrededor de un 17% señala que no existe ningún aspecto positivo.

Con respecto a los aspectos negativos de encontrarse en situación de calle las personas entrevistadas señalan con mayor frecuencia ‘malas condiciones de vida’, la ‘inseguridad /riesgo’ y la ‘desesperanza (falta de apoyo)’. Alrededor de un 20% señala que no existe ningún aspecto negativo asociado a vivir en situación de calle.

Cuadro 7
Aspectos positivos y negativos de vivir en situación de calle
(porcentaje de personas que consigna cada aspecto)

Los principales aspectos positivos (buenos) de vivir en situación de calle son: la ‘libertad de acción’, ‘recibir ayuda’, ‘recibir alimentos’ y ‘contar con amigos’. Los principales aspectos negativos (malos) son: las ‘malas condiciones de vida’, la ‘inseguridad/riesgo’ y la ‘desesperanza’ (falta de apoyo).

Aspectos positivos	%	Aspectos negativos	%
Libertad de acción	31,1	Malas condiciones de vida	29,1
Recibir ayuda	25,5	Inseguridad	24,0
Recibir alimentos	20,1	Desesperanza	20,9
Contar con amigos	18,1	Falta de alimentos	16,3
Recibir cariño y apoyo	17,8	Problemas con alcohol/drogas	15,2
Conocer gente	12,6	Desconfianza en la gente	12,4
Superarse	11,2	Problemas de salud	10,4
Acceder a salud	8,7	Sufrir abusos	5,8
Otra	4,0	Otra	4,8
Ninguno	17,2	Ninguno	19,7
No sabe	4,3	No sabe	5,5

Fuente: MIDEPLAN, División Social

Tal como se presenta en el cuadro 8, al desglosar los aspectos positivos por tramos de edad se observan ciertas diferencias entre los diferentes grupos. Para los menores de 18 años, los cuatro aspectos positivos más importantes son: ‘libertad de acción’ (45%), categoría que presenta el mayor porcentaje en relación a los otros tramos de edad; ‘contar con amigos’ (31,6%), también con el valor más alto de todos los tramos; ‘recibir cariño y apoyo’ (19,9%) y ‘recibir alimentos’ (18,1%). El 14% (ninguno) de este tramo dice que no hay aspectos positivos de vivir en la calle. Para los jóvenes (de 18 a 29 años), los cuatro aspectos positivos son: con menor incidencia que en el tramo anterior aparece en primera ubicación la ‘libertad de acción’ (37%). Sin embargo, en segundo lugar está un 19% de personas de este tramo que dicen que ‘no hay aspectos positivos’ (ninguno) de vivir en la calle; luego se ubican ‘contar con amigos’ (17,1%), ‘recibir ayuda’ (17%) y ‘conocer gente’ (14,6%).

11. Esta pregunta de opinión-valoración sobre la vida en la calle permitió identificar tanto la prioridad como el tipo de valoración dada a la vida en situación de calle.



Para el tramo reagrupado de adulto joven y adulto (de 30 a 59 años), los cuatro aspectos positivos son: ‘libertad de acción’ (30,7%), ‘recibir ayuda’ (22,8%) –en tercer lugar está un 20,3% que dice que ‘no hay aspectos positivos’ (ninguno) de vivir en la calle, siendo el valor más alto de la serie–, y siguen, ‘contar con amigos’ (17,4%) y ‘recibir alimentos’ (16,3%). Finalmente, en los adultos mayores (60 años y más) cambian las prioridades de los cuatro aspectos positivos: primero está el ‘recibir ayuda’ (37%), luego ‘recibir alimentos’ (32,9%), y recién en tercer lugar aparece la categoría ‘libertad de acción’ (26,1%), con el valor más bajo de toda la serie. Lo sigue ‘recibir cariño y apoyo’ (23,8%). Tan sólo el 10,5% considera que no hay aspectos positivos de vivir en la calle.

Cuadro 8
Aspectos positivos por tramo de edad
(porcentaje de personas que consigna cada aspecto)

Para los jóvenes, los dos aspectos positivos más importantes son ‘libertad de acción’ y ‘contar con amigos’. Para los adultos mayores de 60 años, ‘recibir ayuda’ y ‘recibir alimentos’.

	Menores de 18 años %	18-29 años %	30-59 años %	60 años y más %
Libertad de acción	45,0	37,0	30,7	26,1
Recibir ayuda	17,8	17,0	22,8	37,0
Recibir alimentos	18,1	11,0	16,3	32,9
Contar con amigos	31,6	17,1	17,4	18,0
Recibir cariño y apoyo	19,9	11,8	15,9	23,8
Conocer gente	16,4	14,6	11,7	13,2
Superarse	9,4	14,4	12,2	8,8
Acceder a salud	5,8	3,6	6,4	16,9
Otra	5,3	4,2	3,8	3,9
Ninguna	14,0	19,0	20,3	10,5
No sabe	4,1	3,0	3,1	6,7

Fuente: MIDEPLAN, División Social

Al desglosar los aspectos negativos por tramos de edad (cuadro 9), se puede observar las siguientes diferencias entre los grupos. Para los niños/as y adolescentes (menores de 18 años), los cuatro aspectos negativos más relevantes son: la ‘inseguridad’ (39,8%), categoría que presenta el mayor porcentaje en relación a los otros tramos de edad; las ‘malas condiciones de vida’ (33,9%); los ‘problemas con el alcohol/drogas’ (24%); categoría que obtiene el valor más alto en relación a los otros tramos de edad; y la ‘falta de alimentos’ (22,8%). Cabe destacar que el 12,6% de este tramo dice que ‘no hay aspectos negativos’ de vivir en la calle.



Para los jóvenes (de 18 a 29 años) y el tramo reagrupado de adulto joven y adulto (de 30 a 59 años), los principales aspectos negativos son similares en orden, pero diferentes en magnitud: las ‘malas condiciones de vida’ (36,5% y 33,9% respectivamente), la sensación de ‘inseguridad’ (29,5% y 26,5%), la ‘desesperanza’ o sensación de falta de apoyo (23,2% en ambos tramos), categoría que presenta el mayor porcentaje en relación a los otros tramos de edad, y la ‘falta de alimento’ (20,2% y 18,6%). Cabe destacar que el 10,5% del tramo 18 a 29 años, dice que ‘no hay aspectos negativos’ de vivir en la calle, siendo el valor más bajo observado en relación a los otros tramos. Por el contrario, el 15,8% del tramo de 30 a 59 años

sostiene la misma posición, con la diferencia de que es el segundo porcentaje más alto (tras los adultos mayores).

Finalmente, en los adultos mayores (60 años y más) cambian las prioridades de los cuatro aspectos negativos. Como dato a destacar está el 33,4% de personas de este tramo que considera que ‘no hay aspectos negativos’ de vivir en la calle, siendo el valor más alto de la serie. Dentro de las menciones sobre aspectos concretos, se observa como segunda opción la ‘desesperanza’ (17%), las ‘malas condiciones de vida’ (15,7%), la ‘inseguridad’ (13%), y los ‘problemas de salud’ (11,1%), siendo claramente el valor más alto comparado con los otros tramos etarios.

Cuadro 9
Aspectos negativos por tramo de edad
(porcentaje de personas que consigna cada aspecto)

	Menores de 18 años %	18-29 años %	30-59 años %	60 años y más %
Malas condiciones de clima	33,9	36,5	33,9	15,7
Inseguridad	39,8	29,5	26,5	13,0
Desesperanza	12,3	23,2	23,2	17,0
Falta de alimentos	22,8	20,2	18,6	8,6
Problemas con alcohol/drogas	24,0	18,2	18,2	6,7
Desconfianza en la gente	10,9	15,6	13,3	10,0
Problemas de salud	9,4	8,9	10,9	11,1
Sufrir abusos	15,8	7,8	5,7	2,9
Otra	5,6	4,5	5,0	4,3
Ninguno	12,6	10,5	15,8	33,4
No sabe	9,1	3,2	3,8	9,0

Fuente: MIDEPLAN, División Social



Para los menores de 18 años, los dos aspectos negativos más relevantes son la ‘inseguridad’ y las ‘malas condiciones de vida’. Para los adultos mayores, la ‘desesperanza’ y las ‘malas condiciones de vida’.

3. Educación y salud

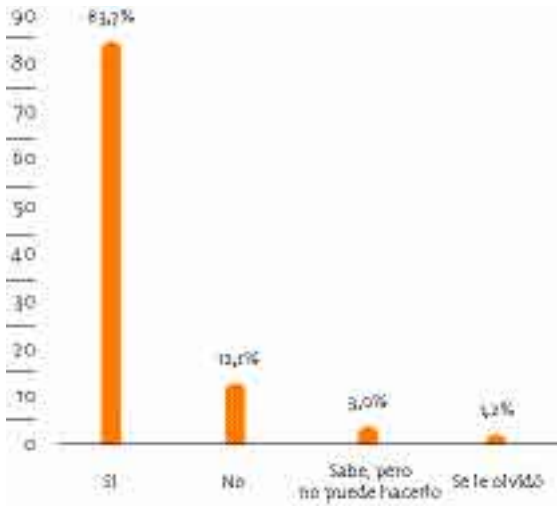
En esta sección se presenta la situación educacional de las personas en situación de calle, en función de sus competencias básicas (leer/escribir), el nivel educacional alcanzado y la asistencia a un establecimiento educacional por parte de la población menor de 25 años. Luego, se caracteriza a las personas según su estado de salud, identificando los principales problemas asociados a la población en situación de calle.

Un 83,7% de los entrevistados mayores de 12 años declaró que sabe leer, mientras que un 12,1% declaró no saber leer, un 3,0% dijo que sabe pero no puede hacerlo, y un 1,2% señala que se le olvidó. En total, la proporción de entrevistados que no saben leer, no pueden hacerlo o se les olvidó, alcanza a un 16,3%.

Un 83,7% de los entrevistados mayores de 12 años declaró que sabe leer. Un 84,5% de los hombres y un 78,9% de las mujeres.

Gráfico 15

Personas en situación de calle según si saben leer



Nota: Porcentaje sobre la población mayor o igual a 12 años de edad
Fuente: MIDEPLAN, División Social

En el cuadro 10 se observa que la proporción de hombres que saben leer (84,5%) es mayor que la de mujeres (78,9%). Sin embargo, en los niños y jóvenes la situación es inversa, ya que la proporción de mujeres que saben leer supera a la de hombres.

Se observa también que la cantidad de personas que saben leer disminuye con la edad, alcanzándose el mínimo en la población mayor de 60 años y más, en que la proporción que sabe leer es sólo un 77,3%. Asimismo, la diferencia entre hombres y mujeres va aumentando según el tramo de edad, alcanzándose la mayor diferencia en la población sobre 60 años (79,4% en los hombres versus 64,3% en las mujeres).



“A veces los vecinos me traen de la casa almuerzo. Por ejemplo, el otro día me llegaron cuatro almuerzos de cuatro casas, tuve que recibirlo y compartirlo, porque hay muchos que lo botan, no lo comparten, y eso me lo guardan ahí en el taller donde pelo cable y después me lo calientan”.





Cuadro 10
Porcentaje de personas en situación de calle que saben leer por sexo según edad

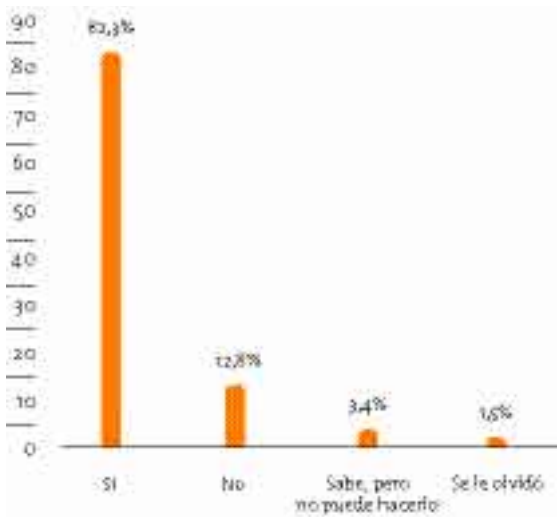
	Hombres %	Mujeres %	Total %
12-17 años	85,5	94,9	88,0
18-29 años	87,9	88,5	88,0
30-44 años	86,9	82,1	86,2
45-59 años	85,5	77,0	84,6
60 años y más	79,4	64,3	77,3
Total	84,5	78,9	83,7

Fuente: MIDEPLAN, División Social

En relación a la pregunta de si saben escribir, la situación es similar. Un 82,3% de los entrevistados declaró que sabe escribir, mientras que un 12,8% declaró no saber escribir, un 3,4% que sabe pero no puede hacerlo y un 1,5% que se le olvidó. En total, la proporción de entrevistados que no saben escribir, no pueden hacerlo o se les olvidó alcanza a un 17,7%.

Un 82,3% de los entrevistados declaró que sabe escribir. Un 83,0% de los hombres y un 78,3% de las mujeres.

Gráfico 16
Personas en situación de calle según si saben escribir



Nota: Porcentaje sobre la población mayor o igual a 12 años de edad
Fuente: MIDEPLAN, División Social

Según el cuadro 11, la proporción de hombres que saben escribir (83%) es mayor que la proporción de mujeres (78,3%). Esta diferencia es más grande en la población mayor de 60 años, en que el porcentaje de hombres que saben escribir supera en trece puntos porcentuales a las mujeres. Sin embargo, tal como ocurre con la lectura, esta diferencia se va reduciendo en los tramos de menor edad, e incluso, en los niños y jóvenes, la proporción de mujeres que saben escribir supera a la de los hombres.

Se observa también que la cantidad de personas que saben escribir disminuye con la edad, alcanzándose el mínimo en la población mayor de 60 años, en que la proporción es sólo de 75,3%.

Un 82,3% de los entrevistados declaró que sabe escribir. Un 83,0% de los hombres y un 78,3% de las mujeres.

Cuadro 11

Porcentaje de personas en situación de calle que saben escribir por sexo según edad

	Hombres	Mujeres	Total
12-17 años	85,5	93,7	87,7
18-29 años	87,8	88,5	88,0
30-44 años	84,8	80,3	84,1
45-59 años	84,2	77,0	83,4
60 años y más	77,2	64,1	75,3
Total	83,0	78,3	82,3

Fuente: MIDEPLAN, División Social

La información obtenida con respecto al último nivel educacional alcanzado muestra que una proporción muy importante de esta población (40,9%) no completó la enseñanza básica. Si a esto se suma un 7,5% que declaró no haber estudiado, tenemos que prácticamente la mitad de las personas en situación de calle no tiene enseñanza básica completa.

En el resto de la población, un 14% completó la enseñanza básica, un 19% tiene enseñanza media incompleta y un 12,9% enseñanza media completa. Por otra parte, porcentajes mucho más bajos declararon como último nivel educacional alcanzado la educación superior incompleta y completa (3,7% y 2,0% respectivamente).

Prácticamente la mitad de las personas en situación de calle no tiene enseñanza básica completa.

Cuadro 12

Personas en situación de calle por último nivel educacional alcanzado, según sexo

	Hombres %	Mujeres %	Total %
Educación Básica (ex preparatoria) incompleta	40,3	44,9	40,9
Educación Básica (ex preparatoria) completa	14,1	13,3	14,0
Educación Media (ex humanidades - técnica) incompleta	18,9	19,3	19,0
Educación Media (ex humanidades - técnica) completa	13,9	7,4	12,9
Educación Superior (Universitaria/ téc-prof) incompleta	3,7	3,2	3,7
Educación Superior (Universitaria/ téc-prof) completa	2,1	1,2	2,0
No estudió	7,0	10,7	7,5
Total	100	100	100

Fuente: MIDEPLAN, División Social





12. En los problemas para ver, hablar, oír, psiquiátricos y físicos están agrupados tanto las personas con problemas como con deficiencias. Sin embargo, hay que tener claro que las deficiencias se entienden como la pérdida o deterioro permanente en algún órgano del cuerpo relacionado con la función mental (comprender, aprender, evitar riesgos, identificar personas o situaciones, etc.), la función sensorial (ojo, oído, habla) o la función anatómica (caminar, manipular objetos, etc.). En general, del total de personas que indican tener problemas en alguna categoría, las deficiencias son un grupo pequeño de los casos.

En la población entre 6 y 25 años que no ha terminado la enseñanza media sólo un 27,9% asiste actualmente a un establecimiento educacional. Esta tasa de asistencia es más alta en las mujeres que en los hombres (36,1% versus 25,1%).

En los menores de 15 años la tasa de asistencia supera levemente el 50%, es decir que la mitad de los niños asiste actualmente a un establecimiento educacional. Sin embargo, entre los jóvenes de 15 a 25 años que no han terminado la enseñanza media, la tasa de asistencia es significativamente menor: 18,4%. Es decir, sólo 1 de cada 5 jóvenes asiste actualmente a un establecimiento educacional.

Estas bajas tasas de asistencia a un establecimiento educacional muestran que los bajos niveles de escolaridad de la población en situación de calle no son sólo una característica exclusiva de la población mayor, sino que también son una realidad en los niños y jóvenes que viven en esta situación.

En relación a la percepción del estado de salud, los problemas mencionados con mayor frecuencia son los problemas dentales (35,3% de la población en situación de calle), los problemas con el alcohol (32,6%), los problemas o deficiencias¹² para ver (32,2%) y los problemas de huesos (21,4%).

Los problemas con el alcohol o de tabaquismo son más mencionados por los hombres. En las mujeres, los problemas nerviosos o mentales.

Por sexo se observan algunas diferencias importantes de destacar. Los problemas con el alcohol o de tabaquismo son más fuertes dentro de los hombres que en las mujeres. En cambio, los problemas nerviosos o mentales son significativamente mayores dentro de la población femenina.

Cuadro 13
Problemas de salud de las personas en situación de calle por sexo
(porcentaje de personas que consigna cada aspecto)



	Hombres %	Mujeres %	Total %
Problemas dentales	35,0	37,5	35,3
Problemas con el alcohol	35,8	14,5	32,6
Problemas o deficiencias para ver ^{a/}	32,0	33,4	32,2
Problemas de los huesos (artritis, reumatismo)	20,9	24,3	21,4
Problemas para caminar o moverse o deficiencia física ^{a/}	19,9	18,0	19,6
Problemas de tabaquismo / cigarrillos	20,3	13,9	19,3
Problemas nerviosos (psicológicos)	15,1	24,2	16,4
Problemas respiratorios	14,9	16,0	15,0
Otro problema	13,8	14,3	13,9
Problemas o deficiencias para oír ^{a/}	12,7	15,9	13,1
Problemas o deficiencias mentales/psiquiátricos ^{a/}	11,2	21,3	12,7
Ningún problema	12,0	14,5	12,4
Problemas con drogas	9,7	9,0	9,6
Problemas o deficiencias para hablar ^{a/}	6,4	7,8	6,6

a/ Están agrupados en una misma categoría los problemas y las deficiencias
Fuente: MIDEPLAN, División Social

Al desagregar los problemas de salud de las personas en situación de calle según tramo etario, resaltan en el caso de los jóvenes menores de 29 años aquellos asociados a las drogas. Para las personas entre 30 y 59 años destacan los problemas con el alcohol. Los mayores de 60 años mencionan mayoritariamente dificultades de salud vinculadas a problemas o deficiencias para ver (48,9%), problemas dentales (44,5%), problemas de huesos (32,5%) y problemas asociados a caminar o moverse (36,8%).

Los menores de 29 años declaran problemas de salud asociados a las drogas. Para las personas entre 30 y 59 años destacan los problemas con el alcohol. Los mayores de 60 años mencionan mayoritariamente deficiencias para ver, problemas dentales, artritis, reumatismo y problemas asociados a caminar o moverse.

Cuadro 14
Problemas de salud de las personas en situación de calle según grupo de edad
(porcentaje de personas que consigna cada aspecto)

	Menores de 18 años	18-29 años	30-44 años	45-59 años	60 años y más
Problemas dentales	25,7	21,1	33,8	37,8	44,5
Problemas con el alcohol	14,6	24,5	40,5	41,5	23,5
Problemas o deficiencias para ver	16,4	14,7	22,0	38,3	48,9
Problemas de los huesos (artritis, reumatismo)	8,8	11,7	16,8	23,2	32,5
Problemas para caminar o moverse o deficiencia física	3,8	5,8	11,8	20,5	36,8
Problemas de tabaquismo / cigarrillos	27,8	23,8	23,4	19,7	12,5
Problemas nerviosos (psicológicos)	17,5	17,9	20,5	15,7	13,4
Problemas respiratorios	14,6	9,6	15,2	16,1	17,5
Problemas o deficiencias para oír	5,8	4,4	8,5	12,8	23,8
Problemas o deficiencias mentales/psiquiátricos	7,9	9,5	12,2	14,0	13,6
Ningún problema	24,9	25,7	13,3	9,0	5,7
Problemas con drogas	32,2	24,2	13,6	3,4	0,7
Problemas o deficiencias para hablar	5,6	4,7	5,7	5,7	9,6
Otro problema	5,8	10,8	12,1	15,2	18,1

Fuente: MIDEPLAN, División Social



4. Estrategias de subsistencia

En esta sección se identifican algunos mecanismos que desarrollan las personas en situación de calle para asegurar su subsistencia, identificando, entre otros aspectos, la utilización de redes de ayuda y las actividades y/o trabajos que realizan para obtener recursos económicos u otros beneficios.

Para solicitar ayuda, las personas en situación de calle recurren con mayor frecuencia a instituciones de beneficencia como el Hogar de Cristo, Nuestra Casa y el Ejército de Salvación. Cerca del 40% de las personas declara que en el último mes ha recurrido a este tipo de instituciones. Otras instituciones a las que las personas en situación de calle acuden por ayuda son los consultorios (26,9%), hospitales (22%), iglesias o templos (14,6%) y municipalidades (11,9%).

También se observa que 1 de cada 4 personas en situación de calle declara que durante el último mes no ha solicitado ayuda. Este porcentaje es más alto dentro de los jóvenes de 18 a 29 años y va disminuyendo para los grupos de mayor edad. En los adultos (45 a 59) y adultos mayores se observa que recurren con mayor frecuencia a las instituciones de beneficencia, consultorios y hospitales. Los adultos entre 30 y 44 también acuden a instituciones de beneficencia, consultorios y hospitales, aunque en menor proporción que la población de mayor edad. En este grupo se destaca una mayor proporción de la población que solicita ayuda en iglesias y en las municipalidades. En los niños menores de 18 años, si bien las instituciones de beneficencia y los consultorios, son los lugares donde más acuden, se observa una gran cantidad que es derivado a los Centros de Tránsito y Distribución (CTD) del SENAME.



Las personas en situación de calle recurren con mayor frecuencia a instituciones de beneficencia como el Hogar de Cristo, Nuestra Casa y el Ejército de Salvación. No obstante, 1 de cada 4 personas en situación de calle declara que durante el último mes no ha solicitado ayuda.

119



Cuadro 15
Personas en situación de calle por tramo de edad según institución a la que recurren para pedir ayuda
(porcentaje de personas que consigna cada aspecto)

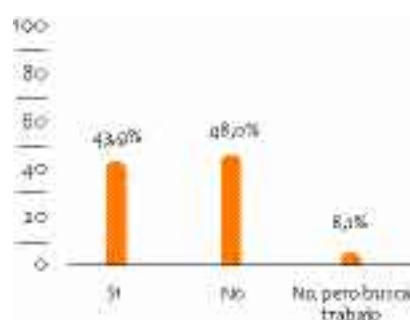
	Menores de 18 años %	18-29 años %	30-44 años %	45-59 años %	60 años y más %	Total %
Institución de Beneficencia	30,3	34,9	38,9	39,2	43,2	39,2
Consultorio	23,2	18,8	24,9	26,7	33,7	26,9
Hospital	15,0	14,8	20,9	25,3	24,6	22,0
Iglesia	9,6	16,5	16,3	17,6	9,9	14,6
Municipalidad	9,2	13,2	14,5	13,0	8,0	11,9
Escuela	8,6	2,3	3,2	2,3	1,3	2,7
Internado u Hogar SENAME	15,6	2,8	1,8	1,7	0,8	2,4
CTD	10,2	1,8	1,3	1,6	0,8	1,8
Otro	10,2	7,2	6,6	7,4	5,0	6,7
No ha solicitado ayuda	25,5	30,8	26,6	21,4	19,6	23,8

Fuente: MIDEPLAN, División Social

En relación a la atención que reciben de las distintas instituciones, se destacan las instituciones de beneficencia, en que el 74% de las personas que responde indica que siempre o casi siempre ha recibido la atención esperada. Luego son los consultorios, iglesias y hospitales los que muestran una mejor percepción por parte de los usuarios, ya que sobre el 50% declara que siempre o casi siempre ha recibido la atención esperada. En el resto de las instituciones, un menor porcentaje de personas declara que siempre o casi siempre ha recibido la atención esperada, y por lo tanto se observa un mayor porcentaje de personas que declara que nunca o casi nunca recibe la atención esperada.

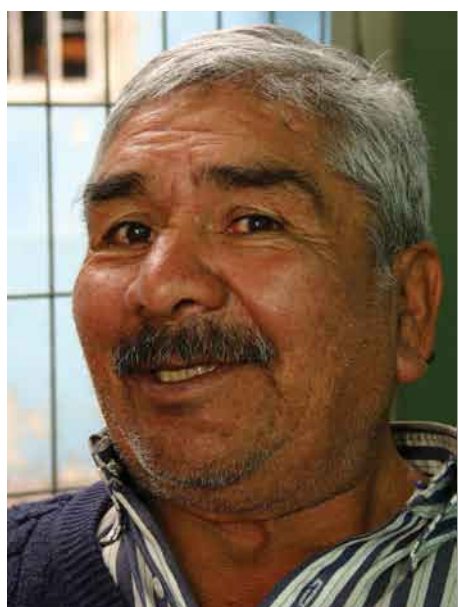
Dentro de las estrategias de subsistencia, un elemento importante lo constituyen el dinero u otros beneficios que puedan obtener las personas como retribución por las labores que realizan. Según el gráfico 18, el 43,9% de las personas en situación de calle declara tener actualmente alguna actividad o trabajo por el cual reciben dinero u otro beneficio. El 56,1% restante declara que no está realizando actividad o trabajo, y sólo un 8,1% declara estar buscando un trabajo.

Gráfico 17

Personas en situación de calle por actividad o trabajo

El 43,9% de las personas en situación de calle declara tener actualmente alguna 'actividad o trabajo' por el cual recibe dinero u otro beneficio.

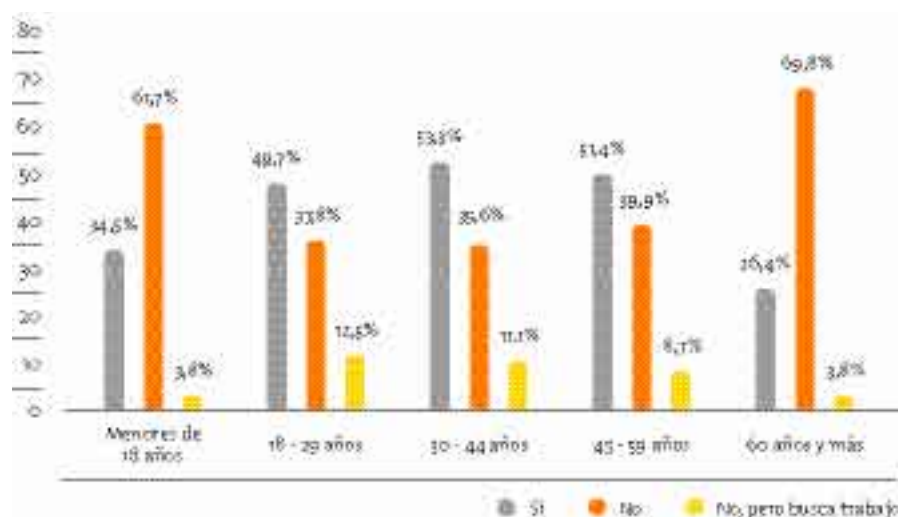
Fuente: MIDEPLAN, División Social



La mayor concentración relativa de personas con trabajo o actividad retribuida se observa en el grupo de 30 a 44 años de edad. En los grupos de 45 a 59 años y de 18 a 29 años también se observan importantes tasas de personas con trabajo (alrededor del 50%). En este último grupo, es donde se observa la mayor cantidad relativa de personas que declara estar buscando trabajo (12,5%).

Por otro lado, en los menores de 18 años y en los adultos de más de 60 años hay menores tasas de personas con trabajo o actividad retribuida, observándose las mayores proporciones de personas que no están trabajando ni buscando trabajo (61,7% y 69,8% respectivamente).

Gráfico 18

Personas en situación de calle por actividad o trabajo según tramo de edad

Fuente: MIDEPLAN, División Social

En relación al género, se observa una mayor cantidad relativa de hombres que mujeres que declara estar trabajando o tener una actividad por la cual recibe dinero u otro beneficio (45,7% versus 33,2%).

Según el lugar donde duermen, en la calle se observa una mayor proporción de personas con trabajo u otra actividad, en relación a lo que se observa en la población que duerme en hospederías. Sin embargo, hay que recordar que existen diferencias de edad y sexo entre la población de calle y hospederías, que podrían ser la razón de una mayor concentración de personas con trabajo en la calle.

Gráfico 19

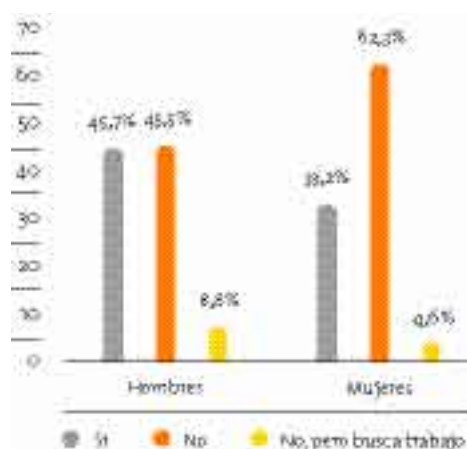
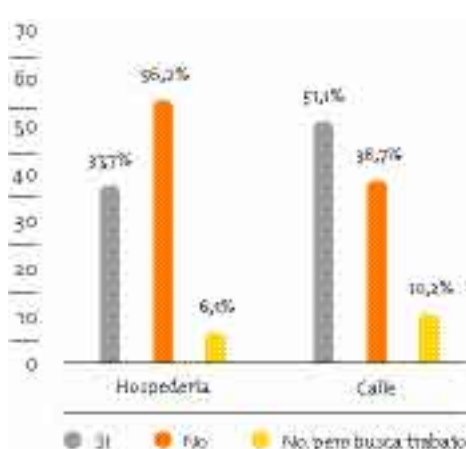
Personas en situación de calle por actividad o trabajo según sexo

Gráfico 20

Personas en situación de calle por actividad o trabajo según lugar donde duerme

Fuente: MIDEPLAN, División Social



La población que declara no tener trabajo o actividad por la cual reciba dinero u otro beneficio se encuentra en esta situación, en promedio, por más de cinco años.







La población que declara no tener trabajo o actividad por la cual reciba dinero u otro beneficio se encuentra en esta situación, en promedio, por más de cinco años. Esto muestra que la situación de inactividad en muchas personas de calle constituye una situación persistente en el tiempo.

Dentro la población en situación de calle que sí declara tener trabajo o actividad, se observa una gran diversidad de actividades. Sin embargo, todas éstas constituyen actividades de carácter informal muy relacionadas con la inestabilidad laboral y económica propia de la situación de calle, tal como lo muestra el cuadro 16. Cabe preguntarse si estas actividades y trabajos son consecuencia de la vida en la calle o, por el contrario, son parte de las causas que determinan que gente termine viviendo en esa situación.

Las actividades más mencionadas son comercio ambulante, cuidado de autos, obrero, macheteo o limosna, y cargador o pioneta. Dentro de los hombres estas actividades son las más frecuentes; sin embargo, en las mujeres se observan algunas diferencias. Las actividades de macheteo y cartonero son más frecuentes en las mujeres, mientras que trabajos asociados a mayor fuerza física como obrero y cargador o pioneta son mucho menos frecuentes en las mujeres que en los hombres. También se observa que trabajos como servicios de aseo o servicio doméstico son más frecuentes en las mujeres.

Los trabajos de vendedor ambulante y cuidador de autos son independientes de la edad, ya que están dentro de los más mencionados en todos los tramos etarios. Sin embargo, existen algunas diferencias por edad, ya que el macheteo y ser artista callejero son mucho más frecuentes en los niños y jóvenes (hasta los 29 años) que en el resto de la población, mientras que cartonero y dedicarse a trabajos de jardinería son más frecuentes en los adultos y adultos mayores.

Cuadro 16

Actividad o trabajo que realizan las personas en situación de calle por sexo
(porcentaje de personas que consigna cada aspecto)

	Hombres %	Mujeres %	Total de grupo %
Vendedor ambulante	15,9	24,7	16,9
Cuidador de autos	15,2	8,7	14,5
Obrero	14,3	0,4	12,8
Macheteo	9,5	14,1	10,0
Cargador	9,9	1,1	8,9
Cartonero	7,4	12,2	7,9
Temporero	5,0	3,0	4,8
Jardinería	4,5	1,1	4,1
Empleado	3,8	3,8	3,8
Servicio de Aseo	3,5	6,1	3,7
Recolector	2,7	3,4	2,8
Artista callejero	2,3	1,9	2,3
Servicio Doméstico	1,4	7,6	2,0
Feria o Vega	1,7	1,1	1,6
En restaurante	1,5	2,3	1,6
Pesca	1,4	-	1,3
Pololos varios	1,2	1,1	1,2
Artesanía	1,3	0,4	1,2
Mecánico	1,3	-	1,1
Junior	1,2	0,4	1,1
Otro	13,6	19,8	14,2

Fuente: MIDEPLAN, División Social

Las principales fuentes de ingreso de las personas en situación de calle son el trabajo (27,2%) y el macheteo o limosna (17,0%). Consistente con el hecho de que una mayor cantidad relativa de hombres declara tener trabajo, se puede observar que la proporción de hombres que declara percibir ingresos por trabajo duplica a la proporción de mujeres.

Con respecto a otras fuentes de ingreso asociadas a ciertos grupos de la población, se observa que un 5,1% declaró percibir ingresos por jubilación, un 11,6% por PASIS de vejez, un 9,0% por PASIS de invalidez y un 1,4% por Subsidio Único Familiar (SUF).

Se destaca también que un 24,9%, es decir 1 de cada 4 personas, declara no haber recibido dinero en el último mes.

Entre los menores de 18 años, muchos declaran el macheteo o limosna como la fuente de ingresos. Sin embargo, también hay un porcentaje que declara que recibe dinero por otro medio, lo que en varios casos corresponde a robos de distinto tipo.

Finalmente, en los jóvenes (18 a 29 años) el macheteo también es importante, aunque la mayor cantidad declara el trabajo como fuente de ingreso, al igual que el resto de la población adulta.

Las principales actividades o trabajos que realizan las personas en situación de calle son comercio ambulante, cuidado de autos, obrero, macheteo o limosna, y cargador o pioneta.



Cuadro 17
Personas en situación de calle por fuente de ingreso por sexo

	Hombres %	Mujeres %	Total %
Ha recibido dinero por Jubilación	5,4	3,9	5,1
Ha recibido dinero por Pensión de Vejez – PASIS	10,6	17,0	11,6
Ha recibido dinero por Pensión de Invalidez – PASIS	8,0	14,7	9,0
Ha recibido dinero por Subsidio Único Familiar - SUF	0,3	7,3	1,4
Ha recibido dinero por Trabajo	29,4	14,9	27,2
Ha recibido dinero por Macheteo o Limosna	17,3	15,7	17,0
Ha recibido dinero por otro medio	11,5	12,4	11,6
No ha recibido dinero	25,0	24,3	24,9

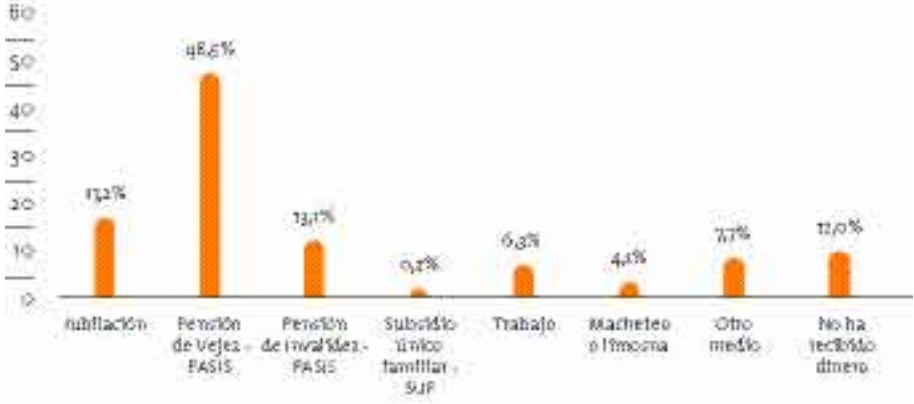
Fuente: MIDEPLAN, División Social

Las principales fuentes de ingresos de las personas en situación de calle son el ‘trabajo’ y el ‘macheteo o limosna’.

Una diferencia importante se observa en los adultos mayores de 65 años, en que para muchos las PASIS son la principal fuente de ingresos. En este grupo de personas en situación de calle el 61,6% mencionó recibir dinero por Pensión de Vejez o Invalidez (PASIS), mientras que el 17,2% señala recibir dinero por una jubilación. Sólo un 4,1% de los entrevistados mencionó recibir ingresos por macheteo y limosna.

126

Gráfico 21
Personas en situación de calle de 65 años y más por fuente de ingresos



La Pensión Asistencial (PASIS) y la jubilación son las principales fuentes de ingresos para los adultos mayores de 65 años.

Fuente: MIDEPLAN, División Social



“Muchas veces hay gente que llega en auto y ‘dicen ‘éstos son ladrones sinvergüenzas’, a veces en la calle uno se siente mal porque nos tratan como lo peor, un día paré a uno de los caballeros que llegaron ahí y me dijeron ustedes deben ser los lanzas del Hogar, por eso los echaron pa’ afuera... Yo le dije: ‘no, usted está súper equivocado, usted vea la realidad primero y después piense lo que quiera’”.



5. Tipología y comentario final

Un aspecto importante para recordar y destacar es que la definición utilizada en este Catastro permite identificar tres grupos concretos de personas en situación de calle. El primero, referido a aquellos que se ‘hallen pernoctando en lugares públicos o privados, sin contar con una infraestructura tal que pueda ser caracterizada como vivienda aunque la misma sea precaria’. El segundo, referido a personas que ‘por carecer de alojamiento fijo, regular y adecuado para pasar la noche, encuentran residencia nocturna, pagando o no por este servicio, en alojamientos dirigidos por entidades públicas, privadas o particulares y que brindan albergue temporal’. Finalmente, el tercer grupo lo componen las personas que ‘por encontrarse sin hogar o residencia, y sin apoyo de familiares u otros significativos, dependen de programas sociales que ofrecen residencia permanente o por periodos importantes, con apoyo bio-psico-social. El acceso a estos programas implica una evaluación previa de la situación de estas personas, y generalmente son derivados de otros servicios’.

De tal forma, por definición pareciera que las personas que viven en ‘calle’ (comprendidas como aquellas que viven en sitios eriazos, vía pública y caleta) tienden a estar bastante más desprotegidas que las personas que viven en hospederías (residencias u hogares, entre otros), puesto que éstas tienen acceso a algún tipo de asistencia, apoyo psico-bio-social, o simplemente cuentan con una residencia (lugar donde llegar) que cumple a lo menos con las condiciones de resguardo básicas.

Considerando lo anterior, se ha realizado el cruce de dos variables relevantes para la caracterización de la población en situación de calle, en base a tres tipología o grupos. La primera refiere a ‘donde duerme habitualmente’ y la segunda a ‘tramos de edad’ (reagrupada). Estas variables permiten analizar de forma más fina a la población en situación de calle, puesto que permiten observar si existen o no diferencias entre los grupos obtenidos. Por un lado, la variable ‘edad’ es central para la caracterización de la población, puesto que nos permite ver las problemáticas centrales en los diferentes tramos etarios.

Durante el desarrollo del documento se ha observado grandes diferencias entre la población más joven y la de mayor edad. Por ello, la construcción de una tipología en base a este criterio es central. Por último, como se ha descrito anteriormente, no es lo mismo la vida en ‘calle’ que en ‘hospederías’. Si bien ambas son parte constitutiva de lo que se entiende por personas en situación de calle, los niveles de apoyo, condiciones de precariedad, ayuda y acceso a servicios es diferencial.



Cuadro 18
Lugar donde duerme habitualmente por tramo de edad
(porcentaje sobre el total)

Tramos de edad	Lugar donde duerme habitualmente a/		
	Hospedería	Calle	Total
Grupo I < de 29 años	317 6,2%	530 10,3%	847 16,5%
Grupo II 30 a 59 años	1.268 24,7%	1.599 31,1%	2.867 55,8%
Grupo III > 60 años	1.247 24,3%	175 3,4%	1.422 27,7%
Total	2.832 55,1%	2.304 44,9%	5.136 100,0%

a/ Si bien el total de la población en situación de calle es de 7.254 personas, debido al cruce realizado se logró un universo de 5.136 casos válidos, lo que corresponde al 70,8% del total de la población en situación de calle.
Fuente: MIDEPLAN, División Social

Del cruce de ambas variables se obtuvo la siguiente caracterización de los grupos (cuadro 18). El Grupo I, correspondiente a los ‘niños y jóvenes’ (< de 29 años), representa al 16,5% del total de casos (847 personas). Este grupo duerme mayoritariamente en la ‘calle’ (62,6%), mientras que el porcentaje restante (37,4%) lo hace en ‘hospederías’. El 76,4% de este tramo son hombres y el 23,6% mujeres; el 29,2% dice vivir solo y el 55,2% no tiene actividad o trabajo. Con respecto a la ‘disponibilidad de ingresos’, un 24,9% dice ‘no haber recibido dinero’ durante el mes pasado, aunque se observa que la fuente principal de ingresos es la realización de algún ‘trabajo o actividad’ (31,6%) y el ‘macheteo o limosna’ (30,1%). También destaca un 16,1% que consigna ‘otro medio’ para la obtención de ingresos, dato que podría incluir el robo / hurto. En relación al ‘tiempo en calle’, se puede afirmar que este grupo tiene una ‘baja intensidad’, puesto que el 42,8% lleva menos de 1 año, mientras que el 34,7% lleva entre 1 y 5 años (mediana intensidad) y finalmente, el 22,5% lleva más de 5 años (alta intensidad). Por último, las tres principales razones de ‘por qué está en situación de calle’ son: ‘problemas en la familia’ (48,1%), ‘consumo de droga’ (18,5%) y ‘problemas económicos’ junto con ‘decisión propia (ambos 18%)’.

El Grupo II, correspondiente a los ‘adultos’ (30 a 59 años), representan al 55,8% del total de casos (2.867 personas), siendo el grupo que caracteriza a mayor cantidad de personas. En este grupo, a diferencia del grupo anterior, la situación de calle tiende a equipararse entre las personas que duermen habitualmente en ‘calle’ (55,8%) y las que duermen en ‘hospederías’ (44,2%). Otra diferencia observada es que, con respecto a la distribución de la población según género, en este grupo aumenta la población masculina (87,4%) frente a la femenina (12,6%); aumenta considerablemente la población que dice vivir sola (57,9%) y disminuye (en relación al Grupo I) a 47,6% las personas que no tienen actividad o trabajo. Con respecto a la ‘disponibilidad de ingresos’, un 28,6% dice ‘no haber recibido dinero’ durante el mes pasado, siendo el valor más alto en los tres tramos de edad. Sin embargo, se

observa un aumento con respecto al Grupo I anterior, en la fuente de ingresos ‘trabajo o actividad’ (con un 34,7%, caracterizada por actividades como ‘vendedor’, ‘cuidador de autos’ y ‘obreros’). Por el contrario, baja la categoría ‘macheteo o limosna’ (19,3%). En relación al ‘tiempo en calle’, se puede afirmar que este grupo tiene una ‘alta y mediana intensidad’ de su situación de calle: el 38,2% lleva más de 5 años (alta intensidad), mientras que el 33,2% lleva entre 1 y 5 años (mediana intensidad) y finalmente, el 28,6% lleva menos de 1 año (baja intensidad). Por último, las tres principales razones de ‘por qué está en situación de calle’ son: ‘problemas en la familia’ (baja su incidencia a 39,8%), ubicándose en segunda posición los ‘problemas económicos’ (24%), y ‘consumo de alcohol’ (21,2%). Esta estructura de razones difiere en intensidad y orden con respecto al Grupo I anterior.

El Grupo III, correspondiente a los ‘adultos’ mayores (60 y más años), representa al 27,7% del total de casos (1.422 personas), constituyéndose en el segundo grupo en importancia relativa. En este grupo aumenta fuertemente la tendencia a dormir habitualmente en ‘hospederías’ (87,7%), mientras que las personas que duermen en ‘calle’ caen en relación a los Grupos I y II (12,3%). Un aspecto similar de los ‘adultos’, con el Grupo II es, nuevamente, la fuerte concentración de población masculina versus femenina (85,2% y 14,8% respectivamente). También se mantiene la tendencia de la población que dice vivir sola (53,9%) y se observa el valor más alto entre los grupos de las personas que no tiene actividad o trabajo (73,6%). Con respecto a la ‘disponibilidad de ingresos’, un 17,3% dice ‘no haber recibido dinero’, aunque se observa que un importante porcentaje de personas reciben Pensiones Asistenciales PASIS (en promedio, sobre \$38.200 mensuales): un 38% recibe PASIS de vejez y un 13,2% PASIS de invalidez. Un 10,9% dice recibir dinero por alguna ‘actividad o trabajo’ (principalmente actividades como ‘vendedor’, ‘obrero’, ‘cuidador de autos’ y cartonero). En relación al ‘tiempo en calle’, se puede afirmar que este grupo modifica la tendencia en relación a





los grupos anteriores: 41,4% lleva entre 1 y 5 años (mediana intensidad), el 37,6% lleva más de 5 años (alta intensidad) y, finalmente, el 21% lleva menos de 1 año (baja intensidad). Por último, las tres principales razones de 'por qué está en situación de calle' son: 'problemas económicos' (29,9%), con el valor más alto entre los grupos; 'problemas en la familia' (baja su incidencia a 28,9%), se ubica en tercera posición los 'problemas de salud' (28,5%), y muy cerca se encuentra la razón de 'no tiene casa u hogar donde llegar' (27%). Esta estructura de razones difiere en intensidad y orden con respecto a los Grupos I y II.

Según los datos anteriores, es posible identificar y caracterizar a la población en situación de calle en tres grupos concretos que muestran diferencias importantes en su proporción general sobre el total de la población: los adultos (30 a 59) años constituyen el grupo más grande, seguidos por los adultos mayores y los niños/as y jóvenes. A la vez, se observan grandes diferencias por género, por la presencia o ausencia de tipos de lazos sociales, y por las estrategias de subsistencia en base tener o no una actividad o trabajo, como el tipo de actividad principal y la disponibilidad o no de ingresos mensuales.

A la vez, también se observó que cada grupo presenta una 'intensidad temporal' diferencial de su situación de calle: los 'jóvenes' llevan en promedio menos de 1 año en calle; los 'adultos' muestran una alta intensidad (más de 5 años), y los adultos mayores una situación de desvinculación mayor (combinación más alta entre mediana y alta intensidad). Finalmente, fue posible observar que los motivos o razones de por qué está en situación de calle tienden a diferenciarse. Sin embargo, los 'problemas en la familia' y 'económicos' aparecen como un aspecto estructural en los tres grupos.

Lo anterior motiva a desarrollar un conjunto de acciones que permitan un mejoramiento de las condiciones de vida de las personas en situación de calle, puesto que es ineludible, desde un punto de vista ético y social, ampliar mecanismos públicos de protección social a los sectores de población más necesitados. El Gobierno ya ha tenido éxitos en materia de desarrollo de un sistema de protección social extensivo a las familias en extrema pobreza (Sistema Chile Solidario), y hoy surge un nuevo desafío: cómo incorporar a esta población a la red de protección y generar propuestas programáticas pertinentes a sus necesidades.



“La primera vez que me fui a conseguir un trabajo no me lo dieron porque tenía antecedentes y me dijeron ‘nooo, ¡cómo!... si ya robaste me vai a robarme’ y todo eso, y sabiendo que yo llevaba más de 5 años, 6 años ya que no me metía en nada”.



Diseño e implementación del Catastro

Chile no es ajeno a una realidad que predomina a nivel mundial. Las personas en situación de calle no forman parte de las estadísticas y censos de población, y por tanto sabemos muy poco acerca de ellos, de las causas de su marginación, de sus características y demandas. Por esto, el objetivo que ha orientado el Catastro de Personas en Situación de Calle ha sido levantar una línea base que permitiera dimensionar y caracterizar la situación de estas mujeres, hombres, jóvenes y niños, para generar las condiciones que permitan su inclusión social.

La envergadura y complejidad de esta tarea no fue impedimento para que el Gobierno se planteara el desafío de desarrollar el “Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle”, tal como lo anunciara, a través de su ministro de Interior, José Miguel Insulza S., en agosto de 2003.

En marzo de 2005, el Presidente de la República, Ricardo Lagos E., instruyó a la ministra de Planificación, Yasna Provoste C., para que realizara el Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle, cuya tarea fue asignada a la División Social de este Ministerio.

Para la ejecución del Catastro se constituyó una Mesa Nacional cuya función ha sido coordinar el desarrollo del catastro, velando por el cumplimiento de las tareas, resguardando los derechos de las personas, su dignidad, y la privacidad de la información. La Mesa ha sido presidida por el Ministerio de Planificación e integrada por el Ministerio del Interior, Ministerio de Defensa, Ministerio Secretaría General de la Presidencia, Ministerio Secretaría General de Gobierno, Ministerio de Salud, Servicio Nacional de Menores, Carabineros de Chile, Instituto Nacional de Estadísticas, Hogar de Cristo y Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza.

Asimismo, se constituyó un Comité Técnico Nacional cuyas principales tareas fueron el diseño del cuestionario y la organización de las actividades para el levantamiento de la información. Éstas incluyeron la convocatoria a los voluntarios, la implementación de las actividades de capacitación, el empadronamiento preliminar de las personas en situación de calle, y acciones de logística requeridas para el día del levantamiento de la información. El Comité Técnico Nacional estuvo conformado por MIDEPLAN, Ministerio Secretaría General de Gobierno, Servicio Nacional de Menores, Hogar de Cristo, Corporación Nuestra Casa, Instituto Nacional de Estadísticas y Carabineros de Chile.

Por otra parte, en cada una de las regiones se constituyeron Mesas Regionales que asumieron las tareas antes mencionadas en sus respectivos territorios, con excepción del diseño del cuestionario. Por otra parte, algunas comunas del país constituyeron sus propias mesas de trabajo, incorporando el trabajo mancomunado del Municipio y las organizaciones públicas y privadas locales.

1. Diseño del cuestionario

El cuestionario pretendía, por una parte, dar cuenta de la complejidad del fenómeno y, por otra, hacer posible una mirada operacional, multidimensional y con sustento en experiencias previas, tanto nacionales como extranjeras. Por tanto, el diseño del cuestionario implicó varias etapas que se describen a continuación.

1.1. Revisión de experiencias nacionales e internacionales

Para el diseño y construcción del cuestionario, se tomó en consideración un conjunto de instrumentos y experiencias previamente validadas.

Se analizó el Catastro piloto desarrollado por MIDEPLAN y el Hogar de Cristo, en octubre de 2003, en la comuna de Estación Central. Esta experiencia permitió contar con una primera definición de persona en situación de calle. También se utilizó como guía el instructivo utilizado para la capacitación de los encuestadores.

Se revisó el estudio “Niños y Niñas en la Calle”, desarrollado por el Servicio Nacional de Menores. Este estudio, publicado en 2004, tiene como objetivos dimensionar a este grupo, describir la situación de los niños y niñas de la calle y los factores asociados a éste, y realizar un estudio comprensivo de las motivaciones, significados y trayectorias de vida de estos niños y niñas.

Se analizaron instrumentos que no son específicos a las personas en situación de calle, pero que podían aportar al desarrollo del cuestionario, como por ejemplo: la II Encuesta Nacional de Salud Chile – 2003, realizada por MINSAL, el INE y el Departamento de Salud Pública de la Pontificia Universidad Católica de Chile, como también el V Estudio Nacional de Drogas en la Población en General – 2002, realizado por CONACE y el INE, y la Encuesta CASEN realizada por MIDEPLAN.

Adicionalmente, se consideró información extraída de otros estudios desarrollados tanto en América Latina (Argentina, México, Uruguay y Colombia) como en Europa (Observatorio Europeo de las Personas Sin Techo) y Estados Unidos (Nueva York, Denver, Seattle y Kentucky).

Las experiencias nacionales e internacionales mencionadas sirvieron para establecer una definición de persona en situación de calle que guió el diseño del cuestionario y aspectos de la operativa del proceso.

1.2. Elaboración de una definición de persona en situación de calle

Elaborar esta definición implicaba, por una parte, abordar la complejidad de esta realidad, y por otra contar con una definición operacional que permitiera localizar a estas personas mediante un empadronamiento de puntos de calle, hospederías y otros lugares donde habitualmente se encuentran.

Dado lo anterior y para efectos de este Catastro, se optó por una definición operacional, la cual considera persona en situación de calle a quien se halle pernoctando en lugares públicos o privados, sin contar con una infraestructura tal que pueda ser caracterizada como vivienda, aunque la misma sea precaria. En esta situación se encuentran las personas que están en la vía pública y caletas¹.

Asimismo, se incluye en la definición a quienes, por carecer de alojamiento fijo, regular y adecuado para pasar la noche, encuentran residencia nocturna, pagando o no por este servicio, en alojamientos dirigidos por entidades públicas, privadas o particulares, y que brindan albergue temporal. En esta situación se encuentran las personas que están en hospederías solidarias u hospederías comerciales. Por último, también se consideraron como personas en situación de calle aquellas que, con reconocida trayectoria de situación de calle, reciben alojamiento temporal o por períodos importantes de instituciones que les brindan apoyo bio-psico-social.

1. Área de ríos, bajo los puentes, túneles, callejones sin salida, etc. Esta categoría corresponde a lugares donde duermen principalmente niños, niñas y jóvenes. Generalmente tienen una identificación territorial (“yo soy de la Caleta Bulnes”, por ejemplo) y una organización interna.



1.3 Definición de las dimensiones o áreas temáticas a incluir en el cuestionario y pretest, y elaboración del cuestionario que se aplicó el día del Catastro

A partir de la revisión del primer borrador de cuestionario y la posterior discusión con expertos, se elaboró una segunda versión que se sometió a un pretest la primera semana de junio en las Regiones Metropolitana, de Valparaíso y del Bío-Bío.

El objetivo del pretest fue probar el instrumento para validar su contenido y pertinencia respecto a la población a encuestar, y, a partir de esta experiencia previa, orientar decisiones operativas. Para ello se seleccionó a un grupo de personas que representara a los diferentes perfiles poblacionales que conforman la población en situación de calle, y se les entrevistó con el cuestionario inicial. Durante el proceso se realizaron alrededor de 80 entrevistas en hospederías del Hogar de Cristo y en puntos de calle.

Posteriormente, la División Social de MIDEPLAN elaboró un informe con los principales resultados del pretest. Este fue analizado por la Mesa Técnica y, realizadas las últimas correcciones, fue validado y sancionado el cuestionario final, el cual fue aplicado a nivel nacional el día 28 de julio.

Este cuestionario consta de 28 preguntas, organizadas en 6 dimensiones principales que se describen a continuación.

Datos de control: Incluye información básica que permite identificar y localizar a la población en situación de calle, tal como: Región/Comuna; Localización/Dirección; Observaciones acerca del entrevistado, e Identificación de niños, niñas (dependientes) viviendo con el entrevistado.

Datos de identificación: Considera un conjunto de preguntas que permiten identificar a la población objetivo según nombre, sexo, situación de pareja, edad, lugar de origen, documento de identidad y pertenencia a etnia.

Historia de vida: Esta dimensión incorpora preguntas que indagan sobre aspectos tales como: dónde duerme habitualmente; cuánto tiempo lleva viviendo en situación de calle; por qué está en esta situación; con quién comparte su vida actualmente; dónde vivía antes de estar en situación de calle; si mantiene algún lazo con la familia; motivos por los que vive en situación de calle; y cuáles son los principales aspectos negativos y positivos que, desde su percepción, conlleva la situación de calle.

Estrategias de subsistencia: Con esta dimensión se busca identificar cuáles son los principales mecanismos que desarrollan las personas en situación de calle para asegurar su subsistencia. Para ello se consideraron preguntas sobre solicitud de ayuda en instituciones públicas, privadas, sin fines de lucro o iglesias; percepción acerca de la atención; tipo de actividad o trabajo por el cual percibe ingresos o algún beneficio; tiempo desde que no trabaja; categoría ocupacional y origen de sus ingresos.

Educación: Se consideraron preguntas dirigidas a caracterizar a la población en función de la disponibilidad de competencias básicas como leer y escribir, el nivel educacional alcanzado, la asistencia a un establecimiento educacional y el tiempo desde que no asiste a la escuela o liceo, para la población menor de 25 años.

Salud: Se consulta a las personas sobre su estado de salud a partir de una serie de problemas o deficiencias con los cuales pueden identificarse, permitiendo así detectar aquellos problemas de salud que los afectan con mayor frecuencia.



Para la ejecución del Catastro se constituyó una Mesa Nacional cuya función ha sido coordinar el desarrollo del mismo, velando por el cumplimiento de las tareas, resguardando los derechos de las personas, su dignidad y la privacidad de la información.

2. Empadronamiento preliminar de las personas en situación de calle y organización de las actividades para el levantamiento de la información

El proceso de empadronamiento se inició a partir del aporte de diferentes instituciones públicas y privadas que trabajan o tienen contacto con la población objetivo. Ellas aportan la localización de hospederías y puntos de calle donde se congregan personas en situación de calle, de las 80 comunas o ciudades con más de 40.000 habitantes, previamente definidas para levantar la información.

Este empadronamiento permitió confeccionar mapas y referenciar los cuadrantes (zonas de encuestaje) en cada una de las comunas del país, facilitando la ubicación de los entrevistados y definiendo las rutas para la distribución de los encuestadores. Asimismo, contribuyó significativamente a dimensionar la envergadura del Catastro, facilitando el diseño de aspectos logísticos y operativos.

Para el levantamiento de la información en cada región se establecieron sedes que tenían como área de influencia un territorio que correspondía a un conjunto de comunas, a una comuna en particular o a una parte de una comuna determinada. Esta organización dependía del número de personas estimadas a catastrar tanto en hospederías como en puntos de calle.

3. Selección y capacitación de encuestadores voluntarios

Un aspecto primordial del proceso fue la convocatoria y selección de los encuestadores y su posterior capacitación, considerando que la población en situación de calle presenta complejidades anexas a las que de por sí se pueden encontrar en encuestas dirigidas a otros grupos sociales carenciados. En este caso, la idoneidad del encuestador era clave para el éxito de la entrevista.

La convocatoria a los encuestadores voluntarios estuvo a cargo de las mesas regionales y, en el caso de la Región Metropolitana, se contó con el apoyo del Ministerio Secretaría General de Gobierno, en particular de la División de Organizaciones Sociales (DOS).

Participaron como encuestadores voluntarios miembros de instituciones que trabajan con personas en situación de calle, funcionarios públicos, integrantes de organizaciones de voluntariado, profesionales y personas naturales interesadas y con marcada vocación de servicio.

Las actividades de capacitación para estos encuestadores se desarrollaron en todas las regiones del país durante los meses de junio y julio. Asimismo, para el levantamiento de la información y la adecuada capacitación de los encuestadores se elaboró un Manual del Encuestador.

A los encuestadores, organizados en grupos de calle u hospedería según correspondiera, se les asignó un número de personas estimadas a encuestar y su localización según los resultados del empadronamiento antes mencionado. Para garantizar condiciones de seguridad y una adecuada aproximación a los entrevistados, se recomendó que cada grupo tuviera un jefe con experiencia con personas en situación de calle.

Participaron en el Catastro un total de 5.000 encuestadores.







Agradecimientos

143



Queremos agradecer a las siguientes instituciones que participaron activamente en la realización del Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle, pues sin su aporte éste no hubiera sido posible:

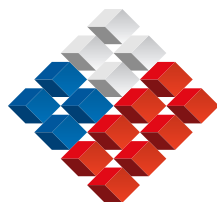
Asociación Chilena de Municipalidades, Carabineros de Chile, Corporación Nuestra Casa, División de Organizaciones Sociales, Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza, Gobiernos Regionales, Hogar de Cristo, Instituto Nacional de Estadísticas, Intendencias Regionales, Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas, Ministerio de Defensa, Ministerio de Salud, Ministerio del Interior, Ministerio Secretaría General de Gobierno, Ministerio Secretaría General de la Presidencia, Red Calle, Servicio Nacional de Menores, Una Noche en la Calle, Universidad de Chile.

Son las manos, las piernas, las mentes, los corazones, en definitiva las almas de los bienaventurados, son ellos los que crean las catedrales de humanidad... Gracias a ellos por sus sueños...

Beatriz Etchegaray, Germán Puentes, María Valenzuela, Fernanda Melis, Amalia Palma, Úrsula Jaeger, Ana María Farías, José Cárdenas, Andrea Aedo, Angélica Lecaros, Carol Briceño, Enrique Álvarez, Iris Salinas, Marcos Fernández, Jaqueline Quezada, Jeannette Fuentes, Juan Pablo Marchant, Mónica Maluenda, Rodrigo Alarcón, Oriana Bernasconi, Pilar Cot, Rodrigo Díaz, Andrés Jouannet.

"Todos los días, me voy a la iglesia... hay una gruta, ahí rezo... por todos los míos, todos los de la calle, los enfermos, que a ninguno de la calle nos falte el pan, la comida, el trabajo, la salud y el dinero".

Nino



GOBIERNO DE CHILE
MINISTERIO DE PLANIFICACION